

EL ESPAÑOL

3 Ptas.



SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid. 19 - 25 agosto 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 40



NASSER

“ESTAB

ESCRITO

UN DOCUMENTO PARA LAS CANCILLERIAS

DOS REVOLUCIONES EN EGIPTO

**EL PUERTO DE LA LUZ,
ESTACION DE SERVICIO
MEDIO DEL OCEANO**

75.000 millones de pesetas
drán nuestras cosechas
por Ernesto Salcedo

La carrera hacia la Casa F
ca (pág. 9) * Entrevista
Vicente Escudero (pág. 13) *
posición del Motor en San
bastián, por Javier Esaban
gina 17) * China roja,
M. Blanco Tobío (pág. 21)

Atenas, luminosa y presen
por L. A. de Vega (pág. 2)
Palamós, por Blanca Esp
(pág. 32) * «Enterrados en
sía», por E. Lindell (pág.

NOVENA SINFONIA, no
por Santiago Melero

Niños buenos

"El medio mejor para hacer buenos a los niños, es hacerles felices."

Ha dicho OSCAR WILDE

Pero la felicidad del niño tiene un área muy reducida: bienestar. En alejando de él toda molestia física se sentirá contento. Su imaginación está llena de luceros y sólo precisa la dicha material para admirarlos. Usted conoce el dolor que a menudo empaña la felicidad del bebé. Lo producen las escoceduras de su delicadísima epidermis. Humedades inevitables, el propio calor y sudor de los pliegues, roces, pinchazos, etc. irritan de continuo la piel.

BALSAMO BEBE es una pomada antiséptica, astringente y cicatrizante. Está indicada en todas las dermatitis: escoceduras, eczemas, sarpullidos, irritaciones, etc. Calma rápidamente el escozor, prurito o cualquier otra molestia de la piel. BALSAMO BEBE ha merecido la aprobación de médicos, matronas e higienistas. Consúlteles.



BALSAMO BEBE

AFECCIONES DE LA PIEL

INCLUIDO EN EL PETITORIO



MEJOR CALIDAD
MAYOR EFICACIA

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

NASSER: "ESTABA ESCRITO"

UN DOCUMENTO PARA LAS CANCILLERIAS

DOS REVOLUCIONES EN EGIPTO

NASSER tiene su programa un programa para la acción concreta, fundado en una serie de supuestos ideológicos sobre la historia, el presente y el destino de Egipto. La nacionalización del Canal es una derivación de las aspiraciones y de las líneas de tendencia que definen la revolución del 23 de julio. Este programa y este pensamiento lo ha expuesto el Presidente egipcio en un libro —«Filosofía de la revolución»—, que, especialmente en estos momentos, constituye un documento del máximo interés. Daremos una traducción literal del mismo. Prácticamente ofrecemos el texto íntegro. En este número adelantamos la primera parte.

EL PROGRAMA NASSER

DOS razones explican la dificultad que encuentro al describir la filosofía de la revolución. Primeramente, son los profesores los que deberían buscar las raíces de la revolución del 23 de julio en nuestro pueblo y valorar su importancia. En la historia de una nación no existen brechas que se puedan reemplazar por charlatanerías; no hay hechos que aparezcan de pronto como si no tuvieran precedentes.

La lucha de una nación es semejante a un edificio que se erige ladrillo a ladrillo. Y de la misma forma que un ladrillo se asienta sobre otro, cada etapa de la lucha sucede a otra; cada suceso nace de los que le han precedido y engendra el que aún no conocemos.

No tengo pretensiones de profesor de Historia. Lejos de mí este pensamiento; pero, sí como un escolar intentaré aprender la historia de nuestra lucha. Diría, por ejemplo, que la revolución del 23 de julio es la realización de una esperanza que llena el co-



Gamal Abdel Nasser, Presidente de Egipto

razón del pueblo egipcio en la época moderna, desde que por primera vez se ha puesto a imaginar su autonomía, desde que ha decidido ser su propio maestro.

VANAS TENTATIVAS

Un primer ensayo fracasó cuando El Said Amer Mackram dirigió el movimiento para nombrar vicerrey en funciones a Mo-

hamed Ali, como representante del pueblo egipcio. Todos los esfuerzos que se hicieron durante el período de apogeo intelectual, que se sitúa entre la rebelión de Arabia y la revolución de 1919, fueron vanos. La revolución que dirigió Saad Zagloul tampoco obtuvo los resultados apetecidos.

La opinión de que la revolución del 23 de julio tiene sus orígenes en los resultados de la guerra de Israel es falsa. Tampoco es la causa el armamento defectuoso que molestó vivamente a los oficiales y a las tropas. Es asimismo evidente que no se puede buscar su origen en el movimiento que brotó en el momento de las elecciones en el Club de Oficiales. A mi parecer, hay dos razones mucho más profundas. Incluso si los oficiales hubieran querido vengarse de haber sido engañados en Eretz-Israel, de haber sido dotados de un armamento defectuoso o de haber su honor en las elecciones del Club de Oficiales, esto no hubiera sido causa suficiente para desembocar en la revolución. Puede que estos sucesos nos hayan puesto en el camino de ella, pero incluso sin ellos nosotros nos hubiéramos situado en este sendero.

Hoy intento recordar todo lo pasado. Los años en que, por primera vez, nos despertaron los pensamientos revolucionarios, y quiero transportarme al día en que descubrí en mí el germen de



El primer ministro egipcio Gamal Abdel Nasser, acompañado de Anwar el Sadat, miembro del Consejo Revolucionario en febrero de 1954

la rebelión. Este día fué mucho antes del mes de noviembre de 1951 cuando explotó la crisis de las elecciones en el Club de Oficiales.

La organización de los Oficiales Libres existía ya en esta época. No exagero al afirmar que la crisis del Club de Oficiales nació de la actividad de los Oficiales Libres. Nosotros habíamos decidido combatir con el fin de utilizar la influencia de nuestra organización sobre las masas.

NUESTROS SUEÑOS ESTABAN EN EGIPTO

La organización de los Oficiales Libres existía antes de que surgiera el escándalo de los armamentos defectuosos. En los panfletos que una redacción anunciaba en primer lugar los peligros inminentes. He aquí las advertencias que explican la emoción producida por el escándalo. Es también antes del 16 de mayo de 1948—fecha de mi enrolamiento en la guerra de Eretz-Israel—cuando descubrí en mí el germen de la rebelión.

Pensando de nuevo en los detalles de nuestra experiencia en Eretz-Israel, me invade un sentimiento más alto. Nosotros combatíamos en Eretz-Israel, pero solo pensábamos en Egipto. Nuestras balas iban dirigidas al enemigo que nos acechaba en las trincheras, pero nuestro corazón volaba hacia la Patria lejana, que en esta fecha era presa de los que la saqueaban.

En Eretz-Israel, las cédulas de los Oficiales Libres se reunieron en las trincheras. Aquí fué donde Salah Salem y Zacharia Mohiedine vinieron a verme, después de atravesar las líneas de los asaltantes de Faloudja. Estábamos entonces cercados sin saber cómo y cuándo vendría el fin del sitio. Pero hablamos de nuestro país y del medio de liberarlo.

Fué en Eretz-Israel cuando un día Gamal Adline Houssein se sentó cerca de mí para hablarme. «¿Sabes lo que dijo Ahmed Abd el Aziz antes de morir?»

—¿Qué ha dicho?—pregunte.

Gamal le había escuchado de

cir en voz baja con un fulgor en la mirada:

—Nuestra principal lucha está en el mismo Egipto.

No son solamente amigos asociados a la acción por Egipto lo que yo encontré en Eretz-Israel, sino también nuevas ideas. Aquí se despertaron en mí por vez primera pensamientos que me esclarecieron el velo del porvenir.

LA LECCION DE ISRAEL

Recuerdo muy claramente los días en que, sentado en las trincheras, soñaba con nuestros problemas. Faloudja estaba cercado y el enemigo había concentrado sobre este punto toda la potencia de su armamento y de su aviación. A menudo me decía: «Heme aquí cercado en estos agujeros subterráneos. Mientras hemos sido atraídos a esta guerra para la que no estábamos preparados, nuestro porvenir está en manos de la intriga y de la rapacidad. Por todas partes nos hunden y no tenemos armas.»

Llegados a este punto mis pensamientos se enlazaban vertiginosamente en mi frente, caminando sobre las fronteras hacia Egipto. Me decía: «Mi Patria es una Faloudja más grande. Lo que ahora sucede en Eretz-Israel no es más que una copia en miniatura de lo que pasa en Egipto. Nuestra Patria también está cercada; es la presa de los saqueadores enemigos. Ella ha sido engañada y empujada a una guerra para la que no estaba preparada. La rapacidad y las intrigas, que campean a sus anchas, la abandonan en plena batalla, sin armas.»

No fueron solamente los amigos que encontré en Eretz-Israel y que me hablaban del porvenir de nuestro país, ni la experiencia que adquirí allí, lo que me despertaron el espíritu y lo llevaron hacia el porvenir, sino también el enemigo, que jugó su papel en la conciencia de los problemas de nuestra patria. Hace algunos meses leí los artículos que ha escrito de mi persona un oficial judío llamado Yeruham Cohen. Estos artículos se publicaron en

el «Jewish Observer». El autor cuenta cómo me ha encontrado durante las conferencias de armisticio. «Hablo con Gamal Adb el Nasser—escribe—de la lucha de Israel contra los ingleses; le cuento cómo hemos organizado nuestra existencia en Eretz-Israel y de qué manera hemos conseguido movilizar la opinión pública en nuestro favor.»

Yo descubrí en mí el germen de la rebelión antes incluso del 4 de febrero de 1942. Escribí precisamente en este día a uno de mis amigos: «¿Qué hacer ahora que la desgracia ha caído sobre nosotros, después de estar habituados y después de estar sometidos con baja? Opino que el imperialismo eleva la voz con el fin de espantarnos y darnos miedo. Si él comprende algún día que los egipcios están prestos a vengarse, a derramar su sangre y a oponer su fuerza a la fuerza él retrocederá y se alejará como una prostituta. Tal es la conducta del imperialismo por todas partes.»

A partir de este día, la Armada, como nosotros mismos, fue impregnada de un nuevo espíritu. Mis oficiales no hablaron más de corrupción y de placer y si de su deseo de sacrificar la vida por el honor de su Patria. Todos sentían, a pesar de su evidente debilidad, el no poder hacer alguna cosa para purificar el nombre de su país y borrar su vergüenza aun cuando fuera al precio de su sangre. Pero nos armamos de paciencia, porque «mañana» no está lejos.

Muchos exigían venganza; pero la hora de la venganza había pasado. El dolor quemaba el corazón con llamas ardientes.

El hecho es que el golpe que habíamos recibido devolvió la vida a muchos de los nuestros y les hizo comprender que debían estar preparados para defender su honor.

CARTA DE UN ESTUDIANTE

Antes de este día, en mi vida febril de estudiante, fui entre los manifestantes que reclamaban la vuelta a la Constitución de 1923 reivindicación que fué satisfecha en 1936. Yo había reunido entonces las delegaciones de estudiantes que se presentaban en los domicilios de los jefes políticos con el fin de conjurarios a la unión por el bien de Egipto. Estos esfuerzos engendraron en 1936 el Frente Nacional. Recuerdo que en 1935 escribí la carta siguiente a uno de mis amigos (el doctor Ali el Nacher):

«Mi hermano Ali: El 30 de agosto telefoné a tu padre y le pedí noticias tuyas; me ha dicho que te encuentras en la escuela. Entonces decidí hacerte saber por escrito lo que me gustaría decirte de viva voz. Así habla Allah: «Amontona tus fuerzas contra el enemigo en la medida de tus posibilidades.» Y para nosotros, ¿dónde está esa fuerza? La situación actual es grave, y la de Egipto lo es más aún. Fluctuamos entre la vida y la muerte. Los fundamentos de desesperación son vigorosos. ¿Quién podrá sacudirlos?...»

Continué mi carta en este tono. ¿Cuándo fué la primera vez que descubrí en mí el germen de la

El Consejo Revolucionario



rebelión? Me parece que no sólo este germen estuvo siempre en mí, sino que también lo he descubierto en otros que ignoraban también de dónde les venía. Es claro que estos gérmenes se encuentran en nosotros desde que nacemos y nos han llegado como herencia de antiguas generaciones.

Me explico ahora por qué siento dificultades para hablar de la «Filosofía de la revolución», y subrayo que es necesario que los profesores profundicen en la Historia de nuestro pueblo. Yo estoy en el corazón de la revolución. Los que se encuentran en medio de la tempestad pueden difícilmente saber lo que sucede fuera de ella.

EN EL CORAZÓN DE LA REVOLUCIÓN

He seguido atentamente con mi fe y con mi espíritu todo lo que ha pasado, pero no puedo liberarme de lo que pasa en mi alma cuando me inclino sobre los sucesos y las ideas escondidas en las raíces de mi fe y de mi espíritu. Estoy persuadido que nada puede existir en un espacio vacío.

Intentaré evitar en la medida de lo posible el modificar la verdad. Estoy persuadido que lo conseguiré en una gran parte.

Tal es el problema y si yo no desearé errar ni hacer errar a la filosofía de la revolución, dejaré a la historia el cuidado de descubrir y de verificar cómo aparecen en mí y en los otros los gérmenes de rebelión, cómo estos se abren y se desarrollan. Así toda la verdad será conocida.

NECESIDAD DE LA ACCIÓN

¿De qué hablaré si elimino la palabra «filosofía»? No mencionaré más que dos puntos en este aspecto: primeramente, ciertos sentimientos, que me parecían en sus comienzos la forma de una esperanza vaga y oscura y que, más tarde, la víspera del 23 de julio, se transforman en una idea sólida y en un programa claro; en segundo lugar, un cierto número de hechos que concretizan estos sentimientos en la media noche del 23 de julio y a partir de este día.

Una cuestión me persigue sin cesar: ¿Era nuestro deber de militares realizar la revolución el 23 de julio de 1952? Expliqué antes que esta revolución era la realización de las esperanzas hacia las que los egipcios levantaron los ojos desde la época moderna, cuando comenzaron a creer en su autonomía y en su capacidad de fijar su propio destino. Si los sucesos del 23 de julio no hubieran sido más que una revuelta militar (que difiere de una sublevación popular). ¿Por qué entonces era destino exclusivo del Ejército realizar la revolución?

Siempre he tenido confianza en el militarismo. El único deber del soldado es morir sobre las fronteras de su país. ¿Por qué, pues, nuestro Ejército ha debido operar en la capital y no sobre las fronteras?

Permitidme, una vez más, señalar que a pesar de que estos factores pudieran reforzar la corriente, no fué ni la derrota de Eretz-Israel, ni el asunto del armamento defectuoso, ni la crisis



Visita a Kena, días después del atentado de que Nasser fué objeto en octubre de 1954

del Club de Oficiales lo que realmente originó el torrente. ¿Por qué entonces este deber incumbía al Ejército? Esta cuestión me ha intrigado muy a menudo; me ha preocupado sin descanso durante todo el período que ha precedido al 23 de julio en la época de las esperanzas de los sueños y de la elaboración de programas. Se me presentó de nuevo durante el período de experiencias después del 23 de julio. Puedo invocar diferentes razones para justificar mis actividades antes del 23 de julio, y para explicar por qué la acción del ejército era indispensable.

Nos dijimos a nosotros mismos: ¿Si el Ejército no actúa, quién va a actuar? Tenemos la fuerza que emplea el tirano para derramar el terror sobre el pueblo. Era llegada la hora para volver esta misma fuerza contra el Gobierno del tirano. También fueron dichas otras cosas, pero todas tienen el mismo sentido, porque todos sentíamos profundamente que nuestra conciencia nos apremiaba a la acción. Si no hubiéramos actuado habríamos traicionado lo que se nos confiaba. Reconozco que la claridad completa no llenó mi espíritu hasta después de esta etapa que ha seguido al 23 de julio.

SOLEDAD DE LA VANGUARDIA

También reconozco que tras el 23 de julio vacilé a menudo; habíamos actuado con demasiado apresuramiento y no habríamos sopesado suficientemente nuestra acción del 23 de julio?

Antes de este día tenía la seguridad que toda la nación se prestaría a la acción; que no hacía más que esperar el asalto de la vanguardia a los muros exteriores para seguirla hasta el fin supremo. Pensaba que nosotros formaríamos la vanguardia, las tropas de choque y nada más, que deberíamos mantener esta posición avanzada solamente por algunas horas y que rápidamente nos seguiría todo el pueblo, que marcharía con nosotros hacia el fin. A veces, en mi imaginación me parecía escuchar el rugido de las masas avanzando en filas ordenadas y sólidas. Mi fe era tan ciega que todos los rumores que me llegaban se volvían en mi espíritu como un hecho pasado y no como un sueño.

Después del 23 de julio, me asomé al ver la situación tal

cómo era: la vanguardia había cumplido su misión, había derribado los muros de la fortaleza de la tiranía, había obligado a Faruk a dimitir y empujaba a las masas hacia la meta final. Pero en vano. Las masas estaban apercibidas. Sin embargo, qué diferencia entre la realidad y el sueño. Las masas, ciertamente, nos seguían pero sin poseer un sentimiento de unidad. La cruzada hacia el gran fin era detenida antes del término. Encontramos delante un triste espectáculo, sombrío y lleno de amenazas. Mi corazón estaba dolorido y rebotante de amargura. La misión de la vanguardia no había terminado. De hecho, sólo comenzaba. Deseábamos la disciplina, pero detrás de nuestras tropas reinaba el caos. Deseábamos la uni-



Nasser saluda a los oficiales egipcios que participaron en los incidentes fronterizos con Israel en abril de 1955

dad, pero ante nuestros ojos se revelaba la discordia. Deseábamos la acción y habíamos encontrado la hajeza y la pereza.

No estábamos preparados para este estado de cosas. Habíamos ido hacia las gentes de espíritu para que nos aconsejaran y hacia las gentes de acción para que nos dirigieran, y desgraciadamente no encontramos ni consejo ni dirección. Cada dirigente al que llamábamos deseaba eliminar a su adversario. Cada consejo obtenido tenía un fin: eliminar un competidor. Si hubiéramos realizado todo lo que se nos aconsejó, ningún dirigente quedaría con vida ni ninguna idea entera. Nuestra misión había terminado y sólo nos restaba sentarnos sobre los cadáveres, en las sombras de las ruinas para llorar sobre nuestra mala fortuna.

QUEJAS Y RECRIMINACIONES

Nos sentíamos ahogados entre quejas; en ocasiones, existían entre ellas reivindicaciones justificadas, situaciones que pedían reparación —y esto era lógico y comprensible—, pero la mayoría expresaban deseos de venganza como si el fin de la revolución fuera servir la venganza y el odio.

Si en esta época se me hubiera preguntado cuál era mi más ferviente deseo, la respuesta hubiera sido inmediata: Esperar de la boca de Egipto una sola palabra de justicia para su hermano; ver a un solo egipcio que no consagrara todo su tiempo a una crítica hiriente de los otros; sentir que exista, al menos, un egipcio que esté dispuesto a abrir su corazón a los sentimientos de perdón, de tolerancia y de amor hacia su hermano.

Un egoísmo obstinado estaba a la orden del día. La palabra «yo» se escuchaba en todos los labios. Era la solución de toda dificultad y remedio todopoderoso de toda enfermedad. A menudo encontré hombres de todas las corrientes, diferentes en sus ideas, los cuales por la Prensa habían adquirido la reputación de «grandes hombres». Les pedía una solución a un problema cualquiera. Todo lo que escuché de ellos era «yo». El, y sólo él, comprendía los problemas de la economía; todos los demás sólo eran niños caminando a gatas. El, y sólo él,

era el diplomático experto, y todos los demás, tan sólo habían llegado al ABC de la política. Después de entrevistas de este tipo volvía hacia mis camaradas y les decía con amargura: «Todo esto es completamente ineficaz.» Si hubiéramos preguntado a estos hombres sus opiniones sobre las dificultades de la pesca en las islas Hawai, su única respuesta hubiera sido: «Yo».

UN DEBER SAGRADO

Recuerdo haber visitado en cierta ocasión una de nuestras Universidades y haberme sentado entre profesores con el objeto de sacar provecho de la experiencia de estos hombres de espíritu. Hablaron muchos y largamente. A mi juicio, lamentándolo, ninguno de ellos emitió una nueva idea. Cada uno se presentó a sí mismo y enumeró sus cualidades morales, las que, según él, podían proveer milagros.

El primer deber sin embargo, para mí, es una abnegación total y si ustedes, los profesores de Universidad hubieran pensado en los alumnos y les consagraséis toda vuestra atención, lo que sería justo, nos hubieran podido enriquecer con miras a la construcción de nuestro país. Cada uno en su puesto. No fijéis vuestros ojos en los nuestros. Los sucesos nos han obligado a cambiar nuestros planes a fin de cumplir un deber sagrado. Deseamos con toda sinceridad que nuestro único deber con el Estado sea el mismo que el del soldado en su ejército. Esta función nos bastaría.

No quería recordar a estos profesores el ejemplo de los miembros del Comité de la Revolución que cumplieron con diligencia sus funciones en el Ejército antes de que la crisis les elevase hasta estas funciones supremas. No quería contarles que la mayoría del Consejo de la Revolución habían sido profesores en la escuela del Estado Mayor, prueba decisiva de su distinción como soldados profesionales. Asimismo, no quise mencionar delante de ellos que tres de los miembros de la revolución fueron promovidos durante el campo de batalla en Eretz-Israel, porque parecería a sus ojos que me enorgullecía de mis hermanos de la revolución.

Confieso que esta situación me abatió, pero más tarde la expe-

riencia y la reflexión me permitieron sacar conclusiones. Comprendí que era necesario llegar a soluciones sin perder de vista la realidad, y éstas se presentaron en mi espíritu cuando tuvo plena conciencia del estado de mi patria. Además, encontré la respuesta a una interrogante que me preocupaba: «¿Nuestro deber, el deber del Ejército, era actuar como lo habíamos hecho el 23 de julio?» La única respuesta posible era: «Sí».

LAS DOS REVOLUCIONES

Ahora diré que no solamente nos encontramos en presencia de una revolución, sino de dos.

Cada nación atraviesa dos revoluciones: Una política, gracias a la cual conquista de nuevo su tiranía sobre el tirano que le ha sido impuesto, o sobre el Ejército que ocupa su territorio sin autorización. La segunda presenta un carácter social en el que las clases de la sociedad luchan una contra la otra hasta que la justicia reine entre todos los ciudadanos. Entonces la situación se normaliza. Otras naciones nos han precedido en la ruta del progreso humano y han pasado ya las etapas de las dos revoluciones.

En muchos casos, de una a otra transcurren siglos. En lo que a nosotros respecta, las dos revoluciones se desarrollan al mismo tiempo y nos colocan en peligrosa situación. Las dificultades de ésta provienen del hecho de que cada revolución es totalmente diferente de las demás, y que existe a menudo entre ellas contradicciones y oposiciones graves.

Para el éxito de una revolución política, la unión y la solidaridad son indispensables, como es indispensable colocar el bien del país enteramente encima del individuo. Uno de los primeros signos de una revolución social es el desmoronamiento de los valores existentes y el debilitamiento de la fe; los habitantes de un mismo país como individuos y clases combaten los unos contra los otros. La corrupción, la desconfianza, el odio y el egoísmo les gobiernan. Como el martillo y el yunque vivimos ahora entre las dos revoluciones. La una nos pide que nos amemos y que hagamos lo posible con el fin de alcanzar nuestra meta; la otra nos obliga, a pesar nuestro, a que nos dividamos y separemos en el odio y el egoísmo.

Entre el martillo y el yunque, la revolución de 1919 fracasó sin poder aportar los resultados esperados. El Ejército que se había concentrado en 1919 para combatir la tiranía fué desmenuzado tiempo más tarde. La tiranía iba a reforzarse bajo la mirada del conquistador extranjero, bien abiertamente, bien por medios ocultos, con el Rey Fuad y después su hijo Faruk. La nación había cosechado sólo una cosecha de falta de confianza en sí misma, de egoísmo y de odio.

Las esperanzas levantadas por la revolución de 1919 se debilitaron. El hecho mismo que se debilitasen sin desaparecer totalmente prueba la existencia de este potencial de oposición que es la razón de ser de nuestras esperanzas y de nuestros deseos de siempre. Ese potencial de oposi-



Nasser, anunciando que Egipto no asistirá a la Conferencia de Londres

ción sobrevivió, por tanto, preparando una nueva lucha. Tal es la situación que reinaba después de la revolución de 1919, y que obligó al Ejército a la acción, porque sólo el Ejército era capaz de actuar.

La circunstancia exigía que que predominase la preocupación de unidad sobre las luchas de individuos y de clases. Esta preocupación había de penetrar en el corazón del pueblo. También era necesario poseer los medios materiales para poder asegurar una acción rápida y decisiva. Tales condiciones sólo existían en el Ejército.

Como ya he dicho, no es el Ejército quien ha escogido su papel en los sucesos. Lo contrario estaría más cerca de la verdad. Los sucesos y su desarrollo, he aquí lo que ha decidido la función del Ejército en la formidable lucha por la liberación del país. Desde el principio me ha parecido claro que nuestro éxito dependía de nuestra comprensión absoluta de los sucesos contemporáneos y de sus relaciones con el pasado de nuestro pueblo. Resultaba imposible cambiar la realidad de un solo golpe. No podíamos tampoco detener las agujas del reloj o hacer que avanzasen más aprisa, así como no podíamos dirigir la marcha de la historia como lo hace el policía que está en la encrucijada—deteniendo la circulación de un lado con el fin de permitir a los que vienen por el lado opuesto que pasen sin accidentes—. Sólo nos restaba actuar lo mejor que pudiéramos y estar en guardia para no dejarnos aplastar.

COGIDOS ENTRE DOS FUEGOS

Fuimos obligados a proseguir las dos revoluciones a la vez. El mismo día en el que tomamos el camino de la revolución obligando a abdicar a Faruk, hemos comenzado la revolución social limitando los derechos de propiedad sobre las tierras. Sigo creyendo que la revolución del 23 de julio debe considerarse como un deber el conservar su capacidad de iniciativa y de acción rápida con el fin de poder realizar el milagro de avanzar simultáneamente en el camino de las dos revoluciones y esto, incluso, aunque a veces nuestra actividad pueda parecer contradictoria.

Cuando uno de mis amigos vino hacia mí y me dijo: «Has perdido la unidad delante de los ingleses y al mismo tiempo permites a los Tribunales de contrabandaje continuar sus trabajos», lo escuchaba y nuestra crisis se presentaba ante mis ojos en toda su agudeza: estamos cogidos entre dos fuegos. Una de las revoluciones nos pide que apretemos nuestras filas y olvidemos el pasado, mientras que la otra nos fuerza a definir de nuevo nuestros valores morales sin cambiar el pasado.

Contesté a mi amigo que sólo existía un medio de enderezar la situación: Hacer uso de nuestra capacidad de acción rápida e iniciativa para seguir los dos caminos a la vez.

No es lo que deseaba; no es tampoco lo que deseaban los hombres que participaron en la revo-



La bandera egipcia, izada en el puerto de Port-Said

lución del 23 de julio. Eran la voluntad del destino, la lógica de nuestra historia y de nuestra situación actual.

¿Cuál es nuestra meta? ¿Y cómo llegaremos a ella?

Muchas veces he podido contestar a la primera pregunta, y no era yo el único, ya que representaba el ideal de toda nuestra generación.

En lo que se refiere a la segunda cuestión, es decir, los medios a emplear para alcanzar nuestra meta, confieso que mis ideas han variado más a menudo en esto que en cualquier otro asunto. Pienso que este problema es el más discutido de esta generación.

Soñamos todos con un Egipto libre y fuerte. A este respecto no habrá nunca disensiones entre egipcios.

Pero la elección del camino hacia la liberación y la independencia es el más arduo de nuestros problemas vitales. Me ha preocupado antes del 23 de julio de 1952; también después de esta fecha, hasta que se aclararon para mí los puntos oscuros. Percibí horizontes nuevos, que no se habían mostrado claros en la oscuridad donde estaba mantenida nuestra Patria desde centenares de años.

EL ENTUSIASMO NO BASTA

Cuando comencé a comprender todas las cosas supe que tan sólo valía la acción completa. Pe-

ro, ¿qué acción? La palabra «concreta» es muy convincente sobre el papel, pero en la realidad, en las circunstancias difíciles que conoce nuestra generación—y sobre todo en la crisis que tan duramente afligió a nuestro país—, no convenía a las necesidades. En uno de los estados de mi vida, la palabra «entusiasmo» tomó el sentido de acción concreta como medio de elevar el ánimo. Pero más tarde mi ideal de acción concreta se ha modificado, y como el tiempo pasaba, comprendí que mi entusiasmo personal no bastaba y que era mi deber implantarlo en el corazón de los demás para que a su vez comprendiesen y se unieran a mí.

En aquel tiempo estaba a la cabeza de las manifestaciones de la escuela El-Nahda. Del fondo de mi alma apelaba a la liberación total; otros tomaron de nuevo mi llamamiento, pero fué en vano. El viento se llevó nuestros llamamientos hasta metamorfosearlos en débiles ecos incapaces de mover montañas y de partir rocas. Más tarde todavía creí que «acción concreta» quería decir unión de todos los líderes de Egipto alrededor del mismo ideal. Nuestras masas revolucionadas desfilaron llenas de alegría delante de las casas de los líderes pidiendo su unión alrededor de una misma causa.

¿Cuál no fué mi tragedia cuando la única cosa por la cual se unieron fué el Tratado de 1936!

Más tarde estalló la segunda guerra mundial. Esta chispa encendió en el seno de la juventud una llama que penetró hasta las profundidades de su alma, pero toda nuestra generación pensó en el acto de violencia como medio de acción. Confieso y espero que el procurador general no me tendrá rencor, que mi espíritu entusiasmado vio en este tiempo el asesinato político como la única acción concreta capaz de salvar a nuestro país.

Quería atentar contra la vida de los que para mí representaban un obstáculo para el porvenir de mi país. Levantaba el velo de sus crímenes y me constituía juez de sus actos y del mal que habían causado al Estado, y después pronunciaba su veredicto. Pensaba asesinar al ex Rey y a aquellos de sus hombres que se mofaban de nuestras santas costumbres. Y no era el único. Cuando discutía de ello con los demás empezábamos a preparar nuestros planes, y fueron numerosos los que tracé en aquellos tiempos: numerosas fueron las noches que he pasado preparando los medios para la acción concreta esperada. Nuestra vida se parecía a una novela policiaca. Teníamos consignas y signos secretos, y nos escondíamos para arreglar y camuflar nuestras pistolas y nuestras bombas.

Tales eran nuestras esperanzas, y muchas veces intentamos reabirlas. Recuerdo todavía lo que sentíamos al alejarnos tras una de estas acciones...

¿Era posible transformar el porvenir de nuestra Patria por la eliminación de tal o cual persona. ¿No es problema mucho más profundo? Todo confuso me decía: «Sí, yo creo que el problema es mucho más complejo». Soñamos con la gloria de una nación. Pero en ella, ¿qué es lo más importante? ¿Que alguien desaparezca de la vida porque deba desaparecer o que alguien aparezca porque debe aparecer?

Diciendo esto veía poco a poco un rayo de luz abrirse camino en la noche de mis sentimientos: «Lo esencial, me decía, es que alguien aparezca. Soñamos con la gloria de una nación, pero esta gloria hay que crearla».

En resumen, éste no era el problema básico. Lo esencial resultaba lo que debía ser la acción concreta. Desde aquel día comenzamos a buscar una solución más estudiada y más seria. Situamos los jalones del plan que debía realizarse en la noche del 23 de julio, es decir, una revolución cuyas raíces fueran profundamente populares; una revolución nutrida por las esperanzas del pueblo y que se aplicarían a su realización.

He comenzado preguntando dos cuestiones. Una: «¿Cuál es nuestra meta?» Era una meta a la que todo el mundo aspiraba. La otra: «¿Cómo llegar a ella?» La contestación a esta segunda pregunta ha sido largamente discutida hasta el 23 de julio. ¿Los sucesos del 23 de julio han satisfecho todas nuestras exigencias? No. Era sólo una primera etapa. No fué engañado el entusiasmo que reinaba el 23 de julio. Me daba cuenta que nuestras esperanzas estaban aún lejos de realizarse, quizá, incluso, lo contra-

rio. A cada instante veía nuevas realizaciones de la revolución, pero al mismo tiempo se acumulaban nuevas cargas que pesaban mucho sobre mí. Hago observar más arriba que antes del 23 de julio creía que la nación entera estaba tensa y lista para la acción, que esperaba solamente que la vanguardia hiciera la brecha por donde fueran los demás a su vez. Hago observar que nuestra misión de pioneros estaba limitada a instantes contados y que las fuerzas regulares tenían que reunirse con nosotros lo antes posible. En el mismo párrafo describo las disputas, la confusión, el odio y los instintos que se desencadenaron cuando, cada uno en su egoísmo, intentó emplear la revolución para sus propios fines. Decía en el pasado y volveré a decirlo en el futuro: Este fué el golpe más duro que recibí jamás. Es verdad que debía haber previsto todo eso, porque no se pueden realizar sueños con sólo apretar un botón, ni tampoco lavar en un abrir y cerrar de ojos la podredumbre de varias generaciones.

EL DESTINO DE EGIPTO

Hoy, como antaño, no vacilo en verter la sangre de diez, veinte, o incluso treinta, con el fin de sembrar el terror y el pánico en el alma de los vacilantes, y de forzarlos de este modo a pagar su odio, sus instintos y sus locuras. Pero, ¿a qué camino nos puede llevar esto? Siempre pienso que la única manera de resolver un problema es encontrar su origen. No bastaba entonces con introducir un «régimen de terror» sin buscar las circunstancias históricas que han presidido nuestro pueblo y formado nuestro carácter. Repito que no me tomo por un profesor de Historia. Lejos de esto, voy a intentar ser el alumno que comienza apenas a aprender la Historia.

Nuestro destino fué el encontrarnos en la encrucijada de los caminos del mundo. A menudo hemos servido de paso a los invasores y de presa a los aventureros. En ciertas circunstancias es imposible explicar lo que pasa en las profundidades del alma de nuestro pueblo sin tener en cuenta estos datos.

No podemos olvidar la Historia de Egipto durante la época de los Faraones. La influencia del espíritu griego sobre nuestra tradición; la invasión romana, la conquista por el Islam y las olas de emigrantes árabes que la siguieron.

Creo que haríamos bien deteniéndonos un instante con el fin de analizar las circunstancias de nuestra existencia durante la Edad Media, porque allí se encuentran las raíces de nuestra situación actual.

Las Cruzadas, que han marcado en Europa los comienzos del Renacimiento, señalaron en Egipto el comienzo de la Edad Media, porque han dejado a nuestro país fatigado, pobre y desnudo de todo. Además del hecho que era amenazado por la guerra, nuestro país estaba entregado a la tiranía; nuestro país había caído bajo las herraduras de los caba-

los pertenecientes a los tiranos del Asia interior. Estos, esclavos a su llegada, se rebelaron contra sus maestros y se hicieron emires en su lugar. Fueron llevados muchos a Egipto como esclavos mamelucos, y después de haber recibido el derecho de vivir durante algún tiempo en este país tranquilo y bueno, llegaron a ser Reyes.

La tiranía, la esclavitud, la destrucción caracterizaron el reinado de los mamelucos, que sumergió a Egipto en la oscuridad durante generaciones. En esta época, nuestra Patria semejaba una selva devastada por fieras. Los mamelucos vieron en ella una presa fácil. Se mataron entre sí para repartirse el botín. Y este botín era nuestra alma, nuestra riqueza y nuestra tierra.

En ocasiones, pasando las páginas de la Historia, me invade una pena inmensa al llegar a la época del feudalismo, cuya meta era chupar la sangre de nuestras venas, desarraigando los últimos vestigios de nuestra fuerza y de nuestra dignidad. No será fácil desembarazarnos de este mal sembrado en nuestro pecho.

En realidad, cuando veo con mis ojos la influencia de este feudalismo tiránico, creo comprender la mayor parte de los síntomas de nuestra vida política.

A menudo tengo la impresión de que son muchos aquellos cuya actitud para la revolución se limita a ser la de observadores interesados únicamente en conocer el resultado de una batalla sin tomar parte en ella. Me sublevo contra esta actitud diciendo a mis amigos: «¿Por qué no se dejan ver? ¿Por qué no salen de sus escondrijos para hablar y actuar?»

No encuentro otra explicación a este fenómeno que un residuo de la época de los mamelucos, durante la cual los emires luchaban entre ellos, los caballeros se mataban en las calles, mientras que los habitantes corrían a esconderse en sus casas para alejarse lo más posible de una lucha que nos les interesaba.

Frecuentemente tengo la impresión de que nos refugiamos en la imaginación para contemplar nuestras aspiraciones realizadas, y que nos contentamos con estas vagas visiones en lugar de actuar para contribuir a su realización.

Muchos de los nuestros no se han desembarazado aún de estos defectos; no se han acostumbrado todavía a la idea de que este país nos pertenece, que somos sus maestros, que representamos la opinión pública y que tenemos la ley a nuestro lado para gobernarlo.

He intentado comprender el sentido de la oración que a veces gritaba cuando era niño, cuando veía aviones en el cielo. Decía: «Que Dios traiga infortunio sobre los ingleses.» Más tarde he descubierto que habíamos heredado esta oración de nuestros antepasados del tiempo de los mamelucos—ellos no pensaban en los ingleses. Decían: «Que Dios haga la pérdida de los Osmanlis».— Habíamos cambiado el nombre porque el agresor había cambiado. El sentido es el mismo. «Ingleses» reemplazando a «Osmanlis».

LA CARRERA HACIA LA CASA BLANCA

"IKE" MUY POR DELANTE EN LAS AUSCULTACIONES DEL GALLUP



EL periódico «Daily News», de Chicago, publicó recientemente una caricatura de Jensen, en la que aparecen sesteando tranquilamente a la sombra de un árbol, un elefante y un burro. Como es sabido, el elefante es el animal totémico del G. O. P. (Great Old Party, o partido republicano), y el burro lo es de los demócratas. En el suelo, delante de los durmientes, hay un cartelito que dice: «La campaña» (electoral), y un poco más allá aparece el ex Presidente Harry S. Truman prendiéndole fuego a un petardo, con la intención, claro está, de despertar al burro y al elefante, que los caricaturistas americanos hacen hablar como en las fábulas de Esopo.

Hemos reparado en esta caricatura de Jensen—igual a muchas otras que aluden siempre a la siesta—, porque da una idea bastante exacta de la languidez con que, por ahora, está transcurriendo la campaña electoral norteamericana, aunque es de suponer que la trepidación comenzará más tarde.

El ambiente nacional en torno a este acontecimiento, es apático, según todos los indicios. En los Estados Unidos, como en todas partes, la gente está cansada de la política, y cuando algún agente del Gallup se acerca a alguien para pedirle su opinión sobre Rusia, o el desarme, o Suez, la respuesta más corriente es esta:

—Ese es un asunto para «Ike».

Según se tome, tal respuesta implica tanto una ilimitada confianza en la sabiduría y experiencia del Presidente, como un desdén alejamiento mental de todos los lios en que anda metido el mundo.

Si recurriésemos a la clásica metáfora, para describir este ambiente apático, de la charca, del agua estancada, tendríamos que añadir que, de momento, la única piedra que ha caído en ella ha sido la arremetida de Harold Stassen contra el vicepresidente Nixon. El prestigio del vicepresidente, cuya única misión específica, en vida del titular, es presidir honoríficamente el Senado, ha sido, en estos últimos tiempos, de una inestabilidad desconcertante. Lo mismo se ve en él al futuro Presidente de la nación, con todos los títulos necesarios para ello, como se le considera totalmente inadecuado para una eventual entrada en la Casa Blanca.

Esta cuestión la decidirá, quizá tempestuosamente, la próxima Convención anual del Partido. Es lógico, por otro lado, que en esta ocasión la candidatura para la vicepresidencia se mire con lupa, ya que a nadie se le oculta que la salud de Eisenhower no es todo lo buena que sería de desear; como tampoco se le oculta a nadie que un segundo mandato le sorprendería en la Casa Blanca a una edad relativamente avanzada: setenta y cuatro años; quizá excesiva, según algunos, para la



Stevenson se dirige humorísticamente a un pollino, mascota del partido demócrata de los Estados Unidos

tremenda carga que significa hoy prácticamente la «world leadership», la jefatura del mundo.

Por lo demás, las novedades en la campaña electoral se reducen al hecho de que en lugar del famoso lema «I like Ike» de 1952, en las solapas y pancartas de los «forofos» republicanos luce un extraño «J'aime Ike» (así, en francés), que no sabemos a quién se le habrá ocurrido.

SIN EL «AS» DE COREA EN LA BARAJA

Debemos preguntarnos, a continuación, el porqué de esta apatía nacional de que venimos hablando. Desde luego, la respuesta que primero nos viene a la pluma es la siguiente: Porque habiendo decidido Eisenhower presentarse a la reelección, se da por descontada su victoria. Stevenson, reelegido candidato en la Convención demócrata de Chicago, conocerá de nuevo la derrota, según esta previsión. ¿En verdad es tan simple esta cuestión? ¿Está tan clara la victoria de Eisenhower?

Quizá. Pero la capacidad de sorpresas que pueden salir de unas urnas electorales es ilimitada. Es inevitable que recordemos aquella famosa «plancha» de 1948, cuando según la Prensa ni el propio Truman creía en su victoria. Esto puede repetirse. Hay que creerlo así, sobre todo en los Estados Unidos, porque el día en que cualquier cerebro electrónico pueda predecir con un mes de anticipación quién se llevará el gato al agua, la democracia el estilo americano habrá perdido uno de sus mejores encantos.

Recordemos que el propio De Gasperi, cuando ganó sus últimas elecciones gracias a los «empuntamientos», declaró que aquello le había decepcionado, pues al asegurarse previamente una mayoría de votos, la lucha electoral había perdido todo su fascinante dramatismo.

Aquella historia de 1948 puede repetirse, decíamos. Y no caprichosamente; que el prestigio personal de Eisenhower se mantiene a un confortable nivel, es evidente; pero también lo es que ya no se trata de aquel prestigio fabuloso, alcanzado en los campos de batalla, cuando millones de soldados le adoraban. Eisenhower tiene ya a la espalda una obra de gobierno de cuatro años, que es un período de tiempo lo suficientemente largo como para acumular esa dosis de aciertos y errores que implica toda obra de gobierno.

Por otro lado, esta su salud: En el intervalo de unos meses, una trombosis coronaria y una

obstrucción intestinal pueden dar mucho que pensar a los electores. Incluso se ha llegado a decir que las mujeres americanas no le votarían por quererle de verdad, para evitarle la pesadumbre de tantas responsabilidades y para permitirle que disfrute de su granja de Gettysburg (por la que, dicho sea de paso, Eisenhower parece haber perdido mucho interés). He aquí, pues, cómo en los planes de los republicanos se interfiere el —llamémosle así— complejo maternal de la mujer americana. ¿Cuándo comprenderán ellas que la «voluntad» de poder «domina mas a los hombres que su amor a los caballos, a la agricultura y a las zapatillas de andar por casa»?

Cierto es que bajo esta «era de Eisenhower» los Estados Unidos han alcanzado la cima de su «prosperity». Pero también es verdad que últimamente las cosas ya no marchan tan bien, sobre todo en un sector particularmente sensible y sintomático de la vida eco-



Harriman, que ha sostenido dura lucha con Stevenson

nómica americana: La industria del automóvil. No se puede hablar de crisis todavía, pero en un país tan fabulosamente rico como son los Estados Unidos, las crisis son «psicológicas» en un 90 por 100, y esto de la psicología colectiva es una de esas cosas que no se dejan controlar fácilmente. Los hombres de más de cuarenta años —una importante parte del censo electoral— recuerdan perfectamente la «gran depresión» de los años treinta, y el miedo todavía no les ha salido del cuerpo.

En orden a la política exterior, en 1952 Ike significó la mejor esperanza de terminar de una vez con aquel «molino de carne» —como le llamó Gromyko— que era la guerra de Corea. Esta esperanza, que compartían los combatientes anclados en las proxi-

midades del paralelo 38 y sus deudos y familiares, en el país, arrastró necesariamente muchos votos favorables al hombre que prometía traer la paz.

En 1956, por fortuna no hay ninguna guerra que terminar, y con razón o sin ella —nosotros creemos que más bien sin ella— de la opinión pública se ha apoderado algo que parece ser consustancial con el alma americana: El optimismo. Nadie cree seriamente en un conflicto mundial y sólo mister Dulles, que apenas tiene nada que esperar de las urnas, hace de vez en cuando el poco grato papel de aguafiestas, hablando de peligros y de amenazas.

No sería extraño que el día de mañana saliese en el Congreso un MacCarthy exigiendo responsabilidades por este rápido desarme moral de la opinión americana, frente a la amenaza permanente que significa la Unión Soviética.

Esta vez, pues, Eisenhower irá a las urnas sin el «as» de Corea en la baraja.

Todas estas reflexiones se las hacen a diario los columnistas americanos, demócratas en su mayoría, aunque tienen que trabajar y opinar para empresas periodísticas en su mayoría republicanas. Analizando una a una, objetivamente, se llegaría a la conclusión de que para Eisenhower 1956 puede no ser 1952. No obstante y aquí entran los únicos datos objetivos de que disponemos—, los Gallups efectuados hasta la fecha otorgan una abrumadora mayoría de votos a Ike.

AUSCULTACIONES

Echémosle una ojeada al último «poll» llegado a nuestras manos y elaborado por George Gallup, director del American Institute of Public Opinion.

La pregunta que se hacía a los auscultados era la siguiente: «Suponga que la elección presidencial se celebra hoy. Si el Presidente Eisenhower fuese el candidato republicano y Adlai Stevenson el candidato demócrata, ¿quién le gustaría a usted que ganase?»

He aquí las respuestas:
Eisenhower ... 61 por ciento.
Stevenson ... 37 por ciento.
Indiferentes ... 2 por ciento.

Esto, en agosto. En junio pasado, a la misma pregunta, las respuestas fueron: Un 62 por ciento a favor de Eisenhower, un 35 por ciento a favor de Stevenson, y un 3 por ciento de indiferentes.

En julio, Ike se llevó un 64 por ciento y Harriman, el otro candidato demócrata entonces más «en vue», un 32 por ciento.

Como puede verse, el actual Presidente se mantiene por encima del 60 por ciento, duplicando casi el número de votos a favor de Stevenson. Siempre, según Gallup, la distribución de votos, en porcentajes, a través de las tres capas electorales americanas, es como sigue:

Sólo republicanos:

Eisenhower ... 97 por ciento.
Stevenson ... 2 por ciento.
Indiferentes ... 4 por ciento.



Otra vista general de la Convención demócrata celebrada en Chicago

Sólo independientes:

Eisenhower 71 por ciento.
Stevenson 25 por ciento.
Indefinidos 4 por ciento.

Sólo demócratas:

Stevenson 72 por ciento.
Eisenhower 26 por ciento.
Indiferentes 2 por ciento.

Esto quiere decir, entre otras cosas: Que la gran legión de los indiferentes está con Eisenhower, y que éste tiene muchos más votantes entre los demócratas que Stevenson entre los republicanos.

Todo esto no tiene más que un valor simplemente exploratorio. Pero repetiremos que es el único dato objetivo de que se puede disponer para situarse sobre el moedizo terreno electoral.

LA INTERROGANTE STEVENSON

Deben existir algunos paralelos entre Eisenhower y Stevenson. Pero uno de ellos es particularmente curioso. Ambos candidatos, en 1952 no sentían la menor inclinación hacia la política, Ike tuvo que ser casi literalmente sacado de su puesto de comandante supremo del SHAPE, en París, donde se hallaba bastante a gusto, e hizo una campaña electoral sin gran entusiasmo. La máquina del partido trabajó por él; en realidad, bastó su nombre mágico para triunfar.

Adlai Stevenson había sido un poco por azar gobernador de Illinois, donde lo hizo bien, y sus inclinaciones eran más intelectuales que políticas. Unos meses antes de las elecciones, nadie sabía quién era aquel hombre; los más enterados hablaban de «un aristócrata de Bloomington, con dinero y divorciado». Su campaña electoral fué muy digna, muy elevada, con discursos preciosos, pero en el fondo académica; no era eso lo que querían los demócratas, acostumbrados a la eficacia popular del «estilo Truman», y por eso el propio Truman, en las postrimerías de aquella campaña perdida se sumó al cortejo de Adlai para echarle pimienta a la cosa; según algunos, le echó demasiada. Había, desde luego, un rudo contraste entre la finura dialéctica y el humor un poco británico del «aristócrata de Bloomington», y la demagogia detonante, y a veces provocativa, del ex camisero de Independence (Missouri). Parecía increíble que aquellos dos hombres se entendiesen y defendiesen un mismo programa. Y al final, la derrota.

El paralelismo entre Ike y Stevenson continúa, pero ahora en sentido contrario. Ambos le han cobrado afición a la política, ésta les ha «envenenado». Eisenhower, hasta el extremo de olvidarse un tanto de su granja y de sus proyectos de convertirse en un «gentleman farmer»; Adlai, hasta el extremo de olvidar sus gustos intelectuales.

Es verdadero ese proverbio indio que dice que el Poder es como subirse a un tigre, que después es imposible bajar.

Stevenson soportó caballerosamente su derrota, y con arreglo a una democrática tradición americana, fué el primero en cursar un telegrama de felicitación al vencedor. Después emprendió un

viaje alrededor del mundo y escribió una serie de artículos sobre sus impresiones. Muy bien de estilo, pero en el fondo escasamente interesantes. A través de ellos se notaba que Stevenson había abierto un hueco en su cabeza para el departamento de propaganda. De vez en cuando, un discurso, una conferencia de Prensa, unas declaraciones..., y a esto se ha reducido su actividad pública en estos últimos tiempos.

¿Qué posibilidades tenía este hombre de hacer triunfar la candidatura demócrata? Según los «gallup» celebrados hasta ahora ya han visto ustedes que esas posibilidades son bien escasas. Stevenson, como Dewey, está corriendo el riesgo de convertirse en el eterno candidato frustrado a la Presidencia.

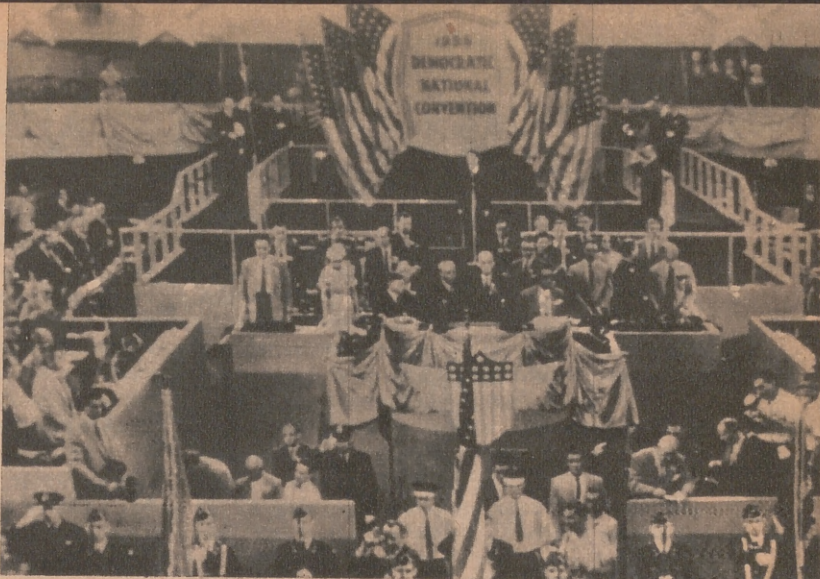
¿Es popular, al menos? Nos remitimos a lo que sobre él escribió Raymond Cartier en su libro «Las 48 Américas». Según Cartier, director de «Paris-Match», en 1952 la Prensa abultó mucho los éxitos públicos de Stevenson, y en cambio silenció las explosiones de irreflexión popular que iba concitando Eisenhower a su paso. Ignoramos si esto fué verdad. Pero en todo caso, leímos casi todos los discursos pronunciados entonces por el candidato demócrata y comprendemos que dada su altura y sutileza provocasen más admiración que entusiasmo.

Finalmente, hay otra cosa que no le favorece nada: Su figura. El Presidente de los Estados Unidos no tiene que ser necesariamente un Apolo ni el hombre mejor vestido del mundo. Pero dada la publicidad de que se le rodea, es evidente que una buena planta ayuda mucho.

Stevenson no tiene buena planta. Es calvo, de estatura más bien baja, y a pesar de su cierta delgadez tiene panza. En conjunto, sin ser grotesco, es feo y anodino; no hay en él el menor asomo de grandeza física, que a veces depende simplemente de un bigote.

Si apuntamos estos datos, quizá un tanto sorprendentes para el lector español, es porque cuentan a la hora de las urnas, según los expertos en estas materias. Ahí quedan, pues, como un punto negativo para el caso de «good average».

Un contricante, Harriman, apoyado por Truman, lucha fuerte en la Convención Demócrata.



Vista de la Convención del partido demócrata

DE AQUÍ A NOVIEMBRE

Por lo demás, de aquí a noviembre pueden ocurrir muchas cosas, tanto dentro como fuera de los Estados Unidos. Si bien es cierto que hoy la política interior norteamericana repercute inmediatamente a lo largo y a lo ancho del mundo entero, también es verdad que cualquier acontecimiento internacional puede condicionar de una manera decisiva el resultado electoral. Después, a la hora de tomar decisiones, tanto montan, montan tanto los republicanos como los demócratas; la «bipartisanship» en política exterior (bipartidista) es un hecho, aunque unos y otros la nieguen, y en este terreno más que en ningún otro es esencialmente verdad aquello de que los demócratas se diferencian de los republicanos en que cuando éstos están en el Poder, aquéllos están en la oposición, y viceversa.



Eisenhower pasa por debajo de un cartel de propaganda de Stevenson

CATOLICA Y NACIONAL

TODA empresa informativa, por el hecho, a ella connatural, de difundir directa o indirectamente criterios, o lo que de algún modo puede influir en éstos, tiene trascendencia ideológica. Algunas, tanto en nuestro país como en todos los demás, nacen expresamente con esa finalidad. De ahí su importancia y su específica naturaleza, que las contradistingue de cualquier otra empresa mercantil. A naturaleza distinta debe responder un rango y una ordenación igualmente distintos. Tal ha sido el tema que ha constituido el núcleo fundamental de cuestiones analizado y examinado con solvencia y seriedad en el X Curso de Periodismo, celebrado en la Universidad Internacional de Santander.

La información, en cualquiera de sus manifestaciones, influye de un modo decisivo sobre la marcha de los intereses generales. Como dijo hace tiempo el Ministro de Información, señor Arias Salgado, es aparte integrante del bien común. Lógicamente, ni la sociedad ni la autarquía pueden desentenderse de las obligaciones que les incumben en el recto funcionamiento y en la adecuada ordenación de una institución social tan activamente influyente, para bien o para mal, en la comunidad. Las garantías, en este orden de cosas, es algo a lo que no pueden renunciar la sociedad ni el Estado, si éste quiere eficazmente cumplir la misión que le está encomendada.

Acertadamente se ha dicho, en el acto de clausura del referido Curso de Periodismo, en relación con la equívoca locución «libertad de Prensa», que «lo importante es que el periodista sea libre en el seno de la empresa periodística y que ésta tenga por objetivo el bien común». Si se tiene en cuenta, como señalaba certeramente el director general de Prensa, que «fundar periódicos se ha convertido hoy en el privilegio de unos pocos», dado el volumen de efectivo que actualmente se requiere para ello, el dominio de la información y la manipulación de su influencia por estos pocos puede representar, y de hecho así sucede en otros países, hasta una des-

naturalización de las finalidades esenciales de la información misma. Este fenómeno, real e innegable más allá de nuestras fronteras, convierte la auténtica libertad de información en un puro artificio legal, en un instrumento de poder efectivo y despótico ejercido, por añadidura, en las sombras del anonimato, ante el que el individuo, la sociedad y los intereses de la comunidad, cuya tutela, salvaguardia, desarrollo y recto ordenamiento están encomendados por el propio derecho natural al Estado, pueden hallarse, en un momento determinado, totalmente indefensos.

Este hecho, fácilmente comprobable para cualquiera, era ya suficiente por sí solo para que oportunamente se pensara en la necesidad de una doctrina de la Información que replanteara desde sus cimientos las bases sobre las que asentar todo un sistema ideológico y funcional realmente conforme con los derechos inalienables de la persona humana, de las instituciones y del bien común. Este sistema es el que, de acuerdo con las exigencias de las circunstancias de lugar, tiempo y personas, hace posible que en España se haya conseguido un «régimen de Prensa»—de información—tan flexible y tan adecuado, que puede ofrecer un «panorama vario, pluriforme, reflejo y expresión exacta de la sociedad española», en el que conviven y actúan, dentro de la unidad fundamental, tan distintas empresas periodísticas, registrándose el dato revelador de que «en el conjunto de éstas los periódicos deficitarios se pueden contar con los dedos de la mano». Si en relación con las grandes empresas periodísticas de algunos países hay que procurar una mayor revalorización en lo económico de las nuestras, existen razones sobradas de más puro y alto valor que lo material para afirmar que «tenemos derecho a que en el mundo la Prensa española, fuerte, católica y nacional, resuene». Son éstas y otras las razones que nutren nuestro optimismo. «La voz de España será oída.»

EL ESPAÑOL

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

**PARA CONOCER
POESIA ESPAÑOLA**

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de calle
..... núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

BAILANDO POR EL MUNDO

VICENTE ESCUDERO

Y SU EMBRUJADO SECRETO

SEÑOR DEL EQUILIBRIO, ENTRE "MATAOR" Y BAILARIN, ENTRE CASTELLANO Y GITANO

UN ESPAÑOL QUE SABE IR AL TORO



Vicente Escudero en una de sus características actitudes; a la izquierda, nuestro redactor Jimé-
nez Sutil

AQUI está. Ni joven ni viejo, sino ágil, impetuoso, decididor, diligente y siempre dispuesto a las pruebas, a los movimientos. Enjuto, casi sarmentoso. Ni una complexión amplia, pero tampoco un breve manojillo de nervios. Una estatura mediana, tensa y estilizada. Poco añaden los zapatos de medio tacón, que me parecen el diapasón de su vida.

—¿Qué años de vida tiene en su haber?—le pregunto para sondear muchas cosas a la vez.

Y ríe. Ríe dando suelta a una exclamación, como el que trata de espantar un bicho, un toro. No una cita, sino todo lo contrario. Y no es que tema a la vejez, pero sí creo que debe considerar injusto que la vejez —inoperante decadencia y falta de recursos de toda índole— le ponga el cartelito de «adquirido». No es todavía figura de museo, ni mucho menos. No hace falta que me lo diga. Lo veo. Veo su apostura entre «mataor» y bailarín, entre castellano y gitano. Es un prodigio de equilibrio.

—¿Años? —me interroga evasivamente—. Muchos. Creo que con decirle que he ido al bautizo de Napoleón hay bastante.

—Vale —le contesto entendiéndonos—. Con eso y con saber que su cuna se movió en Valladolid, me basta.

Gris lo veo por todas partes: pantalón, chaqueta y sombrero. Quizá un gris levemente verdoso. Y gris, tirando a plateado, me parece el color de los tufillos de pelos que como nebulosas parecen revolotear por debajo del ala del sombrero, un sombrero de buen ala.

—No hace falta que lo diga: está usted fuerte.

—Como un toro. Más fuerte que nunca.

Y empieza a taconear con más prisa y velocidad que un niño rabioso. Ni que decir tiene que por un momento hacemos que nos miremos todos los presentes en el café madrileño en que conversamos. Así que tengo atentos los oídos a los tacones de Vicente, y los ojos a los que nos miran. Y



Vicente, que se ha dado una zambullida en su arte, no se da cuenta. Un hombre feliz que puede entrar y salir en el mundo sin muchos requisitos.

Y termina. Y me mira con esa mirada fuerte que conserva algo del duro fruncir de cejas en que parece estar la fuerza y pentagrama del cante y del baile flamencos. No sé por qué, pero siempre he visto tal gesto, e incluso he podido observar que si algún «eventual» aficionado ha querido «echar su copia», se ha creído en la obligación de comenzar frunciendo el ceño. Ni puedo afirmar ni puedo negar que ahí tenga su sede el duende o mistero de lo flamenco.

—¿Qué? ¿Qué le parece?

—A mí, muy bien.

—Los que me vieron en París, hace año y medio, no me conocerían ahora.

—¿Por qué?

—Por la evolución.

—¿En qué sentido?

—Cada vez bailo más seco, más

estático, con menos elementos. Evoluciono hacia atrás.

—¿Con qué ayuda?

—Solo. Sin ayuda de nadie. Lo que no sé me imagino cómo sería. Cada vez procuro acercarme a lo más puro.

—Y, ¿por qué no cuida los elementos accesorios?

—Siempre he ido en contra mía. Sin ayuda de nada. Ni luz ni decorados... No sé cómo he salido adelante.

Vicente Escudero habla como siente. Se juzga a sí mismo, restándose. Y juzga a los demás con un criterio en que separa del artista lo humano de lo profesional. A veces elogia el arte, mientras condena, basándose en *considerandos y resultandos*, la conducta de la persona. Tiene a gala el ser sincero, sin ir más allá. Seco como su arte, firme como su tierra y asequible como artista.

—Parece que su vida inquieta y casi errante —tributo a la profesión— ha encontrado un punto fijo, alrededor del cual anda girando con ciertos síntomas cosa definitiva. Me refiero a Nort-américa. ¿No le parece peligroso situarse entre gente tan dinámica y espectacular con su estilo sobrio y con su edad?

—¡Ah! Esa es mi satisfacción. He ido al toro. Allí no valen sentimentalismos. El que llega a viejo, a la reserva. Y en cuanto al estilo, hay que tener en cuenta que el público aquél acude en plan de estudiante, no como por Europa, donde asisten con ánimo de divertirse.

En efecto, son muchos los allí llamados, pero pocos los elegidos. Y Vicente tiene en su haber el testimonio del público, de la crítica más severa y el encargo que trae para distraer sus cuatro o cinco meses de estancia en España: recoger en cinta magnetofónica canciones no conocidas de España, que luego distribuirá el Departamento de Educación de Estados Unidos por Colegios y Universidades.

—Vaya; así serán fructuosas las vacaciones—le digo frotando los dedos pulgar e índice.

—No. No me pagan. Lo hago para satisfacción mía.

Y queda mirándose como diciéndose: «¿Qué pasa?»

«MI ESTADO FÍSICO SE LO DEBO AL RÉGIMEN VEGETARIANO INTEGRAL»

Vicente Escudero, al que tengo

ahora relativamente quietecito a mi lado, ha recorrido siete veces Europa. Toda Europa. En tiempos de los Zars fue contratado en París para actuar en Moscú y San Petersburgo. Ha viajado por Estados Unidos y Canadá en todas direcciones, pero no sucede lo mismo, con Centro y Sur de América.

—Sólo estuve en Cuba. Méjico no me lo recomendaron por la altura. Y para Buenos Aires me enviaron a la firma cinco contratos que devolví.

Ha pasado por todo el norte de África y Medio Oriente y ha llegado hasta la India.

—Muchas leguas y mucho movimiento. ¿A qué atribuye tan buena conservación de su estado físico?

—A que durante tres años—los de 1931, 1932 y 1933—fui vegetariano integral. Me desintoxiqué. Y aquí estoy en forma.

Observo que concede mucha importancia a eso de vegetariano integral. Reforzó las palabras con un movimiento de brazos mientras ahuecaba la voz para dar contundencia. Y en su actitud de conjunto parecía haber un algo de desafío, no sé por qué. En mí sólo hay ignorancia de estos regímenes dietéticos. Pero no oculto que en España no suelen tomarse muy en serio estas cosas. Así que aclaramos:

—¿Qué régimen ha de observar un vegetariano integral?

—No comer cadáveres ni derivados de cadáver.

Entiéndase por cadáver al animal. Ni carne, ni leche, ni huevos... Sólo cereales, frutas y frutos oleaginosos.

—Pero, ¿tiene algún secreto?

—¡Hay que saber chino!

Y queda con el dedo índice levantado.

—Un régimen científico —insiste—. Se come una parte cocida y otra cruda... Miles de combinaciones. ¡Un manicomio!

—Y usted llegó a enterarse bien.

—Sé tanto de vegetariano como de baile.

—Y, ¿contento?

—¿Contento? ¡Rompió los escenarios con este régimen! Quedé nuevo.

—Y ¿no tuvo tentaciones?

—En una cosa falté a la ley vegetariana: ni podía ni puedo prescindir de mis vasitos de vino antes de las comidas. En eso, falté.

Y hace sonar un chasquido de la lengua, que es la música que acompaña al movimiento de cabeza revelador de un sentimiento de resignación.

—¿Y deporte? ¿No ha practicado deporte alguno?

—Ni uno.

Las palabras, el gesto de la cara y el movimiento de manos me indican que no procede insistir. El deporte no ha tenido el menor roce con su vida. Ha visto un solo partido en París: España-Francia.

—Por tratarse de España. Había que gritar a su favor. Y vi también un combate de boxeo porque intervenía un español.

—Pero el cine...

—Sólo he visto diez películas. Las tengo contadas. Películas de Charlot o de Walt Disney.

—Entonces los toros.

—Eso sí. Llegué el sábado, y el domingo asistí a la primera corrida.

Girando la cara a derecha e izquierda, amplía:

—Traigo hambre de toros.

—¿Y qué encuentra usted en los toros?

—El arte más completo. Hay pintura, hay escultura, hay música... y hay valor.

—¿Tiene muchos amigos toreros?

—No. No se ha terciado.

—¿Alguna otra debilidad?

—La pintura. Es lo que sigue en estima al baile. Y dentro de mis posibilidades, estoy documentado desde la época paleolítica hasta nuestros días.

Y no sólo contempla y estudia, sino que también pinta. Y fija a través de la pintura las líneas ortodoxas del auténtico baile flamenco. Y conoce y trata a muchos pintores, españoles y extranjeros: cubistas, surrealistas. Picasso, Miro...

—¿Y literatos?

—He quedado con Hemingway en vernos en la plaza de toros de Zaragoza antes de la corrida del 12 de octubre.

—¿Y músicos?

—Muy amigo de Falla.

—¿Qué estudios ha hecho usted?

—Estudios? Aprendí a leer y escribir solo. Mi ortografía es muy particular. Tampoco he asistido a academia alguna para el aprendizaje del baile.

LOS PRIMEROS PINTOS: BAILES Y ZAPATEADOS SOBRE LAS TAPAS METÁLICAS DE LOS REGISTROS DE RIEGO Y SOBRE EL TRONCO DE UN CHOPITO TUMBADO

Así se lanzó por el mundo Vicente Escudero. Y aquí bien vale la palabra lanzarse. Brincando de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de nación en nación, de continente en continente. A solas con su fe, con su esperanza y con la fuerza irresistible de su sangre—una cuarta parte gitana y tres de castellano viejo—y de su vocación.

Le dominaba la inquietud, la inexorable tendencia al despliegue. Algo le arrastraba «como un potro desbocado». ¿Qué consiguió su padre colocándole en una imprenta? Nada: se escapaba por los pueblos cercanos a Valladolid para bailar, para torear. Así que en seis meses recorrió, aguantando despidos, todas las imprentas



Con Uday Sahnkar, en París, en 1930

de su ciudad natal. Tenía entonces doce años.

—No me podía sujetar.

Aun hoy, cargada su vida de años y experiencia, de alegrías y sinsabores, le brota, al recordarlo, una fuerza íntima y vital que le hace extender la mano bien tiesos los dedos, como si fuese a arrancar para una saeta. Está claro: inútil es luchar contra un fuerte temperamento y un decidido y definido carácter. El de Vicente era así y para eso: para el baile, pero baile flamenco, y sus concomitancias. Y él mismo se veía arrastrado sin poderlo evitar. ¿Por qué nadar contra corriente? Y se fué con la corriente.

—¡Pobre padre! ¡Cuántas multas tuvo que pagar!

Pagó multas su padre, y no pocas. Y las pagó por esto: porque el niño, cuando tenía diez años, antes de pasar por las imprentas, estropeaba o rompía las «chapas» —registros— de las bocas de riego. Las estropeaba o rompía taconeando, vigilado y perseguido por los guardias.

—¿Qué buscaba usted en ellas?

—Cada una tenía un sonido distinto.

Aun lo dice con una rapidez, entusiasmo y convencimiento tal que parece estar pronto a repetir. Eterna juventud, no sabemos si por el régimen vegetariano o porque tenía que ser así. Lo cierto es que hoy es joven, como un joven, que taconeaba dondequiera que hubiere menester: en el suelo, en la mesa o en el mostrador del café. Pero por necesidad de explicar o estudiar, no por espectacularidad, porque no hemos de echar en olvido que ha nacido, y se mantiene fiel, en la ciudad-museo de Hernández Juni. Berruguete... Es fuerte, seco, sobrio...

Bailó zapateó en cualquier parte. Cualquier trozo de Valladolid puede dar testimonio de sus pasos, mejor dicho, de sus tacones. Hasta un pobre chopo que, tumbado por el viento, cayó atravesado sobre el río Esgueva, le sirvió de casi inestable escenario. Sobre el no grueso tronco se ponía a zapatear. ¿Qué oculto instinto le llevaba allí en busca de perfección? Tenía entonces diez años.

—¡Cuántos chapuzones me llevé!—dice abriendo los ojos, a veces duros, a veces pillines.

Es curioso: niño todavía, el instinto le guiaba, le iba llevando al baile perfecto por los caminos más seguros. Curioso.

—¿Qué le dieron aquellos ejercicios sobre el tronco de chopo?

—El equilibrio. Así lo he creído siempre. Y esto es fundamental en un bailarín.

—Ya me dijo que en las «chapas» andaba buscando el sonido. ¿Pero tan importante es?

—¡Importantísimo. Mientras bailamos, estamos oído atento a los sonidos del taconeo. ¡No sabe usted la emoción que siente uno al sacar buenos sonidos!

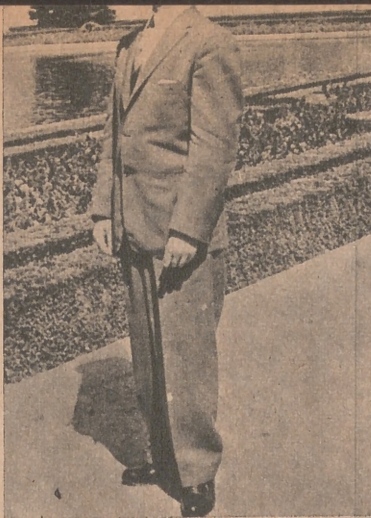
—Pero, ¿no son siempre iguales?

—No. ¡Ojalá!

—¿No ensaya?

—Nunca he ensayado. Con los ensayos se vuelve uno una máquina. No entiendo de eso. ¡Ensayos ni academias de letra y música.

El mismo se va definiendo o, por lo menos, describiendo. Era y es una fuerza liberada hacia el baile con proyección determinada sin su consentimiento, pero con



En Madrid, frente al Monumento a Cervantes y en los Jardines Sabatini

no menos quijetismo consciente.

—¿Fue usted quien dió el primer recital de baile español en el mundo?

—Sí, amigo. En la sala Gaveau, de París, en el año 1921.

Y él mismo se intercala, riendo, un inciso:

—Anteayer—dice riendo sin pena ni nostalgia.

—¿Y bien?

—Vi por un agujerito del telón que, cuando me llegaba la hora, la gente se frotaba las manos en espera de divertirse: la cosa española: «juerga» y alegría. La orquesta también contribuía a poner en ese tono el ambiente: pasodoble aflamencado que hacía sonreír y mover a la gente. Pero en cuanto salí al tablado pegué un zapateo tan tremendo que se apagaron las luces.

—¡Caramba!

—Así. A partir de aquel momento, la gente estuvo como en misa. Y al día siguiente los periódicos traían unos artículos así de largos.

Y señala una longitud como de medio metro.

—Antes de eso actuaría usted en otras partes.

—Comencé por los pueblos. En las barracas de las ferias y fiestas. Recuerdo que en el paseo de Begoña, de Gijón, actué en una barraca de madera destinada a cine mudo, en doce sesiones, a seis pesetas.

—Me gustaría saber su primera función formal en un escenario.

—En un varieté de Lisboa.

—¿Y en los cafés cantantes?

—Poco. En cuanto me enteré un poco de lo que era el baile flamenco, preferí volver a los pueblos. No podía aguantar a los borrachos.

Un algo le empujaba a la cumbre de la perfección y la fama.

«ME HE INSPIRADO EN LAS IMÁGENES DEL MUSEO DE VALLADOLID»

—A estas alturas me parece oportuno ir al meollo de la cuestión. Con su instinto, con su experiencia, con su autodidactismo tiene sobrados elementos para indicarme lo principal, lo esencial, del baile flamenco. ¿Cuál es su contestación concreta?

—Las líneas.

—Me ha dicho que en las «chapas» de riego buscaba sonidos, que

Con su pareja, Carmita García



que no pienso encontrarlo nunca.

—¿Entonces no hay nadie en «el más allá»? ¿No existe el mejor?

—Del mejor no hay nada. Ninguno es completo.

—¿Tan fluctuoso es el baile flamenco?

—El baile flamenco se enriquece con la inspiración, pero sin salirse de su forma y fondo. Un día, por ejemplo, bailo bien; otro, mejor, y otro, mal. Ningún día bailo igual. A veces me emocio cuando plasmó una línea. Es lo que más interesa: más que el sonido y el ritmo. Salgo al escenario y salgo creando. Y creo que el que sale contando los pasos por centímetros no debe sentir nada.

Y se inclina hacia mí en gesto de explicación, a la que no faltan buenos y rápidos movimientos de manos.

—Si yo recuperara todas las líneas y sonidos que he ido creando tendría ahora más de setenta u ochenta completos. Entonces se hubiera acabado para mí «el misterio».

—A su juicio, ¿cuál es el baile flamenco puro?

—El que se atiene a mi decálogo. Por creerlo así, escrito está.

Y veo el decálogo. El decálogo dice: 1.º Sobriedad. 2.º Bailar en hombre. 3.º Girar la muñeca dentro afuera, con los dedos juntos. 4.º Las caderas quietas. 5.º Bailar asentado y pastueño, dejando tranquilo el circo. 6.º Armonía de pies, brazos y cabeza. 7.º Estética y plástica sin mixtificaciones. 8.º Estilo y acento. 9.º Bailar con instrumental tradicional. 10. Lograr variedad de sonidos con el corapón, sin chapas en los zapatos, sin escenario postizos y sin otros accesorios.»

He ahí el decálogo que Vicente Escudero ha escrito. Ni una palabra más, ni una menos.

Y con el decálogo han sido contestadas otras preguntas que estaban a la espera.

EL BAILE MAS DIFICIL DE INTERPRETAR: LA «SEGUIRYLLA GITANA»

—Queda en el aire una pregunta. ¿En qué ha terminado, si ha terminado, la polémica con Antonio?

—En que le he demostrado bailando, una vez en Barcelona y ahora en los Estados Unidos, que se equivocó al decir que yo estaba viejo y que qué iba a hacer yo delante de él. Lo que si sé, y él también lo sabe, que si hubiese ido a los Estados Unidos antes que yo, su éxito habría sido explosivo. Pero fué cuando yo había enseñado ya al público con mi forma de bailar los puntos de mi decálogo y que para bailar curioso no hace falta hacer tantas cucarachas. Esto no quita para que yo siga diciendo que es un gran bailarín.

Queda unos momentos en suspenso. Y reitera:

—Me han dicho que está consultando mi decálogo. Hace bien. Pero lo debía decir, porque luego es fácil adjudicarse las cosas.

—Pasando por alto estas cuestiones personales, vayamos a otro punto, para mí oscuro: baile más difícil.

—La «seguirylla gitana».

—Me pide que lo escriba con y griega.

—Es la más difícil—insiste—no desde el punto de vista técnico,

sino de cultura. Para bailar la hay que dialogar con la muerte, con los santos y con los demonios. Bailar con el corazón y sin respirar. Hay que dirigirse a la liturgia y evocar el origen de la raza.

—Entonces, ¿el más difícil es de el punto de vista técnico?

—El baile por alegrías. Es el completo. Tan difícil de medio cuerpo para arriba como de medio cuerpo para abajo.

Se reconcentra un poco para viajar por su mundo interior. Y sale:

—La «seguirylla» es fácil de bailar, pero la más difícil de interpretar.

—¿Le gusta interpretarla?

—Como que fué creación mía, allá en el año 1940! Cinco años pasé estudiándola, y la estrené en el teatro Español, de Madrid, acompañado a la guitarra por Eugenio González. Al principio los artistas flamencos me trataron de loco. Luego...

—¿Qué paso luego?

—Todos han empezado a bailar la, pero de distintas maneras: a zapatazos, con carreras, con el saito mortal y ¡hasta con un caballo! Así que cuando veo y leo —porque la crítica tiene mucha culpa— cosas tan desequilibradas, me dan ganas de lanzarme a nadar en el espacio para ver si me vuelvo gaviota.

—Hemos llegado a otro punto interesante. Usted ha recorrido mucho mundo. Veamos: ¿qué países le parecen más sensibles a este baile?

—Los de centro y norte de Europa: desde París a los países escandinavos, pasando por Suiza y Holanda.

—¿Y los más entendidos?

—Ahora, Estados Unidos. Más que Francia. En América hay menos confusión. Hablo del baile flamenco, que es el mejor del mundo.

—Pasemos entonces revista a la crítica. ¿Qué dice?

—Se salva algún que otro crítico. Pero, en general, no saben lo que dicen.

—¿Dónde están los más entendidos?

—En Nueva York, París y Holanda.

—¿Holanda?

—¡No sabe usted la intuición que tienen allí!

—Entonces, ¿usted qué críticos quiere?

—Críticos plásticos: de pintura y escultura. No de circo. Simpatizo con el circo, pero no es lo mío.

—¿Cómo logró usted penetrar en Norteamérica?

—Cuando me presenté en 1932, el temible John Martin, crítico del «Times», escribió: «Vicente Escudero es el bailarín más insolente que ha entrado en América». Pero después hizo un buen panegirico de mí. Esto fué lo que me valió para sentar plaza allí.

DOS DISCOS SOBRE CANTE FLAMENCO

En fin, hay que terminar. Ahora lo tenemos aquí. Y dicen que tal vez se encargue Vicente Escudero de la Escuela de Danzas del teatro Real. Por ahora, rumor nada más.

Pero no hay que silenciar nada. Vicente Escudero es también «cantaor». Hace dos meses se en-

cerró en su habitación del hotel Bresli, de Nueva York, con un magnetofón. Se encerró para cantar flamenco. Cantar y luego oírse. Y luego borrar la cinta, estudiar tonos, compases y borrar hasta quedar satisfecho.

—Dos discos he grabado para la Columbia Broadcasting Corporation: seguidillas, soleares, «soleá apolá», martinets, deblás, caña y polo, serrana y algunos que se han perdido.

—¿Cuales son esos que se han perdido?

—Dejo la contestación a los oyentes.

Dos discos, de 40 minutos cada uno. Y 80.000 pesetas por los dos, además del 6 por 100 de comisión de venta.

—¿Cómo no cultivó el cante?

—Decidí dejar paso libre al baile.

—¿Dónde se documentó para la realización de los discos?

—En lo que recordaba y lo que di después.

—¿Qué le salió mejor?

—Los cantes grandes.

—¿El más difícil?

—La seguidilla gitana. Fue el que más trabajo me costó poder con él.

—Su juicio de los «cantaores» de hoy.

—El que más me gusta es Antonio Mairena.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Porque es paisano y fué vecino. Los dos de Mairena del Alcor.

—Quiero que no se quede atrás Manolo Caracol, ni el Niño de Marchena, ni la Niña de los Peines. La Niña de los Peines es la mejor cantaora de todos los tiempos.

—No ha ilustrado los cantes del disco con bailes.

—Los cantes chicos. He bailado el zapateo de las campanas con la guitarra.

—¿Qué guitarristas?

—En un disco, Carlos Montoya, sobrino del célebre Ramón; y en el otro, Mario Escudero. He quedado más satisfecho con este último.

—Usted que ha seguido las rutas gitanas hasta la India, ¿no ha curioseado sobre las afinidades o procedencias de los cantes de otros países?

—He hablado y discutido mucho con el bailarín indio Uday Sahna, con quien he coincidido en Nueva York en 1933 y en París en 1930. Hemos llegado a la conclusión de que el flamenco es de origen indio. Su cantante tenía un cante primo hermano de la seguidilla.

Vicente Escudero tiene por compañera de baile a Carmita García. Compañera por t da Europa y Estados Unidos, durante cuatro temporadas.

—¿Contento con su compañera?

—Carmita García, con Mariemma, es la bailarina más completa que existe. Conoce todos los bailes de España, de Norte a Sur. de Este a Oeste.

Queda en silencio y concluye:

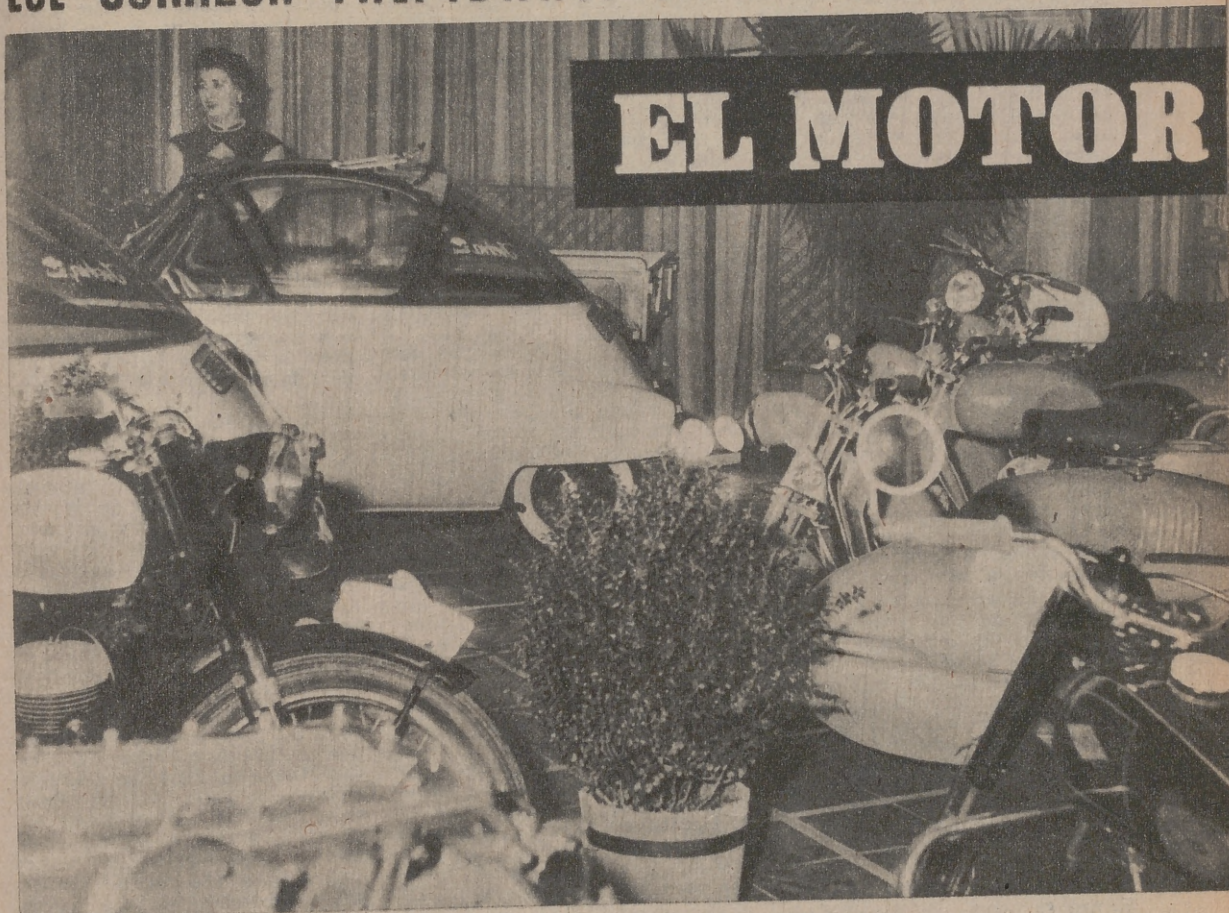
—En el vocabulario indostánico he encontrado un treinta por ciento de palabras gitanas. En el egipcio, ni una.

—No las conozco.

Jiménez SUTIL

ESE CORAZON TREPIDANTE DE NUESTRA ERA...

EL MOTOR

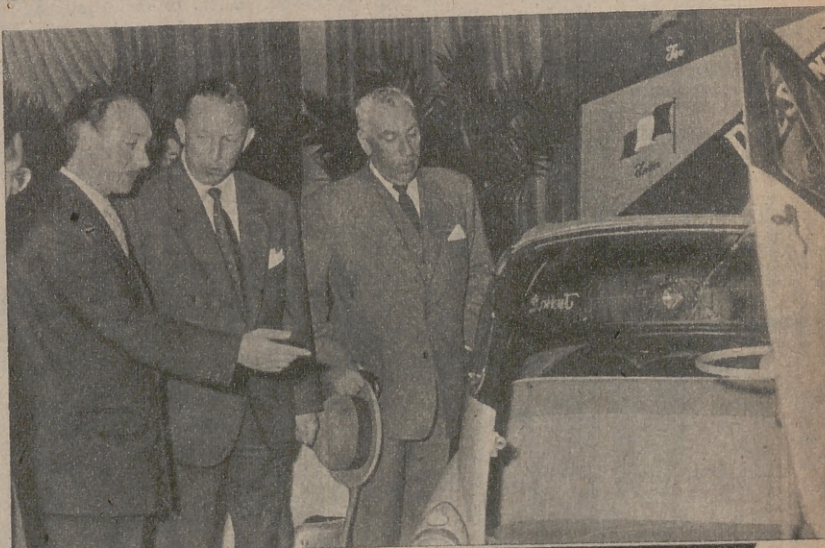


DEL «PEGASO» AL «MOSQUITO», PASANDO POR LA EXPOSICION DE NUESTROS VEHICULOS NACIONALES EN SAN SEBASTIAN

PATROCINADA por el Real Automóvil Club de España y por el Real Automóvil Club de Guipúzcoa, el día 4 de agosto, en San Sebastián, fué inaugurada la I Exposición del Motor del Vehículo Nacional. La organización, perfecta, es cosa del Centro de Atracción y Turismo de la capital donostiarra. El gasto general es a cargo, también, del organismo citado, no teniendo que satisfacer cada Casa más que el coste del montaje de su respectivo stand y un pequeño canon en concepto de alquiler. Con los ingresos de la taquilla se compensan los desembolsos correspondientes a la luz, limpieza, personal, etc.

Cuando el día 4 el Alcalde de la ciudad procedió a abrir las puertas de los bajos del Ayuntamiento, lugar donde se exhibe todo este mundo mecánico, estaría, probablemente, muy lejos de pensar en que se iba a comprar un «Isetta» y, sin embargo, verlo y encargarlo todo fué uno, y es que ser dueño de un vehículo tan simpático y tan eficaz es una tentación difícil de rechazar para todo aquel al que le sobren 53.000 pesetas.

Naturalmente que la Exposición no se compone sólo de «Iset-



El Alcalde de San Sebastián visita el «stand» del nuevo coche español «Isetta»

tas», y este es uno de sus mayores éxitos, sino que abarca desde el más menudo accesorio hasta el motor «Pegaso», obra maravillosa de la mecánica, para camión de cinco toneladas.

DESDE EL «PEGASO» AL «MOSQUITO»

En los sótanos de la Casa de la Ciudad se pueden admirar las «Issos», las «Vespas», las «Lam-

bretta), todas ellas tipo «scooter», así como motos de mayor potencia que llevan las firmas de «Sanglas», «Erica», «Montesa», «Iresa», «Isso», «Roan», «Feugeot», «Movesa» y «Lube NSU». En velomotores o motos utilitarias está representado lo mejor de la industria nacional con la «Guzzi-Hispania», el velomotor «Mosquito», que se fabrica en Sevilla, el «Velo Solex» y la «Motobici», que salen de Eibar. Motores para turismos y camiones los hay de las marcas «Barreiros-Diesel», de Vigo; «Babcock-Wilcox», de Sestao, y «Massé», de San Sebastián. La industria auxiliar del motor está atendida por «I. E. S. A.» (Industrias Españolas, S. A.), que muestra bombas, inyectores, filtros, portainyectores y toda clase de aparatos de control. Y así sucesivamente hasta un total de 24 firmas que hacen vehículos, y 21 que se dedican a accesorios de los mismos. Esto no refleja, ni mucho menos, todo el progreso español en una rama tan interesante de la fabricación, ya que si hay 40 Casas en España que se dedican a construir motos, no asisten a la Exposición más que 20. La principal causa de la limitación de este gran escapate reside en lo reducido, de los locales que ocupa; ello ha obligado a cercenar el número de participantes, admitiendo sólo a los más representativos de cada especialidad. Únicamente ha habido dos abstenciones por motivos particulares: la S. E. A. T., cuyos reglamentos prohíben la asistencia a exposiciones que no sean de carácter oficial, y la del Renault, que alegó que su motor es estrictamente francés. Para el futuro se piensa en darle mayor envergadura a esta espléndida realización que ahora tiene lugar por primera vez en la historia de España.

D. K. W. posee un stand original compuesto por todas las Casas que trabajan para ella hasta conseguir completar la formidable presencia de las furgonetas y camiones que están a la vista del público juntamente con una ambulancia impecable que da un aire curioso al stand. Es el montaje americano en cadena.

POR 5 PESETAS UN ESPECTACULO DE PRIMERA CLASE

Los visitantes del antiguo Gran Casino de San Sebastián se pueden contar, diariamente, por miles y entre ellos figuran personalidades de la categoría del almirante Mendizábal y del teniente general García Navarro, jefe de Instrucción del Ejército.

Las 2.000 personas que entran cada día a la Exposición por cinco pesetas, asisten a la demostración palpable del resurgir de la técnica española. El edificio que en otro tiempo sirvió para albergar el vicio de los ociosos, encierra hoy la lección de lo que se puede lograr con el trabajo constante.

El total de público que vera esta pequeña Feria de Muestras se calcula, teniendo en cuenta la media citada más arriba y los días que va a estar abierta—del 14 al 19—, en 30.000 almas.

Hay un buen porcentaje de extranjeros en el público y se da el caso, aparentemente peregrino, de que muchas veces sean ellos los más sorprendidos del resultado del esfuerzo español. Ha habido un grupo de ingleses que, si estuvieron dos horas contemplando los distintos motores, se pasaron hora y media ante el stand de la «Montesa», admirando el modelo «Sprint Competition 1956», considerada como la motocicleta más rápida del mundo. La «Sprint» ha tomado parte en varios circuitos internacionales desempeñando siempre un brillantísimo papel. Triunfó en el Tourist Trophy y, tripulada por los hermanos Elizalde, fué la marca vencedora en las XXIV Horas de Montjuich, en Barcelona, sobre un recorrido de 2030 kilómetros.

Claro es que no todo van a ser motores en este mundo, y así nos encontramos con que lo más atractivo del muestrario de la «Vespa» es la chica que esta a su cuidado y que es un sol. En el mismo sitio, manillar con manillar con los últimos modelos de su marca, sobre una peana, hay una «máquina» con una abolladura en el guardabarros de atrás y algunos rapazos en otras partes que soporta la siguiente inscripción: «Hasta hoy 142.500

kilómetros. «Vespa» 1953. Conducida por don Luis González.»

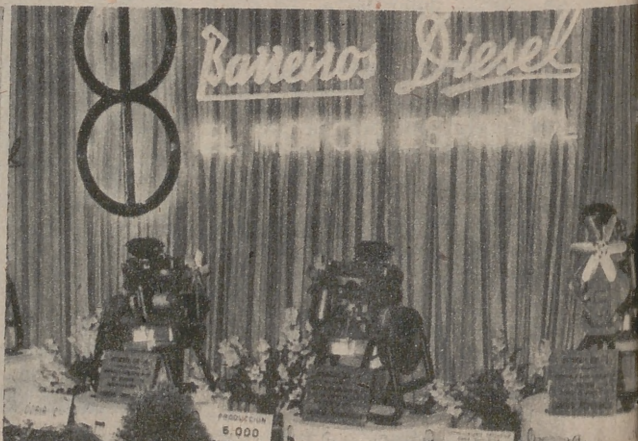
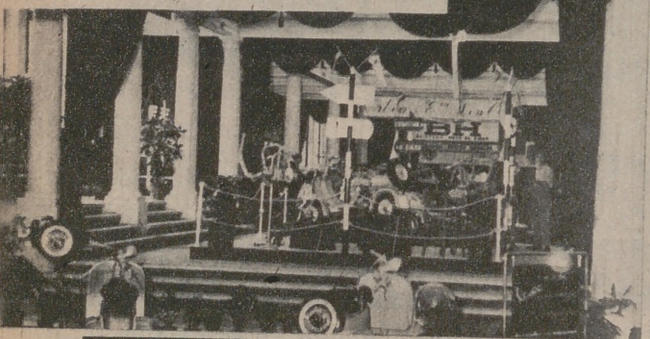
El coche «David», otra de las sensaciones, reposa bajo el siguiente «slogan»: «Moto-Coche David, ni moto ni coche, pero si con la economía de la moto y el confort del coche.» Su potencia efectiva es de 10 caballos y consume cuatro litros por cada 100 kilómetros. Tiene tres velocidades y frenos mecánicos. Anda sobre tres ruedas, pesa 280 kilos y puede alcanzar una velocidad de 75 kilómetros a la hora y llevar tres personas.

El que vaya a la Exposición un domingo a la mañana, cuando no se paga entrada, no es fácil que decida comprar un «Pegaso», por ejemplo; pero se puede contentar con una «Velo Solex» último modelo de la Casa Orbea, que puede adquirir por 4.500 pesetas.

LAS VEDETES DE LA EXPOSICION

Indudablemente dos números bomba de la Exposición lo constituyen el «Isetta» y el motor «Pegaso» para camión de cinco toneladas. Ante estos alardes de industrialización, los suspicaces es probable que piensen que una buena organización industrial puede perecer por una mala organización mercantil; dicho de otro modo: que lo difícil no es producir motores, sino venderlos; pero tampoco por aquí cabe salida al pesimismo. La Casa Pegaso tiene ya vendidos todos los motores de este tipo que alcanza a fabricar en el año 1956. «Isetta» se ve en la imposibilidad de exportar, porque no da abasto para atender las demandas del mercado nacional. «Pegaso» aguarda esperando el momento de acudir a la Exposición de París con sus dos sensaciones: el repetido motor modelo Z-207 con 110 caballos de potencia, consumidor de gas-oil y con la originalidad de sus seis cilindros—casi todas las Casas los construyen de ocho, por motivos de compensación—, con doce velocidades—los demás suelen tener ocho— que le permiten adaptarse a las más diferentes clases de terreno y discurrir lo mismo en el llano que en la montaña, y la «Lube NSU», sobradamente conocida por algunas

MOTO VESPA
MADRID



He aquí dos «stands» importantes en la muestra de San Sebastián: el de moto «Vespa», que exhibe los últimos modelos, y a la derecha, Barreiros Diesel expone un muestrario de diferentes tipos de motores construidos en España

policías de tráfico, entre las que se encuentra la de Madrid.

El modelo de «Isetta» es el último grito en su especie y supera a todo lo anterior. Salió hace seis meses, lleva el motor a un costado y gasta tres litros y medio cada 100 kilómetros; en fábrica vale 49.000 pesetas y con todos los accesorios 53.000, como ya hemos insinuado antes.

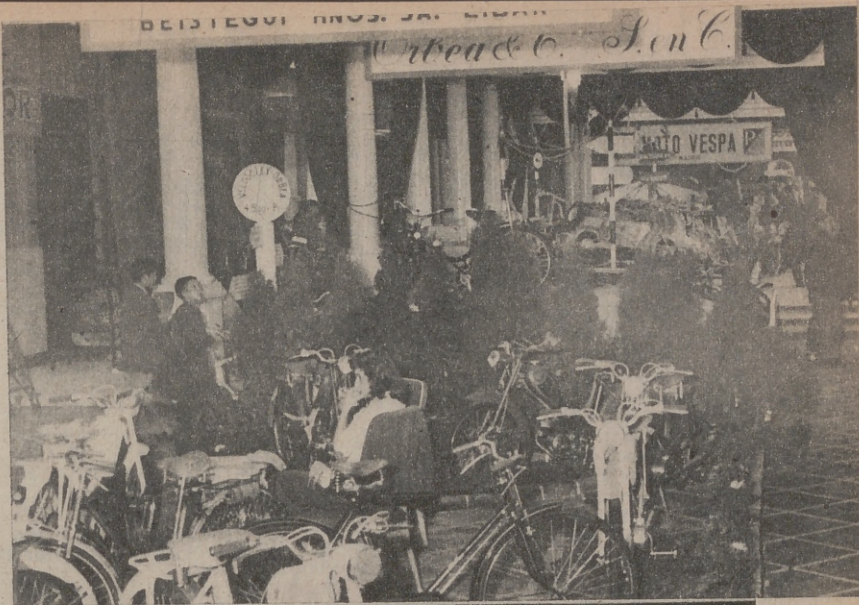
Otro de los vehículos que goza de gran aceptación es el «Isocarro». Se usa para el transporte y cuesta 31.500 pesetas. El que quiere hacer turismo se puede comprar una «Lube» con sidecar por 21.150 pesetas.

El ciclomotor «BH», que también se expone, está fabricado por Beistegui Hermanos, S. A., de Eibar y da una impresión de estabilidad, confort y rendimiento. La «BH» representa más del 75 por 100 del total de exportación de bicicletas españolas; su «slogan» es: «La aceptación universal asegura la calidad». Presenta un velomotor de dos velocidades.

Los modelos 1956 de «Motobic» son ciclomotores de 60 centímetros cúbicos y una moto ligera de 80 de gran rendimiento, consumo muy bajo de carburante y elegante presentación. Es la indicada para los desplazamientos dentro de ciudad y para pequeñas excursiones. Fijan su atención en ella especialmente las mujeres.

Los «DKW» tienen dos cilindros, dos tiempos y cuatro marchas; soportan una carga útil de 750 kilogramos y con una potencia al freno de 22 caballos desarrollan una velocidad de 80 kilómetros por hora. Estos vehículos recorren distancias largas y su funcionamiento es sencillo. Consumen de ocho a nueve litros de gasolina cada 100 kilómetros. El «DKW» es resistente a las diferentes temperaturas y su sistema de lubricación asegura en todo momento el engrase perfecto y facilita el arranque instantáneo. La suspensión es suave. Las ruedas delanteras que efectúan la tracción del vehículo están unidas mediante una combinación de ballesta transversal y brazos oscilantes. El eje trasero está formado por un conjunto de hojas de ballesta planas que trabajan a torsión, proporcionando, además de la suspensión, una estructura de bastidor de muy poca altura de carga. La suspensión queda completamente en las cuatro ruedas por amortiguadores telescópicos. Las características de su construcción les hacen de una capacidad muy grande para la carga de mercancías sobre una plataforma completamente plana. Para el acceso a su interior está provisto de espaciosas puertas. El emplazamiento de la parte delantera de todo el grupo motor y de tracción hace que sea fácil su control o reparación.

La moto «Iso» es de siete caballos, en vez de los cuatro comunes; consume dos litros de mezcla por 100 kilómetros. Es de ruedas altas y de estabilidad en la marcha; frena rápidamente mediante tambores de grandes dimensiones; se adhiere al terreno aun sobre caminos resbaladizos; los piones con perno removible y destornillando a un solo bulón se cambia la rueda.



La casa de motocicletas «B. H.» ha concurrido a San Sebastián con los últimos modelos fabricados. Esta ha sido una magnífica aportación de la industria española

«LA MOTOCICLETA ESPAÑOLA DE PRESTIGIO INTERNACIONAL»

Si siguiéramos describiendo minuciosamente cada uno de los mecanismos que están expuestos a la vista del público lograríamos hacer insostenible la relación. Mencionamos sólo parte de ellos; los más destacados. Es preferible resaltar la significación de esta primera concentración de motores de fabricación nacional que constituye una halagadora promesa para el porvenir. Si el Centro de Atracción y Turismo de San Sebastián ha conseguido reunir las muestras de que tratamos y las ha presentado tan admirablemente al público, sin tener ninguna experiencia en el asunto, y luchando contra la falta de espacio, es evidente que, más adelante, con mayor preparación y con los conocimientos adquiridos, se llegará a agrupar a la totalidad de la industria española del ramo.

El Gran Salón Municipal está interesantísimo, y en él existen, asimismo, secciones ocupadas por casas que, como «Velo Moto», poseen establecimiento en San Sebastián. Aquí se da la particulari-

dad de que esta representación esté regida por los hermanos Elizaguirre, famoso corredor motorista uno de ellos. Del primor con que está cuidada la cuestión decorativa nos dará una idea el stand de la famosa marca eibarresa, a la que ya nos hemos referido anteriormente, «BH». Sobre el césped y las flores de un auténtico jardincillo improvisado entre ladrillos están dispuestos los ciclomotores. Los modelos presentan un colorido acabado y perfecto. No faltan entre los sensacionales ciclomotores, muestras de las tan acreditadas bicicletas. Hay modelos de lujo y de exportación, incluso.

Se ve también en el stand de la «Montesa» un último modelo de la Empresa Permanyer, S. A., de Barcelona. Es el «Brio 91», próximo a salir al mercado, en tipo «sport», de 125 c. c., con cuatro velocidades. En fin, el modelo «Brio 80», del que circulan miles y miles por las carreteras españolas, no es menos digno de consideración, al tratarse de la moto utilitaria por excelencia.

La marca, los modelos, la fabricación, son enteramente nacio-



La industria del motor ha cobrado un gran auge en nuestro territorio. El Salón del Motor de San Sebastián ha sido el mejor exponente de la producción nacional

nales. Por eso el lema de la Casa dice: «La motocicleta española de prestigio internacional». Diganlo si no, quienes vieron a los técnicos ingleses que citamos antes.

UNA FABRICA EN PLENA PRODUCCION

Una de las cosas fáciles de comprobar en la Exposición es la de que España va a la cabeza del motorismo internacional. Así lo corrobora la sección dedicada a la marca «Sanglas», con la que está equipada la Policía Municipal de Barcelona, por ejemplo.

«Sanglas» presenta un prototipo, nuevo modelo de 1956, de 350 y 500 c. c. Un modelo que en España aún no se conoce y que es lanzado a través de esta Exposición, con mejoras de gran importancia, que son: motor de mayor potencia, dinamo de superior potencia también, un cubrecadenas de protección completa, frenos de tambor centrales de gran capacidad de frenaje, ruedas intercambiables, sujeción elástica del chasis silencioso, de gran eficacia, sillín biplaza sumamente cómodo y de un acabado perfecto.

La firma «Evisca» aporta unos modelos 175 c. c., cuatro tiempos, «Brisa» y «Sport». Motores construidos con licencias francesas «A. M. C.», con caja de velocidades de cuatro marchas. Son unas motocicletas muy bien presentadas, de aspecto muy deportivo y de gran calidad en todos los sentidos.

En el stand del coche «David», del que ya hemos hablado, llama poderosamente la atención un chasis en esqueleto, porque en él, de una manera directa, puede apreciarse una de las características principales del «David»: su solidez, la auténtica robustez del vehículo. La Casa ha logrado su aspiración; permite afirmar las continuas pruebas realizadas de que pasados veinte años el comprador siga utilizando el coche en plenas condiciones de rendimiento. La cosa reviste gran importancia, al suponer que el mercado español dispone de un coche utilitario de duración indefinida.

Al preguntar sobre las posibilidades inmediatas de adquisición de tales coches nos han respondido que, a partir de esta Exposición, se irán entregando a medida que vayan siendo solicitados, sin retraso de ningún tipo. La fábrica está ya en plan de plena producción.

«VESPA» ULTIMO MODELO

La «Vespa» ha llevado también un remolque ligero con chasis de tubo de acero, la caja metálica en plancha de acero, las ruedas intercambiables con las ruedas del «scooter» y equipadas con neumá-

ticos de 3.5 por 8, la suspensión elástica con elementos amortiguadores de caucho, los frenos automáticos sobre las dos ruedas del remolque—mando de freno a mano y de seguridad en el estacionamiento—, la iluminación por medio del mismo plato magnético de la moto, el remolque en vacío—chasis y caja—con equipo eléctrico y con peso aproximado de 60 kilogramos; las medidas de la caja son: longitud, 1 metro; anchura, 0,925 metros; anchura total, 1,170; altura del borde de la caja al suelo, 0,540; altura de la caja, 0,250. Puede llevar una carga útil de 100 kilogramos como máximo. La velocidad en llano y en terreno, con 100 kilogramos de carga, es de 55 kilómetros a la hora, aproximadamente.

La «Guzzi Hispania 65» tiene el motor a dos tiempos; el cubrecaja es de 65 c. c.; la potencia efectiva son dos caballos; el cambio, a tres velocidades; el encendido, por volante magnético, y la admisión, a válvula rotativa.

La «Vespa» modelo 1956 es estable, limpia, silenciosa y económica. Su motor es sencillo y de larga duración; su chasis es monocasco de acero a gran resistencia, su suspensión es elástica con un nuevo sistema por amortiguadores hidráulicos y muelles helicoidales que aseguran su mejor estabilidad; la transmisión es directa y suprime, por tanto, los inconvenientes de la cadena o árbol de transmisión; consume un litro de mezcla cada 50 kilómetros; el depósito tiene de capacidad seis litros; las ruedas son fáciles de sustituir; una cerradura bloquea el manillar impidiendo el robo; sus frenos de tambor, de gran diámetro, proporcionan absoluta seguridad en la marcha; la caja portapquetes permite llevar herramientas, y su velocidad máxima es de 70 kilómetros por hora.

Entre los accesorios de motores sobreale la bomba de inyección tipo B, que se caracteriza por tener un solo pistón que actúa como distribuidor y como regulador hidráulico. Se compone de dos partes principales: una parte mecánica destinada a producir y sincronizar sus diferentes movimientos y una parte hidráulica que efectúa la compresión y la dosificación del combustible. La longitud total de la bomba completa apenas pasa de 240 mms, y su peso es de unos 4,500 kilogramos. Se monta sin ninguna dificultad en sustitución de las bombas policilíndricas de forma clásica. Sus pequeñas dimensiones y su reducido peso la hacen particularmente apta para la fijación por brida, según la actual tendencia de los constructores de motores Diesel modernos. Como funciona en todas las posiciones puede ser colocada como si fuera un Delco, bien vertical u oblicuamente.

Al igual que las bombas clásicas, puede eventualmente equiparse con avance a mano, añadirse un dispositivo de avance automático y completarla con una bomba de alimentación.

El desmontaje es extraordinariamente fácil y, por el reducido número de piezas que entran en su composición, su precio es inferior al de las bombas corrientes. Figuran igualmente en el mencionado stand bombas de inyección sin árbol de levas, bombas de inyec-

ción autoavance, filtros y otros muchos accesorios, lo que revela la existencia de una maquinaria de la mayor precisión y la utilización de materias primas de la mejor calidad, juntamente con un personal experimentado y de gran capacidad técnica. Las Industrias Españolas, S. A. poseen la exclusiva para España, Protectorado y Colonias de la «Precision Mecanique», de París.

Una de las Casas que trabajan para la DKW y que ha plantado también su stand en la Exposición es la LEMSA—Lacas y Esmales Mari, S. A.—, que presenta barnices, esmaltes y pinturas. Esta Casa fabrica un montón de productos, algunos de ellos especiales para toda clase de fondos: metales, madera, cuero, cristal, telas, gomas, etc. Las aplicaciones de los distintos productos son diversas: aerografía, inmersión, brocha, barnizados, etc. También elabora artículos que deben someterse a condiciones específicas: doblado, troquelado, resistentes a agentes químicos y a la ebullición.

UNA TRADICION QUE NO SE PUEDE PERDER

Este mundo de los motores resulta extraño para el profano; cae por completo dentro del dominio de la técnica y hace falta una iniciación especial para comprenderlo. No obstante, lo que sí comprende cualquiera es que detrás de todos estos milagros de la mecánica está la realidad de un país que trabaja y que prospera. En materia de motos, por ejemplo, ya no hay nada que no se pueda fabricar en España, y con tantas garantías como en el país de más elevada industrialización. Ya vamos siendo, pues, algo más que «minentemente agrícolas», porque llevamos camino de conseguir ser también eminentemente industriales. Cuando alcancemos ese punto que señala no muy lejano la «I Exposición del Motor del Vehículo Nacional» las condiciones de la vida española habrán variado sustancialmente. No se ignora que la agricultura es el mercado de la industria, y viceversa, y que en economía no hay compartimentos estancos; todas las ramas de la producción de un país deben desarrollarse de una manera progresiva y armónica. En el plano nacional esto es lo que creemos que supone la Exposición de San Sebastián. En el local no deja tampoco de tener su importancia. San Sebastián cuenta con una tradición motorista asociada al nombre de Lasarte que debiera resucitar: las carreteras de automóviles a las que asistía Don Alfonso XIII. Es un anhelo donostiarra el volver a ese tipo de competiciones y así lo demuestra el hecho de que, para el día siguiente de la inauguración de esta Exposición, estuviese preparada una carrera internacional de motos, la cual tuvo que suspenderse por las obras que se realizan en el ensanche de Amara. Para conseguir un circuito habría que hacer obras costosas en las carreteras y esto es lo que principalmente se opone a que vuelvan a zumbar motores deportivos sobre el asfalto de Guipúzcoa.

Javier ESTEBAN RETA

LEA TODOS
LOS MESES
POESIA
ESPAÑOLA

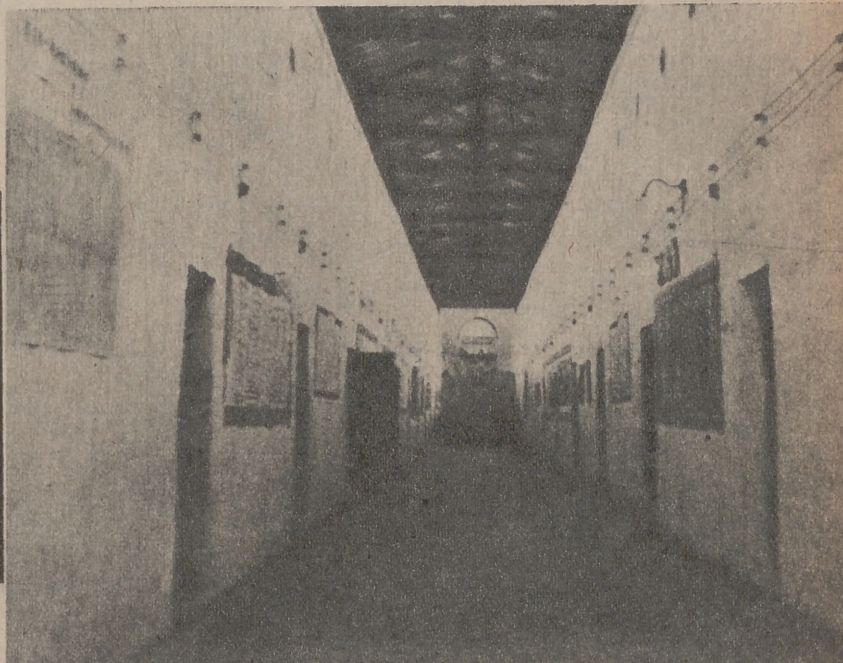
CHINA ROJA O LA HISTORIA DE LA OPERACION "ENMASCARAMIENTO" REALIZADA POR RUSIA

Un comunista llamado Michael J. Lee (al que se le negó por dos veces la nacionalidad americana) era el encargado de suministrar armas a Chang Kai Chek

¿HUBO TRAICION?

EN la misma mañana en que Chu En Lai lanzaba a los cuatro vientos la noticia de que estaba dispuesto a negociar con Chan Kai Chek la «liberación pacífica de Formosa», más de un centenar de cañonazos disparó la artillería roja contra la isla nacionalista de Quemoy. Esos cañonazos fueron como una salva de ordenanza que precedió, solemnizándolas, las palabras del número 2 de Pekín, el Malenkov de Mao Tsé Tung, hoy decano del comunismo internacional tras el fallecimiento de José Stalin.

Esos cañonazos y esas palabras de Chu En Lai resumen e illus-



Al final de este largo corredor de la prisión de Pechino se encuentra una celda en cuya puerta está escrito el nombre de Chan Kai Chek. Las autoridades comunistas suelen enseñar a los corresponsales extranjeros esta celda que, según ellos, está reservada al jefe de la China nacionalista

tran de una manera muy elocuente la disyuntiva que Pekín le plantea a Taipeh: negociaciones de paz o guerra. Palabras o cañonazos. Es lo mismo. De todas maneras, Chu En Lai, brindándose a parlamentar con su odiado enemigo, al que sólo hace unos meses amenazaba con exterminar, no hace más que ponerse disciplinadamente en la línea del «New

Look» soviético, consistente, como ustedes saben, en sonreír, en no amenazar, en tranquilizar al mundo con protestas de paz y demás anestésicos inventados a última hora por la farmacoepa soviética.

Claro está que si los comunistas desean mostrarse tranquilizadores y sonrientes, contra sus hábitos y tradiciones, es por alguna



Cantón fue una ciudad de vida trepidante y laboriosa. Fue también clave en el comercio entre Oriente y Occidente. Hoy, los hombres de Mao Tsé Tung han convertido a esta mercantil y típica ciudad en una gran cooperativa donde el saldo más frecuente es la persecución y el exterminio de los que no profesan sus ideas. Cantón vive del recuerdo, con el alma apesada en el minuto incierto

razón. ¿Cuál? Creemos que la tesis americana con respecto a Rusia, expuesta en más de una ocasión por el Presidente Eisenhower y sobre todo por el secretario de Estado, Foster Dulles, puede igualmente aplicarse a la China comunista. Según esta tesis, el régimen de Pekín, a semejanza del de Moscú, está atravesando una grave crisis interna, que enfrenta al partido con el profundo descontento de grandes masas obreras, sobre todo, claro está, en aquellas regiones que han venido disfrutando de cierta autonomía en el pasado, y que hoy sufren las consecuencias de un centralismo monolítico.

Ultimamente se han recogido noticias de revueltas y sediciones en el Tibet y en Mogolia exterior, alimentadas por lo que pudiéramos llamar el «espíritu de Posen». Sólo que los hechos ocurren esta vez en Asia, a miles de kilómetros de los ojos y oídos del mundo, y, como en los «crímenes perfectos», no hay testigos. No hay testigos, pero seguramente hay hechos lo suficientemente sangrientos como para aconsejar cierto grado de «tolerancia» a los hombres de Pekín.

Siguiendo nuestro paralelo con Rusia, sería insensato suponer que en vista de la «conrisa», los chinos han renunciado a sus planes de expansión en Asia. La invasión de ciertos territorios de Birmania por el Ejército rojo, hablan bien elocuentemente de que Pekín no ha renunciado a nada. Y, o mucho nos equivocamos, o estamos solamente en el comienzo de otra historia de agresiones, pérdida, por ahora, entre los gruesos titulares sobre el canal de Suez...

En la prisión central de Pekín hay una celda vacía con un nombre escrito encima de la puerta. El nombre es Chan Kai Chek. Se trata de la celda que los comunistas tenían preparada para cuando el hombre de Formosa cayese en sus manos. Entre este deseo comunista y el generalísimo nacionalista se interpone por ahora la VI Flota de los Estados Unidos. Pero sueños más quiméricos se han hecho realidades, y de esto

quería hablar hoy a nuestros lectores, porque hemos creído oportuno recordar, en estos momentos de casi universal amnesia, una vieja historia: la del abandono de China y las consecuencias que tal abandono ha traído. Es la historia de un gigantesco «enmascaramiento» de la Unión Soviética que amenaza con repetirse en otros sitios.

¿Quién podría explicarnos la evolución última de la Revolución que llevó a los comunistas a la victoria final y, sobre todo, la conducta de los Estados Unidos permitiendo que aquellos se adueñasen del país hasta acorralar a Chen Kai Chek en Formosa?

Evidentemente, el «abandonismo» de los americanos en China es muy difícil de explicar. Se ha señalado a muchos «culpables»; ha habido acusaciones gravísimas contra el Departamento de Estado, contra distintos titulares de este Departamento; pero las «pruebas» aducidas no son convincentes o, por lo menos, sólo explican parte de la verdad.

VIEJOS PLANES

Que Rusia siempre ha tenido los ojos clavados en Asia, especialmente en la India y China, es cosa que no ha ocultado ningún teorizante de la expansión rusa en el mundo, y que esta expansión roja obedece a los mismos impulsos que la expansión zarista en Extremo Oriente tampoco se le oculta a nadie. Como siempre, se mezclan aquí los principios de una doctrina revolucionaria con las tendencias históricas gran-rusas. Recuerde el lector aquel párrafo del protocolo secreto de Yalta, en el que se aludía a «la restauración de los antiguos derechos de Rusia, violados por el traidor ataque del Japón en 1904». Es un párrafo muy elocuente, que nos demuestra que el advenimiento del comunismo en Rusia no ha significado, ni mucho menos, una solución de continuidad en la política exterior ni en los métodos diplomáticos de aquel país. Ni en muchas otras cosas...

Los planes de sovietaización de China se remontan a los primeros años de la Revolución bolchevique

triumfante. Aquí no hubo pérdida de tiempo. En 1921, Lenin envió a China, para entrar en relación con el padre de la República, Sun Yat Sen nada menos que a su secretario, Joffé. El año anterior, el profesor Chen Tu Hsiu había fundado el partido comunista chino. Joffé se entendió con Sun Yat Sen, pero, sobre todo con Chen Tu Hsiu y sus colaboradores. Joffé ofreció al primero la ayuda de los comunistas rusos y el encargado de suministrar esta ayuda fué Borodín y su famosa Misión. Borodín era un tipo misterioso, inteligente y muy activo. Se instaló en Cantón con su estado mayor y allí trabajó incansablemente durante tres años, ganándose las simpatías e incluso las confidencias de los personajes y personajillos del Kuo Min Tang. Brilló en aquella sociedad cantonesa, en transición del régimen feudal de los mandarines al de los republicanos que soñaban con una nueva China, y estuvo enamorado, según parece, de Mai Ling, la actual esposa de Chan Kai Chek, a la que también cortejaba por aquel tiempo Eugenio Chen, Mai Ling acabó eligiendo al hombre que entonces sólo tenía por delante un brillante porvenir militar.

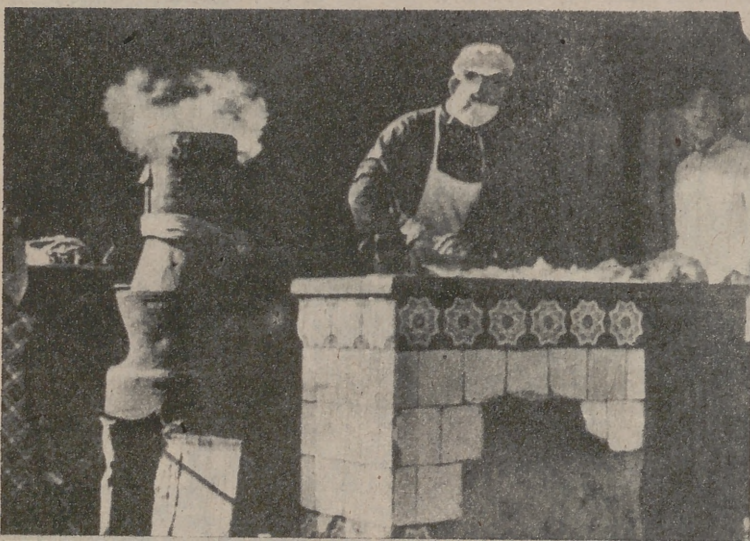
LA OBRA DE BORODIN

¿Qué hizo Borodín en estos tres años? Sencillamente, ayudar a los comunistas enseñándoles los métodos de lucha y de organización, seleccionando a los mejores, enviando a muchos a Moscú a estudiar marxismo en las escuelas especializadas, Chu En Lai, jefe del Gobierno comunista chino y ministro de Asuntos Exteriores, fué secretario suyo durante algún tiempo.

Desde entonces puede decirse que no se interrumpió la ayuda directa rusa a los comunistas chinos. Toda clase de material de guerra ruso llegó a poder de los comunistas chinos a través de la carretera Orumsti Lang Cheu, hasta que Rusia entró en guerra con Alemania. Sólo entonces languideció esta ayuda, pero nunca cesó del todo. Este material ruso lo emplearon los comunistas en su lucha con Chan Kai Chek y, simultáneamente, con los japoneses. Estaba ya abierto el interminable ciclo de la guerra civil entre comunistas, de un lado, y nacionalistas, del otro. Mao Tsé Tung llegó a disponer de ejércitos de cerca de un millón de hombres, y si nos preguntamos quién armaba, en su mayor parte, a estos hombres, sólo hay una respuesta: Rusia. Este país montó en Extremo Oriente, cerca de la frontera china, una red de aeropuertos de los que despegaban los aviones soviéticos con armas y toda clase de pertrechos, incluyendo medicinas y sanitarios. ¿Iba todo esto contra los japoneses? No. Rusia no estaba en guerra con el Japón y, además, guardaba celosamente esta neutralidad, temerosa de que los japoneses atacasen en Extremo Oriente, viéndose obligada a distraer fuerzas del ya harto comprometido frente europeo.

«OLEOMARGARINA»

Para nosotros no ofrece la menor duda el hecho de que Rusia



Cocina de un restaurante en Wuhan. La fotografía muestra los elementos que siguen contando en el «progreso» del país. La cochambre es el signo que caracteriza esta imagen



Este es el reverso de la medalla. El progreso consiste aquí en esta inmensa «cheka» que ha construido el comunismo chino, en la educación doctrinal y ortodoxa de la idea en el pueblo. En la ciudad de Chao Tzao Miao, la gente escucha la palabra de un comisario rojo. La asistencia—se supone—es «voluntaria»

había pensado desde 1920 en la soviétización de China y de que vivió en la segunda guerra mundial una ocasión única para precipitar un proceso que marchaba con demasiada lentitud. Estaba bien, muy bien aquello de las reivindicaciones basadas «en el traidor ataque del Japón, en 1904». Pero si, además, se podía conquistar a China para el bloque comunista, tanto mejor.

Decimos que esto está muy claro para nosotros. Pero para los americanos no debía estar tan claro. En primer lugar, hay que convenir en que si grande era su experiencia sobre el Japón, en cambio era muy pequeña su experiencia sobre China. Cayeron fácilmente en dos trampas que les tendieron los rusos. La primera fue aparentar desinterés por lo que estaba ocurriendo en China, y una cortés curiosidad por lo que les contaban los americanos.

Durante la conferencia de Moscú, Stalin y Molotov debieron ponerse de acuerdo para despistarlos. James Byrnes nos cuenta en su libro «Hablando con franqueza» cómo Molotov le había dicho que los comunistas chinos no eran tales comunistas—exactamente Molotov los calificó de «oleomargarina»—y cómo Stalin, después de hacerle algunas vagas preguntas sobre las cosas de China, señaló que los chinos «eran unos fanfarrones, que exageraban las fuerzas de sus enemigos lo mismo que las propias».

Sobre todo, claro está, las fuerzas de los comunistas.

También Stalin «hizo un elogio del general Marshall, diciendo que si había alguien que pudiera arreglar la situación en China sería él».

Stalin tenía sus razones para hablar así, porque el general Marshall había sido enviado precisamente a China para reconciliar a Chan Kai Chek con los comunistas de Mao, para que accediese aquél a darle a los rojos una participación en el Gobierno. Marshall, sin proponérselo, claro está, jugaba en aquellos momentos las cartas de Moscú.

Y, ya que hemos citado a Byrnes, añadiremos también que en la época de la Conferencia de Moscú, siendo titular del Departamento de Estado, tampoco tenía ni mucho menos, una idea clara del juego comunista en China. En vista de que Marshall no había logrado reconciliar a Mao y a Chan Kai Chek, Byrnes, como tantos otros en el Departamento de Estado, aconsejaba una discreta retirada para que aquéllos dirimiesen solos su contienda. «Somos muchos—escribía—los que hemos tenido la desdichada experiencia de intervenir en diferencias conyugales y sabemos que cuando ninguno de los dos desea nuestros consejos, lo mejor es dejarlo.»

Está claro que para Washington la pugna entre Mao y Chan no era más que una guerra civil. Había de pasar mucho tiempo antes de que los americanos descubriesen, cuando ya era demasiado tarde, el verdadero signo de aquella lucha: el del comunismo internacional contra las democracias capitalistas occidentales.

Algo muy parecido a lo que les ocurrió con la guerra civil española

LA GRAN TRAMPA

Las trampas a que aludimos más arriba surtieron los efectos

apetecidos. No hay duda que el empeño en presentar a los comunistas chinos como seudocomunistas, como «oleomargarina», como meros reformistas agrarios, fue deliberado y explotado al máximo. Los rusos fueron muy hábiles en la propaganda de esta mentira en los propios Estados Unidos por medio de plumas tan populares y admiradas como la de la escritora Agnes Smedley, autora de cinco libros sobre China y de centenares de artículos que hicieron escuela. Fue esta mujer la que puso en tranquilizadora prosa la leyenda de los pobres chinitos comunistas, que sólo deseaban una reforma agraria y dedicarse de pués a comer arroz.

Agnes Smedley, sin embargo, era un agente comunista y había trabajado durante más de treinta años para la Unión Soviética. Su historia, entera, me la contó una tarde en el hotel Velázquez, de Madrid, el hombre que la había desenmascarado, el mayor general Charles A. Willoughby, quien, de 1941 a 1951, había sido jefe del Servicio de Contraespionaje del general Mac Arthur. Después la leyó en un libro del general: «Shanghai Conspiracy».

Cuando se descubrió que Agnes Smedley era un agente comunista, muchas personas de buena fe se quedaron estupefactas y reaccionaron a su favor. Creían que se trataba de una calumnia. Pero hoy no cabe duda de que esta escritora trabajaba por la causa del comunismo. Ella misma lo confirmó al fallecer en Londres, ordenando que sus cenizas fuesen trasladadas a Pekín para ser enterradas con las de los héroes de la Revolución roja. Y allí están.

LOS HOMBRES DE MOSCÚ

Parece increíble, por otro lado, que los americanos no estuvieran mejor informados sobre este asunto de los comunistas chinos disfrazados de pacíficos reformistas agrarios ni de sus estrechas y no demasiado veladas relaciones con Moscú. Si Byrnes hubiese pedido informes, se habría enterado irremediadamente de que, por ejemplo, hombres como Chen Cha Yu (alias Wang Ming), Chu En Lai y otros estudiaron en la Universidad de Chungshan, en Moscú, el primero en 1927 y el segundo de 1928 a 1931; que otros, como Hsiao Chin Kuan, habían estudiado en la Universidad Lejano Oriente, también en Moscú, en 1919, y que otros, como Jen Pi Shih, K'ang Sheng, Li Li-San, Liao Cheng-chih, etc., habían pasado por Moscú.

Byrnes habría puesto en un aprieto a Molotov y a Stalin si les hubiese preguntado qué habían ido a hacer a Rusia estos hombres, que hoy son los que mandan—precisamente los que mandan—en la China roja.

Pero prefirió quedarse con la tesis Smedley, y a otra cosa.

Quedamos, pues, en que para Washington lo que estaba pasando en China no era más que una guerra civil entre reformistas agrarios y conservadores capitalistas defendidos por el ejército de Chan Kai Chek. La terminación de la guerra en Europa había traído también una lucha semejante entre los partidos progresistas, de izquierdas, y los partidos liberalconservadores. Existía la tendencia a considerar a los segundos como culpables de la situación que había llevado a la guerra y de la capitulación frente a Alemania.

Lo que procedía hacer en China, en consecuencia, era reconciliar a los contendientes e inducirlos a colaborar. Dadas las pretensiones de Mao Tsé Tung, ya firmemente apoyado por Rusia, que comenzó entonces a calificar de «fascista» a Chan Kai Chek, la política de Washington favorecía indudablemente a los comunistas, y ello provocó la dimisión del representante de los Estados Unidos en China, general Hurley, quien, en un enérgico mensaje dirigido a Truman, acusaba al Departamento de Estado de hacer el juego de los comunistas.

Fué ésta la primera acusación lanzada contra el Departamento de Estado. Habían de seguir muchas, hasta nuestros días. Hoy puede decirse que es universal la creencia de esta culpabilidad del citado Departamento.

El general Hurley, que estaba sobre el terreno y, en consecuencia, podía interpretar mejor los acontecimientos, no fué escuchado. Para sustituirlo nombraron al general Marshall. Este pasó un año en Nankin, tratando de conseguir la anhelada reconciliación. No lo logró y se fué a Washington, donde sucedió a Byrnes como secretario de Estado.

INFORME DEMOLEDOR

Marshall redactó un informe sobre su gestión. En él se refirió a la importancia que iba adquiriendo el comunismo entre la po-

nicación campesina. Pero descargó un golpe fatal sobre Chan Kai Chek. Su informe era una acusación inapelable contra él. Hablaba de reaccionarismo y, sobre todo, de corrupción. Esto significó el descrédito para Chan Kai Chek. En adelante su nombre iría unido al estigma de la corrupción. Cuando el Ejército rojo chino tomó Shanghai, un corresponsal americano escribía: «En el centro de la ciudad aún se oyen algunos disparos hechos con fusiles que todavía no han sido vendidos a los comunistas».

Años después, Taft escribió, con buen sentido realista: «Este Gobierno (el de Chan Kai Chek) estaba probablemente corrompido en muchos aspectos, pero ciertamente la corrupción ha sido norma de todos los Gobiernos chinos durante siglos y no creemos que de esto estén enteramente libres los Estados Unidos.»

Se comprende así que los americanos cerrasen la bolsa para un Gobierno corrompido y sus arsenales para un ejército que empleaba las armas recibidas para continuar la guerra civil. ¿No era precisamente esto lo que se quería evitar?

Resultado: Desde agosto de 1946 hasta mayo de 1947 los Estados Unidos suspendieron la ayuda militar a Chan Kai Chek.

Simultáneamente, Rusia acrecentaba su ayuda a los comunistas. Se creó muy pronto un gran desequilibrio de fuerzas a favor de éstos. Fué lo que les permitió la victoria final.

Después de Marshall, Truman envió a China al general Wedemeyer. Este general no comprendió nada de China ni de los chinos. No entendía nada de lo que ocurría a su alrededor. Su mentalidad occidental chocó, como contra una pared, contra la mentalidad oriental. En su informe decía: «He observado en China, y todos los miembros de mi Misión han observado lo mismo, un cierto dejar hacer; en vez de buscar soluciones a los problemas que se plantean se pierde el tiempo por un lado, quejándose de las influencias extranjeras y, por otro, buscando la ayuda extranjera...»

Acabamos de asistir al choque psicológico de un eficaz y expeditivo general norteamericano con un pueblo oriental que no cree en la eficacia ni en la prisa.

Wedemeyer insistió también en el asunto de la corrupción. Después de estos informes no era lógico esperar que el Departamento de Estado tomase la cuestión de China demasiado en serio.

¿HUBO TRAICION?

Fué un grave error, pero ¿hubo también traición? Se ha hablado mucho de esto y no debemos extrañarnos, porque ya es sabido que en el Departamento de Estado estaban emboscados muchos comunistas, algunos de ellos altamente situados y hoy «fired» o «resigned». Nosotros no nos atrevemos a pronunciarlos abiertamente en este caso concreto de China; pero, para ilustración del lector, vamos a transcribir a continuación un párrafo publicado en el folleto titulado «The Zionists» y del que es autor Geo. W. Arm-

strong, de la Judge Armstrong Foundation. Fué uno de los envíos que me hizo el general Wilmoughoy.

Cita este folleto (134 páginas) palabras pronunciadas el 17 de febrero de 1950 por el senador Malone:

«Dijo (Malone) que el embarque de suministros para los nacionalistas de China fué detenido en la época en que se necesitaban y que, como resultado de esto, se vieron obligados a retirarse del continente a la isla de Formosa. Dijo que un comunista nacido en Rusia llamado Michael J. Lee (cuyo verdadero nombre es Ephraim Linovi Liberman) era el hombre que dirigía estos embarques y al que, por tres veces, se rehusó la nacionalidad (americana): en 1935, en 1937 y en 1939, en razón de que no era persona deseable y de que no estaba afecto a los principios de la Constitución de los Estados Unidos.»

El resultado de todo esto fué que China se perdió, tal vez definitivamente, para el bloque anti-comunista. Los «pacíficos» reformistas agrarios acabaron atacando en Corea y en Indochina y hoy tienen un gran ejército y la cuarta aviación del mundo. En cambio, Chan Kai Chek se ha convertido en un héroe de la lucha contra el comunismo.

Dijimos al principio de este trabajo que íbamos a contarles a ustedes la historia de un gran enmascaramiento del comunismo internacional. Hemos visto también las consecuencias que ha traído. Y ahora nos preguntamos: ¿Va a repetirse la suerte? Es decir, ¿lograrán convencer de nuevo al mundo los comunistas de que son «oleomargarina», de que detrás de su sonrisa sólo hay la placidez de una buena digestión? El tiempo nos lo dirá.

Pero entretanto hoy, ahora, 600 millones de chinos viven bajo la terrible presión de una dictadura primitiva, elemental, exacerbada por el apremio de unos planes quinquenales sólo realizables gracias al trabajo forzado de millones de pobres diablos que están repitiendo ese sangriento experimento ruso que tan brillante como cínicamente glosó Krustchev en su famoso informe secreto sobre las delicias de la era staliniana.

De un negra dictadura se trata, señores, y por si existiese la menor duda sobre ello, ahí van como remate de este trabajo unas palabras del propio Mao Tsé Tung, que extraemos de un libro titulado «Dictadura democrática del pueblo»:

«Son ustedes dictatoriales. Estimados señores, tenéis razón; eso es exactamente lo que somos. La experiencia de varias décadas acumulada por el pueblo chino nos dice que debemos llevar adelante la dictadura democrática del pueblo. Esto significa que el derecho de los reaccionarios a expresar sus opiniones debe abolirse y que sólo al pueblo corresponde el derecho de expresar sus opiniones.»

Mao Tsé Tung podría haber añadido parafraseando al Rey Sol:

«Solo que, naturalmente el pueblo soy yo.»

M. BLANCO TOBIO



¿Es añejo? si señor
 y por ser GONZALEZ BYASS
 es algo más todavía
 ¿algo más?
 ¡¡¡Que es el mejor!!!
 Solero



BRANDY
SOBERANO

GONZALEZ

BYASS

“RASGO” PUBLICIDAD · FRANCISCO ROJAS, 8 · MADRID

LA RAZON Y LA FE EN LA VIDA

Por Fray LEON, Obispo de Teruel

TIEMPO hace que alguien dejó caer de su pluma una sentencia que podría calificarse de descomunal disparate. Dijo: «La filosofía aparece cuando la fe se apaga en el alma». Si así es, ni San Agustín, ni Santo Tomás, ni San Alberto Magno, ni San Buenaventura, ni el Venerable Juan Duns Escoto, ni el Beato Raimundo Lulio, ni, después de ellos, Suárez, Descartes, Malebranche y Leibnitz, ni más cerca a nosotros, Balmes y Mercier, han sido filósofos o lo han sido a costa de su fe. La filosofía y la razón se avienen muy bien con la fe y se hermanan admirablemente con ella.

Lo que sucede es que cuando un pensador pierde la fe, se ase a la filosofía como a tabla de salvación. Todo hombre, para conducirse dignamente en la vida, necesita un concepto de ella de donde derive un plan de conducta, y esto no se puede lograr sin una doctrina fundamental sobre el mundo y sobre el hombre puesto en él, sin una filosofía, en suma. Siendo así las cosas, cuando se pierde la fe, la filosofía viene a ser un sustitutivo para los pensadores que en sí llevan apagada esa divina lumbre. Por eso, desde que la fe dejó de brillar en un extenso campo del mundo pensador, se han hecho muchas tentativas de reconstrucción ideal de la vida para saber los hombres a qué atenerse.

El resultado ha sido una infinidad de sistemas filosóficos que se han sucedido unos a otros hasta el que domina en nuestros días. Carlos Marx, procedente del hegelianismo, vino a poner el radical resorte de la vida en las necesidades primarias de ella, que llevan a la producción, y, con el mal reparto de los bienes producidos, a la lucha de clases; esto es tanto como poner la raíz vitalísima de la vida humana en el tubo digestivo, muy en consonancia con su concepto materialista de la vida y de la evolución histórica de ella.

Mientras estas filosofías han ido buceando afanosamente el por qué y el para qué de la vida, el pueblo pobre y trabajador, envenenado por propagandas que mataron la fe en él e irritado por el escándalo de las riquezas gastadas en el sibirismo del vivir atento sólo a vivir bien en el mundo, como si para sólo ello estuviese en él este enorme enigma de la vida, ha pedido a gritos su parte en el único paraíso en el que ha venido a creer: el de la tierra.

Y ¿qué ha sucedido? Lo que es lógico sucediera. No han faltado agitadores que han aprovechado esta situación para empujar al pueblo por los derroteros de la violencia. Negada la vida futura y puesto el único bien de la presente en las riquezas y en lo que con ellas se puede evitar de duro y penoso y alcanzar de sabroso y deleitable, hay que cambiar de arriba abajo el ordenamiento del mundo social y arreglar las cosas de modo que se acalle la irritante desigualdad que enciende a los hombres unos contra otros, y se llegue a un tenor de vida llevadero y grato a todos, en cuanto cabe. La fórmula comunista ha querido recoger estos anhelos y cifrar el remedio al profundo mal en esta receta: que cada cual produzca según su capacidad y que reciba según su necesidad. Fijada la fórmula como expresión de un ideal que lograr, ha debido pensarse en el movimiento transformador del mundo actual, en el método que quite estorbos y convierta en realidad palpable y eficiente el ideal apetecido. Los socialistas reformistas pensaban llegar a este término por evolución social ayudados políticamente desde el Poder. El procedimiento ha

parecido a otro: lentísimo e ineficaz. Los sindicalistas, arrumbando como inútil el armatoste

político, apelaron a la acción directa sin arredrarse, ante las violencias que fueran menester para dislocar, deshacer y aventar el ordenamiento magnífico de la vida social presente, sólo buena para los explotadores del pueblo que trabaja y padece. Aún ha parecido poco esto a otros más arrojos, y han apelado a la dictadura a lo Lenin y a sus sucesores que corte y raje sin compasión en todo lo que estorbe, en atención a la felicidad que vendrá necesariamente después. ¿No se amputa un brazo o una pierna que amenaza la vida del cuerpo y no se mata a quien estorba la vida social? Aplíquese, pues, la dictadura proletaria a rajatabla mientras sea menester, que luego ya agradecerán las generaciones verdaderas las crueldades que han sido el parto doloroso de la vida feliz que se buscaba.

Con todo esto ha ido perdiendo el pueblo la sangre de religión que le sostenía la vida y le daba la clave del misterio del dolor. Acontece en nuestros tiempos lo que cuenta la Sagrada Escritura que le pasó al pueblo de Israel cuando Moisés se detuvo en el monte Sinaí comunicando con Dios. No pudo aguantar tanta espera y se dio a comer y beber y holgarse sensualmente (1). Así se vive hoy. La vida—dicen muchos—hay que endulzarla con regodeos que la hagan menos amarga e intolerable. A este estado de disolución en el poder y hasta de frenesí en el vivir se ha llegado en el mundo.

La necesidad de asentar la vida sobre bases firmes de un claro y verdadero conocimiento de ella, es como nunca apremiante, y la solución al tremebundo problema no se ve en ninguna de las filosofías que el racionalismo ha echado al mercado de la vida, huida de la fe.

¿Qué hacer en este trance? ¿Hay remedio a tan espantoso mal? ¿Hay que dejar desesperadamente que corra la vida a la muerte, abrumada de necesidades? Pero ¿y luego? ¿Es cierto que no hay nada después? Estamos a millones de leguas de que eso sea así. La razón y la fe afirman todo lo contrario. Hay otra vida que preparamos ya desde ahora con la de aquí y hay que contar con aquélla para el acertado ordenamiento de ésta. Lo afirma rotundamente la fe y lo puede demostrar también la razón si no quiere cerrar los ojos a la luz. La fe no suplanta ni elimina a la razón, sino que la exige. Sin la razón capaz de conocer las cosas, de nada nos serviría la fe, que nos muestra lo que sólo con sus fuerzas no alcanza la pura razón. Esta prepara el alma a la fe y le demuestra aquellas verdades naturales y hechos naturalmente cognoscibles que llamamos preámbulos de la fe. Con la razón nos hacemos también cargo del sentido de las verdades de fe, y con la razón ya iluminada por la fe, damos asentimiento libre, pero razonable, a las verdades reveladas.

La razón y la fe nos dicen que la vida humana, cuyo misterio tantos han querido descifrar y tantísimo más llevan a la ventura sin saber de dónde viene ni adónde va, tiene ineludiblemente «sentido divino, sobrenatural y cristiano». Acéptenlo humildes o torpemente lo rechacen los hombres que osadamente quieren enmendar la plana a Dios, «tal es el designio divino de la vida humana».

(1) Exodo, cap. 32.

**POR LAS TIERRAS DE CARTAGO
Y LOS FARAONES HASTA
LAS RIBERAS DE ULISES**

**ATENAS,
LUMINOSA Y
PRESENTIDA**

**ESPONJAS DEL MAR EGEO Y
AGUA FINA Y SABROSA EN
LOS MERCADOS HELENICOS**



Arriba: Un obrero duerme la siesta dentro de su carro en las calles de Atenas—Abajo, de izquierda a derecha: Un vendedor de bocadillos expone su mercancía al aire libre.—Dos pequeñas griegas—una sesteando mientras la otra vela—de los suburbios de la capital.—Tres aspectos de la pintoresca ciudad de Atenas

(De nuestro enviado especial en Atenas, Luis Antonio de Vega)

Es justo citar a los embajadores españoles en Oriente. Lo mismo en Túnez que en El Cairo como en Atenas, uno se siente amparado. Sabe que cualquier circunstancia adversa que le ocurriera se la remediarían en la Embajada española.

Nuestro embajador en Túnez es don Gonzalo de Ojeda cuya casa se halla situada en Santa Mónica de Cartago. Un chalet bonito con jardín, en la misma orilla de La Fontana de las Mil Anforas. Durante mi permanencia en la capital del beyelato me invitó constantemente a su villa. Me puso en relación con Burgui-ba, con los punólogos más emi-

nentes, me prestó una ayuda inteligente y eficaz para que pudiese escribir mi biografía de Amílcar Barca, fundador de España.

El embajador de España en El Cairo, don José del Castaño, desplazó al aeropuerto a nuestro colega Luis Climent para que nos diera la bienvenida organizó una fiesta en nuestro honor, nos invitó a una cena. En todo momento nos sentimos asistidos por nuestro representante diplomático, sin contar las atenciones que, de compañero a compañero tuvo con nosotros Climent, que se brindó a llevarnos a Suez, a Ismailia, a Port Said. Herraíz aceptó y yo no, porque todavía no me explico cómo puede rodar un coche por el interior de un

horno crematorio, que es lo que me habían asegurado que eran las orillas del mar Rojo.

En Atenas, el embajador español salía en el momento que nos presentamos en la Embajada.

Llamó al chofer:

—El coche de estos señores... Que recorran toda Grecia, si les apetece.

Teníamos aspiraciones turísticas más moderadas y decidimos ir a Poseidon. La mañana la empleé en visitar Atenas. Las ciudades no se ven bien más que desde un coche de caballos. En El Cairo hay muchos. En la capital griega no pude encontrar ninguno. Para ir al Rastro, al Mercado de las Pulgas, tuve que utilizar un taxi. Los taxis no sirven para ver nada, sino para

quemar las horas precipitadamente. lo que hay que buscar es un auriga, no un chofer.

En cuanto me apeé del vehículo tomé esta decisión:

—No compraré ninguna esponja... No la admitiré, aunque se empeñen en regalármela...

ESPONJAS ALREDEDOR DE LA CINTURA

Había entrado en una calle plagada de vendedores de esponjas. Los turistas las rodeaban, comentaban su finura, su tamaño porque las exhibían muy obesas, las tomaban a peso y entraban en un diálogo imposible con el mercader, hablándole en francés o en inglés, cuando el industrial no sabe otro idioma que el griego.

En El Cairo puede uno parar en la calle a un señor que vaya bien vestido, y dirigirle una pregunta en francés. Hay nueve probabilidades contra una de que le contesten y atiendan debidamente. Yo creo que en Atenas hasta a los franceses hay que hablarles en griego. Nunca me he sentido en ninguna parte más desmantelado en cuestiones de idiomas que en Grecia.

Los vendedores de esponjas llevan su mercancía alrededor de la cintura. Son una especie de islas móvil rodeadas de esponjas por todas partes. Dicen muchas cosas muy de prisa. Parece que tratan de informar a los presuntos compradores que las esponjas han sido pescadas en Hydra, una isla del Peloponeso. Que las pescaron ayer mismo, y para no perder el tiempo, las trajo a nado un marino realizando el maratón acuático.

¿Para qué se pueden necesitar tantas esponjas? Mi decisión estuvo a punto de naufragar cuando por una de las bocacalles desembocó, no un vendedor, sino una vendedora ambulante, una chica de película, una especie de victriple, pero guapa también con su cinturón salvavidas de esponjas.

Cogió la más gorda, la separó



Este vendedor de ultramarinos espera sentado a su puerta la llegada del cliente

aquél tesoro oceánico a cambio de cinco dracmas.

LOS CLIENTES PIDEN AGUA

Vencida la tentación establecí contacto con otra corporación: con la de los vendedores de agua. En Marruecos se toma té; en España, Malta; en Egipto, refresco de lima, y en Atenas, agua.

No puedo hacer nada por remediarlo. La gente bebe agua, y en los alrededores del Rastro y en los barrios más populares y populosos paran a un aguador y se obsequian uno a otros con unos vasitos de agua. Deprimente.

Me aseguraron que se trata de una riquísima y afortunada mezcla de oxígeno e hidrógeno. Resistí a todas las sugerencias y a todas las invitaciones. Cuando dos griegos de los barrios bajos se ponen en plan de juerga, se dicen el uno al otro:

—¿Qué?... ¿Nos bebemos unos vasitos de agua?

—Bien... Pero que no se enteren las mujeres.

El que asocie la imagen de un aguador griego con una de las mujeres que en Madrid andan por la Plaza Mayor con un botijo en cada mano y cobran una perra gorda por chorrotada que consiste en toda el agua que se pueda beber un señor sediento, que no tiene dos reales para tomarse un chato, de una sola alzada del botijo, desafortunado.

Los aguadores griegos llevan sobre el hombro una especie de balancín terminado, a un lado y otro, en un platillo, en el cual van los vasos de agua. Podéis elegir el que más os guste.

De todas formas no pueden competir con el aguador de Iturrigorri.

Iturrigorri (Fuente Encarnada) ha dado nombre a un barrio en las afueras de Bilbao. El agua tiene un marcado sabor a hierro. La paseaban en mi infancia, en un carro tirado por un borriquito muy bien enjaezado. El líquido iba dentro de un tonel, y el tonel todo cubierto con helechos. El hombre que conducía el carro hacía sonar una trompeta.

—¡Agua de Iturrigorri!... ¡Agua!

Costaba a perra chica el vaso de cristal gordo, y las mujeres decían que era un reconstituyente de choque. Cuando tenían un chico que se les criaba un poco enclenque le proveían de cinco céntimos por si pasaba el borrico con el barril del agua de Iturrigorri.

Si alguien os dice que los directores de Banco, a las cinco de la tarde, obsequiaban a su clientela con vasos de agua de Iturrigorri, os autorizo a que le desmintáis formalmente. Si donde os dicen que ha sucedido es en Atenas, en ese caso no tengo nada que objetar.

En el hotel Atenea Palace, unas jóvenes francesas, a las diez de la noche, no habían salido todavía de su maravillamiento. El director del Banco, después de haberlas atendido, a

les invito a unos vasitos de agua.

Y una de las chicas comentaba en un explicable asombro:

—Y era agua... De verdad, agua.

Lo decía como si la hubieran estafado. En realidad, creo que sí, que aquello era abusar de la credulidad de unas jóvenes extranjeras.

POR LOS MERCADOS DE UNA CIUDAD CLÁSICA

El Rastro no se parece al de Madrid, aunque tampoco hay puestos de libros y revistas como los que aquí había hace unos meses. En Atenas, el Mercado de las Pulgas está formado por una sucesión de calles pequeñas en las que trabaja la gente. Nunca había visto tantos herreros ni cerrajeros como en una de estas calles. Ni tantos relojeros. Forman una cohorte y parecen preparados para un momento en que a todos los ciudadanos griegos se les estropee el reloj. Son como una especie de Compañía de seguros de Suiza. En la Confederación Helvética los construyen y en Grecia los reconstruyen. Relojes de todas clases: de aquellos «Roskoff» que la gente llamaba patatómetros, extraplano, de pared, de cuco de consola desde los que presentan una fuente que mana constantemente porque el agua se simula con un tubo estriado de cristal que no cesa de girar, y de marquesas tipo órgano Lemmonier, hasta los que tienen por manecillas las patas enguantadas del ratón Mickey.

Al salir del Rastro descubrí un mercado de frutas muy grande, casi como un barrio entero de Madrid. Después el de la carne, grandísimo también, con muchos pollos desplumados y, sobre todo, con corderos despedazados, despellejados exhibiendo sus anatomías en carne viva enteros por mitades, en cuartos. En una furiosa hecatombe, que en vez de ser de bueyes fuera de corderos.

Muchas tiendas en las que se venden iconos, muñequitos zovones de trapo... Y las tabernas, con guitarristas y mandolinistas a las once de la mañana. Uno no sabe si es que han madrugado para que no se les desafinen los instrumentos o si no se han acostado todavía.

El del Rastro, el de los mercados, es un mundo pintoresco, una gente muy amable siempre dispuesta a deciros, en griego algo de lo que no entenderéis, ni un alfa, ni un omega. Pero se les nota serviciales, alegres, contentos con su Grecia, tal como la han forjado por su propio esfuerzo y como se están esforzando de redondearla en Chipre.

MUCHACHAS JUNTO A LAS COLUMNAS

En lo referente a noticias locales, si no contáis con más medios de información que la radio o la prensa, es lo mismo que si no radiaran y no imprimiesen. En El Cairo hay diecisiete diarios en lengua árabe, tres en francés y uno en inglés. En Atenas hay

una hoja parroquial y con no mayor información.

Por pura casualidad, uno de los choferes que me condujeron a través de los viejos barrios de Atenas (viejos de menos de un siglo) era sefardita y hablaba un poco, no mucho, esbaniul ladino.

Me dijo que en una ocasión había llevado a Jean Cocteau en su coche.

—No se lo reprochó—le dije.

—El señor Cocteau subió a la Acrópolis y estuvo recitando poemas en el Partenón.

—Era inevitable.

En Atenas, la gente no ha perdido la costumbre de pasear. En algunas capitales de provincias les parece una cursilada. Aquí no lo consideran cursi, y en cada barrio hay un paseo los domingos por la mañana. Los de los barrios populares, encantadores, con tantas chicas vestidas veraniegamente y diciendo cosas que deber ser tan bonitas... Las propean más o menos como en la calle de la Montera.

Por la tarde fuimos a Poseidón, el templo que se alza en el cabo Sounion, a poco más de sesenta kilómetros de Atenas. Yo lo vi desde la terraza de un restaurante, donde sirven —muy mal— tortillas de huevo nada más y hojas de viña envolviendo una pasta fría que no pude averiguar si era carne o las propias rañas, molidas, de la vid.

Ismael Herráiz, que tiene vocación de alpinista se lanzó a la conquista de la cima, a cuyo escalamiento se precipitaron también unas chicas atenienses que por lo visto sabían lo que era el viento de Poseidón y se habían provisto de pantalones. Otros chicos, con pantalones tejanos, pero no rojos, verdes y amarillos, como los de las muchachas, les acompañaban en la proeza montañera. Ellas intentarían, probablemente, librarse de las acometidas del viento. Total, que el único que iba vestido decentemente era Ismael Herráiz.

No creo que el panorama que se disfrute desde Poseidón sea mejor ni peor que el que se divisa desde el restaurante donde uno se encuentra perfectamente, al abrigo del viento.

Las columnas del templo se distinguen perfectamente y no es absolutamente necesario izarse hasta la jumbra para recordar a Platón y los diálogos que sostenta con sus ociosas amistades. Que lord Byron utilizase las columnas para grabar su firma es cosa que no me emociona. Quiénes deben firmar en los monumentos son los arquitectos que los construyeron y no los que los visitan.

«En un momento de exaltación...»—escribió.

—¡Bah!... Ese momento de exaltación lo tienen todos los novios que van una tarde a Aranjuez y en las estatuas escriben: «Aquí estuvieron Pepita y Emilio el 9 de agosto...»

Delante de la terraza del restaurante de Poseidón hay una explanada que tiene un reborde de piedra sobre el mar. Allí fueron a sentarse unas ninfas y unos efebos 1956. Uno llevaba una guitarra que no la sabía tocar. Sus compañeros, tampoco. De todas



Al aire fresco de la mañana estos dos soldados planchan con ritmo de urgencia sus uniformes

formas la tocaron y, en honor de Platón, bailaron un mambo.

ENCUENTRO CON PLATÓN

El Mediterráneo oriental ha decretado que la americana es una prenda inútil. Durante el regreso a Atenas, vimos muchos mozos en muchos pueblos. Todos en mangas de camisa. El paisaje se parece bastante al levantino. Las caras todas, o casi todas, son nuevas, pero no las enlucen como en el Mediterráneo español. Tienen aspecto de villas, pero que no han llegado a ser de todo villas. Muchas bicicletas, bastantes carros y alguno que otro pope.

No sé si a las empantalonadas jóvenes que compitieron con Herráiz en la carrera hacia la cima de Poseidón las dejarían o no retratarse junto a las columnas del monumento. Los griegos conceden gran importancia a las reliquias del pasado, y promulgaron un decreto prohibiendo que se retratara nadie en vestimentas poco recomendables. Alguna mitómana se fotografió con el traje de Friné en este mismo Poseidón y otras y otros en «tollerres» que consideraron «no conformistas».

¿Son conformistas unos calzones color azul prusia, aunque los lleve una joven descendiente de los antiguos helenos? Y un pantalón tejanos, ¿es prenda que lligue bien con el arte clásico?

De Demóstenes, Pericles y Sócrates habíamos pasado a Platón en menos de hora y media. En el

hotel intentaron colocarme un mapa de la tragedia y de la comedia que de Norte a Sur y de Oeste a Este salpica pueblos y nombres prestigiosos: Edhessa, Filipo y Alejandro. Olimpo: todos los dioses de una mitología por la que no experimento la más mínima simpatía. Lo menos que se puede decir de esta caterva de personajes mitológicos es que eran ladrones, asesinos, incestuosos... Vamos, que no tenía el diablo por dónde soltarlos, Samotracia, con su Victoria, que ya no es suya, sino de los franceses que la tienen en el Louvre. Tal vez pasase por allí algún embajador gallo, como el inglés que pasó por Atenas a principio del siglo XIX y se llevó media Acrópolis; Epiro, con Pirro, el de las victorias pírricas y las derrotas incontable, porque los cartagineses lo llevaron por todas las calles del Medio, de Sicilia y de Calabria hasta obligarle a que se volviera a su Grecia natal, sin los elefantes, porque los dejó todos en manos de los victoriosos punos; Volo, que recuerda a Aquiles; Itaca, con Ulises, el de las historias mentirosas, y Penélope, la de los peplios majestuosos.

Aulis la de Ifigenia, Tebas, de Edipo y Antígona, Epaminondas en el Peloponeso... Y Fedro, Hipólito, Agamenón, Helena, Menelao... Y Theseo y Minos...

UNA FAMILIA QUE NO DA QUE HABLAR

En Grecia están contentos con sus Reyes.

No en todas partes sucede lo mismo. Est's no dan que hablar y si proporcionan un motivo de conversaci3n es m1s bien para que los elogien.

Cuando a la Reina Federica le preguntaron cu1l era su ocupaci3n favorita, no se le ocurri3 decir que vestirse de azul en un baile donde todas las mujeres van de blanco. Esta clase de gracias al alcance de todas las inteligencias no entusiasman a la Soberana y seguro que tampoco a sus s1bditos. El que una princesa flirteara con un divorciado, padre de dos hijos, no har1a prorrumpir en jubilosos gritos ni en silenciosas l1grimas a las se1oras de Atenas.

Lo que contest3 Federica fue:
—Jugar con m1s hijos y entre tener a mi marido.

El marido, por su parte, tampoco se dedica a inspeccionar aeropuertos ni a caerse del caballo jugando al polo.

Opino que a los Reyes se les debe pedir, por lo menos, que sean simp1ticos. Cuando Faruk dijo que, pasados unos a1os, no quedar1an m1s que cinco en el mundo, que ser1an los cuatro de la baraja y el de Inglaterra posiblemente se equivoc3, y el quinto ser1 el de Grecia. Naturalmente que no se va a modificar el p3ker y en lo sucesivo no figurar1n m1s que tres reyes en la baraja.

Lo mismo ella que 3l conducen un peque1o coche.

Cuentan que un periodista pregunt3 a la Soberana:

—¿Qu3 le hubiera gustado a Su Majestad ser de no haber sido Reina?

Le contest3:

—Reina... Estoy encantada con mi ofici3... Se pueda hacer mucho bien al pr3jimo.

El Monarca es tambi3n simp1tico. Son cosas que trascienden. Entre las an3dotas que refieren de sus Reyes figura la de que Pablo ha nacido para director de orquesta, y que, a veces, las ha dirigido en privado, que hace ocho a1os encontr1ndose enfermo de tifus mand3 que tocaran una de sus piezas favoritas y que cuando los doctores alegaron que no les parec1a que aqu3lla fuese una terap3utica adecuada para curar las fiebres tifoideas, la Soberana replic3:

—Yo tengo mucha confianza en la ciencia de ustedes, pero tambi3n la tengo en los t3rminos... Mientras en 3stos bajo la columna, seguir3 admitiendo a un buen pianista en la habitaci3n del enfermo.

No son an3dotas muy divertidas, pero al menos no dan lugar a que se ocupe de ellos toda la Prensa del mundo ni a que los confundan con artistas de cine, ansiosos de publicidad.

SUSPICACIA Y PREOCUPACION POR CHIPRE

En las terrazas de los caf3s en los restaurantes en todos los sitios donde se re1unan varias personas o1a la misma palabra:
—Eoka.

La gente estaba apasionada con lo que suced1a en Grecia. Apasionada e indignada. Lo cierto es que no ha sucedido nada capaz de desvanecer su indignaci3n ni su apasamiento. Por el contrario, los ocupantes de la isla, contra la voluntad de sus due1os la han convertido en base de paracaidistas que miran hacia una naci3n por la que Grecia siente gran simpat1a y a la que se dirigen muchos emigrantes, que han hecho fortuna en el pa1s.

—Eka... Eoka...

Los que se encuentran en Chipre han encontrado un m3todo infalible para que los giges pierdan cualquier clase de entusiasmo por la defensa de Ocerdente. La guerra que sostuvieron contra los comunistas les ha hecho cautos y no han aceptado una especie de pacto de amistad que les ofrec1a el Soviet. Pero no conviene abusar de la buena disposici3n de un pueblo. Podr1a darse el caso de que terminaran por cansarlo y aburrirlo. Ni los individuos ni las naciones se encuentran a gusto en un r3gimen de constante vejaci3n.

Adem1s del mapa de la antigua sabidur1a, los griegos pueden mostrar otro de las modernas vecindades que padecen... Albania, Yugoslavia y Bulgaria todos comunistas, y algunos con reivindicaciones territoriales m1s supuestas que reales, pero que siempre pueden constituir pretexto para una invasi3n armada. Solamente por un peque1o v1nculo limitan con una naci3n no comunista: Turqu1a. Y se da el caso de que por el momento Turqu1a no es amiga de Grecia. Por causa de Chipre, precisamente.

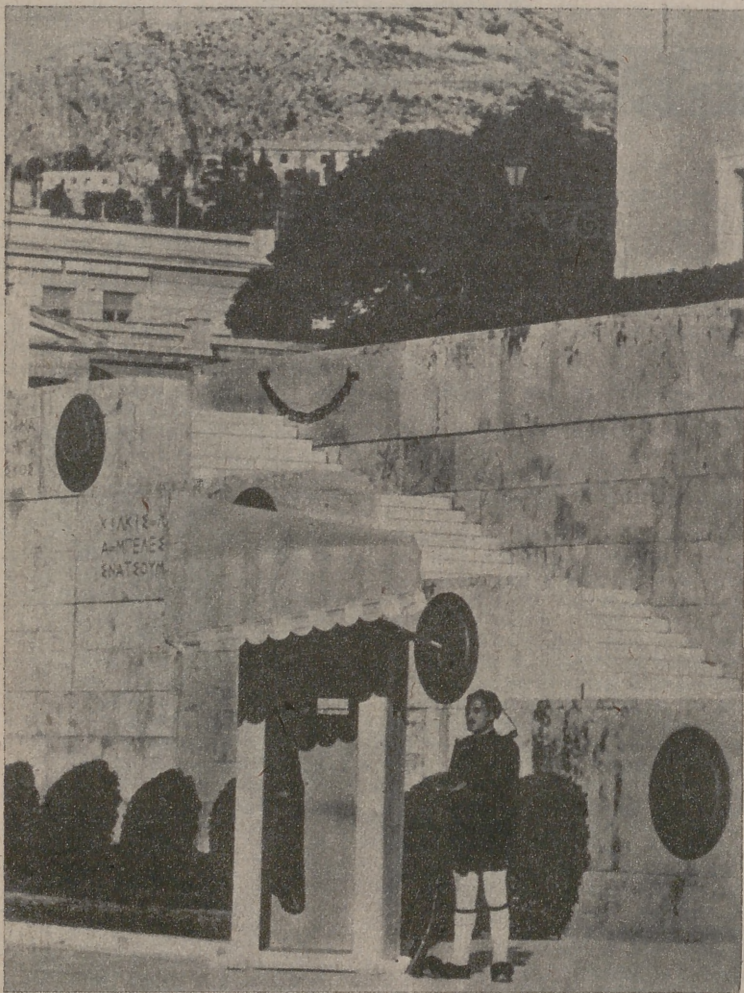
Rusia podr1a, si deseara desencadenar una guerra, inventar mil y un pretextos, y en la frontera entre Bulgaria y Grecia encontrar1a el mil dos. Una Grecia a la que no le dieran motivos de resentimiento con una potencia occidental podr1a ser un buen basti3n para presuntas operaciones guerreras, pero si se halla resentida, con coraz3n, e n sus posibles aliados, no es f1cil que vaya a la lucha arrastrada por el entusiasmo, y que su actitud sea la de la desconfianza.

—Eoka... Eoka...

EN UN LABERINTO DE CALLES

En el Pireo me dicen que hasta hace algunos a1os no hab1a m1s que unas cuantas casas de pescadores. Lo creo, aunque no s3 qu3 es lo que pod1an pescar en estas aguas, aparte de los crust1ceos. Hoy es un barrio residencial, con muchas villas bonitas y muchos jardines y tabernas, y restaurantes al borde del mar.

Antes de la guerra turcoba1c1nica, en Atenas hab1a solamente dos calles principales. Os las muestran como unas Gran V1as



Un miembro de las t1picas tropas gubernamentales griegas monta guardia ante el monumento al Soldado Desconocido



Una nave griega, correo entre las islas y la península, transporta pasajeros y mercancías. Transporta sueños. La mirada se pierde en la línea del infinito mientras el buque singla las rutas de Ulises

que se han quedado estrechas y pequeñas; una se llamaba la calle de Hermes, partía desde la plaza del Castillo y se extendía hasta la estación del ferrocarril en las proximidades de Hajda Tiada, donde se unía a la otra calle principal, la que, tímidamente, avanzaba hacia el Pireo, la calle de Eolo, que partía de la Torre de los Vientos, en la vertiente de la Acrópolis.

En Atenas, cualquier torre y cualquier promontorio puede llamarse de los Vientos.

Entre ambas vías existían — y existen — una serie de callejas y de callejones. Un laberinto más complicado que el de Creta. Hoy han quedado cercadas por muchas calles amplias. No se puede decir que la han reedificado, porque en ninguno de estos lugares debió haber edificaciones. Las últimas ruinas están bastante próximas al centro. El arquitecto Schaubert, que fue quien trazó los planos del primer ensanche de la ciudad, no pretendió que Atenas conservara su antiguo carácter. Para una ciudad que aspiraba a ser capital de una nación, no cuadran las callecitas por donde no pueden pasar los vehículos, ni es práctico conferirle el carácter de un bazar oriental.

Oriente un Oriente bizantino, en el que fué cogollo de la población, pero para el resto calles rectilíneas, como un pequeño Buenos Aires. Ya hay un retazo con carácter histórico. Lo demás, urbanizado según las concepciones modernas.

NO ES SOLO PARA EL TURISMO

A los apasionados helenistas les hubiera agradado encontrarse con un friso del Partenón en cada esquina, pero el Partenón no tiene tantos frisos como pa-

ra irlos regando por Atenas, y si los construían nuevos no pasarían de ser unos «pastiche».

En unos lugares puede el viajero ir en busca del eco antiguo del cincel de Fidias, de un verso de Safo, de una mentirosa narración de Homero, o de los cien ciegos de la Hélade que, dicen, compusieron la Odisea, pero no sólo para el turismo, ni del turismo puede vivir una gran ciudad, que se ensancha cada día.

Un paseo en taxi, deteniéndose algunas veces en la entrada de una callejuela, pone al visitante en contacto con la historia antigua de hace muchos siglos y con las antigüedades que cuentan poco más de un siglo.

Esta es la Via Sacra, por la que caminaban los que estaban iniciados en los misterios de Eleusis, cuando iban a dicho lugar a través del Bosque de los Olivos, donde no queda ni un solo aceituno, pues los han sustituido casas de cinco pisos, y los demos Lakiades y los demos Hermos.

Los monumentos funerarios que había a un lado y a otro del camino han sufrido la misma suerte que el olivar. Algún vestigio queda todavía para quienes deseen evocar una de las tradiciones de la mitología helénica.

Después de haberse mareado en el Museo Arqueológico egipcio, todos los demás parecen cacharrerías, pero si uno no ha contemplado los tesoros de Tutankamen y las salas repletas de objetos de oro macizo que cuentan su edad por milenios, encontrará cosas admirables en Varvakió y en otros edificios destinados a museos de arte heleno.

UNA IGLESIA HECHA A RETAZOS

Un Neptolemo, un Peleo, una

Tetis que conduce las armas de Aquiles, varias terracotas coronas de oro procedentes de las tumbas de los monarcas áticos, antorchas de Egina, fragmentos de diversas arquitecturas, un Lekhytos, con dibujos de color malva sobre fondo claro...

La Iglesia Metropolitana acaba de cumplir el siglo y fué edificada con los restos de setenta templos. Hecha con piezas de recambio, no podía constituir un éxito de originalidad y no lo es. El exterior es una reproducción, una ampliación estaría mejor dicho, de la Panagia Gorgópiko. Las pinturas otra reproducción de Santa Sofía, de Constantino-pla.

En el interior es fastuosa, pero no invita al recogimiento como las grandes catedrales españolas.

Más antigua la Panagia orgópiko, pero también fué edificada con retales de otros templos. Se ve que en ningún tiempo han querido desaprovechar los materiales usados. Esta la mandó construir el príncipe Othon, en el siglo XIII. En el exterior del edificio se encuentra, coronando la puerta del Mediodía, un fragmento de arquitecra dórico, con rosetas en las métopas y una cabeza de toro que, posiblemente, tampoco era nuevo, sino que se trataba del propio toro de Europa, para no desaprovechar ni siquiera la fábula, hachones cruzados y vasos en la parte anterior de los triglifos.

Khifissia, convento de Soma-tón, santuario de Apolo Pythion.

Demasiada arqueología para una mañana de sol, primavera en estío, en que las terrazas de los cafés y las calles céntricas estaban llenas de alegres y bien nutridas muchachas.

PALAMUS, EL GRAN PUERTO DE LA COSTA BRAVA



... vista de las bahías de Palamos y San Antonio de Calonge. Las dos funden en una gran mediana

GENTES ABIERTAS Y ACOGEDORAS QUE BAILAN LA SARDANA COMO UN RITO



El capiteo anual de sardanas en Palamos, famoso en España



Palamos, visto desde el centro de la bahía



Procesión de la Virgen del Carmen en el puerto de Palamos

CATORCE MILLONES DE PESETAS PRODUCE AL AÑO EL PADO A ESTA VILLA MARINERA

La provincia que, como Gerona, posee un litoral comparable al que va desde la antigua Blenda hasta Port-Bou, puede sentirse ciertamente orgullosa. A medida que el viajero lo recorre experimenta deslumbramientos distintos. Nunca se puede saber aquí qué paraje es más bello, pues unos superan a otros. Tampoco se puede definir con exactitud dónde el veraneo internacional es punto clave, porque todo es como el centro de una gran área turística que da intensa vida y colorido a toda la costa.

En ruta hacia Palamos, la alegría parece rodearnos e invadir el camino. Es una alegría exuberante de pinares compactos, de restaurantes con toldos chillones sombreando las terrazas, de autos y de motos que cruzan en todas las direcciones. Tan intenso es este movimiento que a la altura de la playa de Aro, allí don-

de una bifurcación abre una carretera hacia S'Agaró y otra a Gerona y Barcelona, nos encontramos con la sorpresa de un guardia de la policía urbana y de tráfico regulando la circulación. Es chocante verlo así, en plena carretera, con el mismo uniforme con que estamos acostumbrados a verle en el cruce de las plazas y calles de las ciudades. Está ahí como si estuviera en un paisaje urbano, aunque verdaderamente estas carreteras parecen calles donde se alinearán las más modernas edificaciones, que en este caso son hoteles de lujo, levantados desde hace tres o cuatro temporadas sólo, y algunos recientemente, pues por toda la Costa Brava cada año se edifican más hoteles y siempre son insuficientes. Las playas se suceden y quedan a la derecha y a la izquierda las extensas planicies de los bosques de pinos. En medio del cam-

po y el mar, la carretera, y bordeándola a uno y otro lado, la cadena de los hoteles: el Costa Brava, el Rancho suizo, el Xaloc, el Flamingo, el Albatros y muchos más innumerables. Desde ellos llegan hasta el viajero las notas de modernos ritmos de baile.

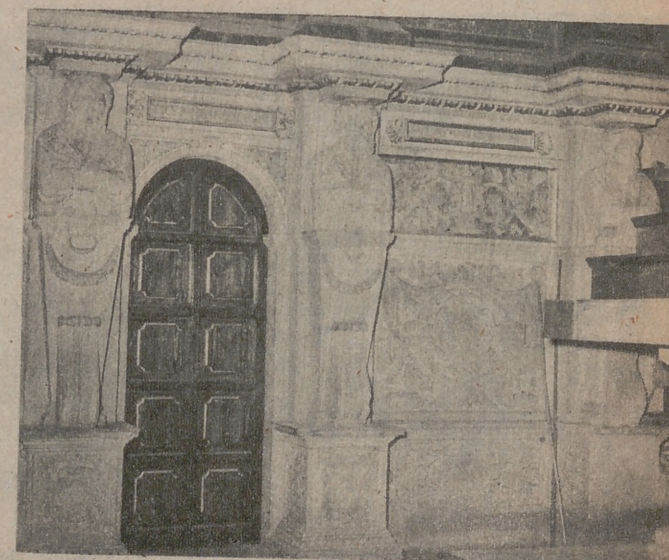
VAYA USTED A PINTAR A PALAMOS

Palamos es la más acabada estampa de puerto. Y yo le diría a los pintores: Vengan ustedes a pintar esto, a recoger todo este tipismo inigualable, y la gracia clásica de los veleros. La ciudad es de un blanco deslumbrante y se apiña sobre una colina al lado izquierdo de la bahía. El sol reverbera sobre la albura de las casas y hiere la vista. Tan fuerte es esta sensación, que hoy, tan pronto como las campanas me

desperté fui a abrir la ventana. Me taparme los ojos. Palamos en esta hora blanca de color de sol y hay que ir a la calle con premura si no fuera posible despedirse un segundo de esta maravilla preceden por la escalinata bajo, grupos de ingleses que se alojan en el que llevan la misma playa yo. Regocijados, contentos con sus bártulos de playa y con magnífico apetito, uno que sirven en la terraza para españoles como extranjeros nos dan mermerillo y un café-café en toda Cataluña sólo lo auténtico y excelente.

¡Quedé más llenas de encanto para bajar hasta el cuando se llega no hay para describir esta bahía y dilatada como

un gran golfo. La luz solar juega en el mar, que es aquí de un celeste limpio, purísimo. Pero este color es ahora; dentro de un rato será de un gris radiante, y más tarde azulenco, y después, como una esmeralda; al empezar a declinar la tarde, rosado, y casi rojo en el crepúsculo. Porque este es el milagro del mar de Palamos, donde todos los colores se juntan y cambian sobre su bahía sin que nadie llegue a explicárselo. Únicamente se explica la luz del crepúsculo por estar orientado hacia Poniente. Los otros cambiantes son un regalo de la Naturaleza. Por todo esto, por esta belleza y hermosura indescriptible de esta bahía, la gente viene y se queda. Un día llegó el gran columnista norteamericano Robert S. Ruark, se enamoró de Palamos y dejó por él su residencia neoyorquina. Ahora vive aquí todo el año y su ca-



En la iglesia de Santa María del Mar de Palamos existe esculpido exactamente igual al que Miguel Angel hizo en San Pietro Ad Vincula, de Roma

sa domina toda la bahía. Aquí escribe, y de cuando en cuando se va una temporada, pero siempre vuelve. También reside habitualmente en Palamós el escritor alemán Beard. Este prepara un libro sobre la cocina mundial y se está documentando aquí sobre los platos catalanes. Allí enfrente, sobre Roques Planes, se alza la villa de Madaleine Carrol, que también vino una vez y quiso edificar aquí su residencia de descanso.

GRAN PUERTO Y EXTENSA PLAYA

La playa de arena finísima se tiende larga, extensa, hasta la de San Antonio de Calonge. Hace poco se ha construido un dique entre las dos, pero desde lejos asemejan una sola.

Aquí, en la de Palamós, se practica mucho la pesca submarina. Casi todos los bañistas están provistos de sus escafrandas, sus aletas y sus armas. Hay un perro lobo (en casi todas las playas hay un perro) al que tratan de engañar haciendo como que se ahogan para que él se tire a salvarlos, pero el can es listo, ya está escarmentado de otros días y permanece impassible. Las señoras se bañan con collares y pendientes. Esto, unido a la tez cobriza del sol y a que se secan en las toallas de listas de colores les da un aspecto de princesas incas. Yo todo lo contemplo sentada en el pretil del Paseo Marítimo, que queda justamente encima de la playa y que es el mejor mirador. Sobre la arena hay instalado un tiovivo y también el elegante bar Janvina, hecho con lonas como un circo, únicamente que en Janvina las lonas son de colores que le dan alegría y vistosidad. Por la noche, el artefacto de los caballitos para atraer a chicos y grandes se enciende en una potente iluminación verde. También Janvina se ilumina, y sobre la arena, al borde mismo de las olas, el tiovivo y el bar cobran un aspecto fantástico.

Desde este asiento mío improvisado contemplo el tráfico del

muelle, que esta aquí al lado casi de la playa. Gran muelle este de Palamós, donde pueden atracar barcos de buen tonelaje. Desde este puerto salen casi todas las mercancías de la provincia de Gerona. Hoy está cargando corcho el «Castillo de Montesa». Barcos negros de carga que contrastan con las blancas embarcaciones de la flota pesquera, que se compone de 40 de estas embarcaciones denominadas «bacas». Estas «bacas» tienen una potencia de 3.000 H. P. Además de ellas hay muchas otras barcas de menor porte. Los hombres que integran esta flota son cuatrocientos, que elevan a 2.000 las personas que viven de la pesca. El pescado se exporta a toda Cataluña y produce catorce millones de pesetas anuales. La Cofradía de Pescadores es la primera de la provincia y la tercera del litoral catalán. Pero cuando esta Cofradía muestra su pujanza y su rumbo es el día de su Patrona, la Virgen del Carmen. En la procesión marítima se embarcan cuatro mil personas, en cien embarcaciones que siguen a la de la imagen. Tan famosa es esta procesión que vienen de todas partes de la comarca a presenciarla y muchos extranjeros la filman.

De estos pescadores le viene a Palamós su tradición de excelentes platos marineros. Famoso es su arroz a la marinera, el «suquet», hecho con toda clase de pescado, y la «zarzuela», que aquí se condimenta en un revoltillo sabrosísimo y extraño de pollo y langosta. La «zarzuela» más renombrada es la que hace el hotel Trias. Y como esta es villa de buen comer, también tiene fama por su nata y por sus triángulos, dulces exquisitos que sólo se hacen aquí.

En el típico restaurante Los Caracoles, los turistas se atiborran satisfechos de guisos marineros y celebran entusiasmados su suculencia.

EL VIEJO PALAMOS QUE INVADIAN LOS PIRATAS

Primitivo poblado ibérico y después romano, hay un lapsus

en la historia hasta que el Rey Pedro II el Grande de Aragón dió a Palamós una Carta Puebla en 1279, le confirió categoría de villa y aprovechó el magnífico puerto natural para tráfico comercial. Codiciada por piratas fué presa de éstos varias veces. Todavía subsisten en las masías los baluartes que para defenderse de las invasiones corsarias levantaban sus moradores. Estas torres, que se conservan aquí en buen estado, son llamadas popularmente «las torres del moron». A una de estas invasiones de piratas debió Miguel de Cervantes su libertad. El cuenta el hecho en «La Galatea», atribuyendo la aventura al protagonista Silerio pero fué el mozo impetuoso y arrojado que era Cervantes a sus veintidós años el que bajó a tierra con un criado suyo de la galera en que viajaba camino de Nápoles. Se entretuvo embelesado de la belleza de la villa, y anduvo por calles y figones sin darse cuenta de que se hacía la hora de partir y los de su barco levaban las áncoras. Se quedó por fuerza en Palamós aquella noche, y durante ella le acaeció un extraño y malhadado suceso. Vió venir de pronto un tropel de gente y soldados que conducía a varios presos. Y al fijarse en ellos reconoció a un íntimo amigo suyo, que él, por no descubrir su nombre, llama Timbrio. Consternado le preguntó al pasar que cómo se encontraba en tal apuro, y Timbrio contestó que le habían apresado para robarlo unos malhechores en el camino de Gerona y que lo llevaban entre ellos cuando encontraron una partida de soldados que buscaban a los bandoleros y le tomaron a él también por tal sin que le valieran palabras ni razonamientos. Indignado Cervantes arremetió a cincarlos contra los soldados, logrando dar tiempo para que el preso se evadiera y se refugiara en la iglesia, viéndose así libre de sus perseguidores. Pero no tuvo esta ligereza Cervantes, que se vió al fin reducido y dió con sus huesos en la cárcel. En ella estaba cuando, al amparo de la noche, desembarcó en Palamós sigilosamente el pirata Barbarroja. «¡Al arma, que hay turco en tierra!» fué el grito que resonó en toda la villa, y se soltaron a todos los presos para que ayudaran a la defensa. Y así fué como Cervantes recobró su libertad y ayudó valerosamente a arrojar a los corsarios de Palamós.

ALFOMBRAS DE FLORES EN EL CORPUS

Yo voy hoy a buscar estos rincones. Subo unas escaleras trementadas para llegar a la parte alta y antigua del poblado. Calles con toda la pátina de los siglos. En esta calle de Notarias estaba la cárcel, ahí, al lado de la casa del duque de Sessa. Por estas calles campea sobre muchas casas la salutación angélica. En una de buena traza, también unas letras en gran tamaño: «Ave María». En esta casa está la emisora «La Voz de la Costa Brava», desde la que se hace una gran labor cultural. También tiene la modalidad de dedicar discos como Radio Andorra, y hoy yo la escucho. «Para mi hermano Félix, que está en Ampurias...» Frente



A través de los arcos del Paseo Marítimo la estampa de los grandes veleros pone una nota de tipismo

por frente a la emisora se alza la bellísima iglesia de Santa María del Mar. Sobre sus muros, también, un inmenso «Ave María». En este templo fué donde se refugió Timbrio huyendo de la Justicia. Tres misas diarias se anuncian en la puerta de Santa María del Mar, y las campanas, llamando a la primera, fueron las que me despertaron.

Dentro hay un basamento que es copia exacta del que hizo Miguel Ángel en Roma para el sepulcro del Papa Juan II en San Pedro in Vincoli. Lo curioso del caso es que entre uno y otro monumento hay sólo, unos años de diferencia. Se le atribuye al escultor Isaac Hermes, y lógico es suponer que éste hizo el viaje a Roma a raíz de terminar su sepulcro Miguel Ángel, y de regreso reprodujo el basamento con tanta exactitud, que cuando nos enseñan la fotografía del de Roma y contemplamos éste de Santa María, no sabemos cuál es el auténtico. Saliendo de Santa María encontramos la plaza Murada, con su balaustrada sobre el puerto, en el que acodados toman el sol los viejos «tapers». Hoy, yo emprendo parla con uno de estos viejos. Estaba yo a su lado y el viejo, calmadamente, me dijo mirando los autos extranjeros que cruzaban por bajo de la plaza:

—Hay mucha fuga de forasteros.

—¿Qué?...

—Bueno, es que nosotros llamamos fuga a entusiasmo o cosa así. ¿sabe?

—¿Es usted pescador?

—No, fui taponer. Ahora ya estoy retirado. Tengo setenta y dos años.

—¿Vive con sus hijos?

—No, en mi casa. Me he quedado en mi arregio, ¿sabe? Tengo el Subsidio de la Vejez y el Montepío... Ahora hay mucha fuga por el subsidio. Todos mis amigos están pendientes de que se lo concedan; yo ya hace dos años que lo tengo... Hay mucha fuga entre todos los viejos por esto.

Y cuanto tocan a angelus, el hombre se quita reverente su gorra.

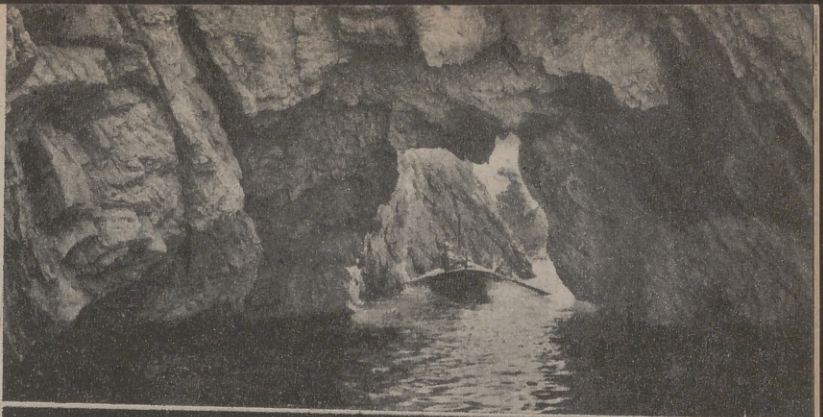
A mí ya se me ha pegado el latiguillo del «taper»; diría, si no fuera irreverencia, que aquí hay mucha fuga por la religión. Sobre todo, al Sacramento del altar se le tiene mucha devoción, y tierra ésta de flores, el día del Corpus se hacen con ellas alfombras para que pase la procesión como en Sitges. Y esta hermosa costumbre se plasmó en estrofas populares:

*Aquí dalt de la muntanya
n'hi ha roses y clavells
per enramar la Custodia
del Santíssim Sacrament.*

El Patrón es Juan Bautista y la «Festa Major» empieza en la tradicional noche con las «fogaradas» crepitantes como las clásicas hogueras alicantinas.

QUIEN NO HA VISTO LA FOSCA NO HA VISTO UNA PLAYA

A dos kilómetros de Palamós, comunicada por una buena carretera y un poco después de Cap Gros y de esa maravilla de Cala



La roca horadada de Castell es como una gruta mágica cuando la luz se filtra dentro de ella

Margarida, está la playa de La Fosca. Todo el mundo me había hablado de ella y quise verla por mí misma. Pero cuando llegué sólo acerté a proferir una exclamación de asombro. Los contrastes de color y su arena son únicos en todo el litoral catalán. La arena tiene un color amarillo rotundo. De lapislázuila quieta agua y festoneándola en pequeñas lomas los pinos, de un verde intenso. Los trajes y los colchones de plástico rojos y azules de las bañistas ponen también su nota fuerte de color. Y La Fosca asemeja la paleta de un pintor en la mezcla de todas las gamas. Playa remansada y sin peligro es la ideal para los niños. Huéle a yodo y a sal. Y una comprende que en este paraíso no se desee salir de él.

«Nos entra la fosquitis», dicen con gracejo los que aquí veranean en villas o en el hotel Rocafosca, de gran lujo. Extranjeros, como siempre norteamericanos, franceses y catalanes de pro. También suele venir el Príncipe Pedro de Mónaco. En La Fosca se practica el esquí acuático y hay un grupo de estupendos nadadores. El más atrevido es el joven médico Felipe Sánchez Babot. Pero las muchachas tampoco se quedan atrás. Enriqueta Foret, de apellido familiar en to-

da España, por el agua oxigenada preparada por su abuelo y su padre, alcanzó los 2.000 metros yendo a la Agulla de Castell. Pero el record lo bate Rosario Tauler llegando a Calella, a 5.500. Rosario Tauler, de la mejor sociedad barcelonesa, con la misma facilidad que se echa a la espalda así estos metros de Mediterráneo, queda subcampeona de esgrimá, baila sardanas o coge su «Vespa». Su abuelo, el prócer don Remigio Tauler, fué el que primero empezó a poner de relieve las bellezas de esta costa gerundense, que después fué descubierta por el turismo internacional.

Aquí, en La Fosca, la alemana Berta Widand me dice:

—Ayer escribí a mi familia y les contaba que mi vida en La Fosca era como haber caído en un planeta distinto. Sí, aquí hablamos, por cualquier cosa como creo hacen en toda Cataluña y en toda España, pero en Alemania no. En Alemania sólo se habla cuando es preciso. Se habla al día contadas veces. Yo, desde que he llegado me visto a la gente reír y hablar por todo, y yo también lo hago. Es delicioso esto. Y me siento muy contenta... He hablado en estos días más que en toda mi vida.

Y es que en Palamós la gen-



Las tres bahías de Palamós. Un inmenso puerto natural en la estrategia del turismo. En el futuro, Palamós contará en el concierto náutico de las grandes rutas

te es abierta y tremendamente acogedora. Y este es un fenómeno muy corriente en los puertos de gran tráfico.

PASTORA IMPERIO Y SUS MEMORIAS

Mas Castell pertenece a don Alberto Puig Palau, catalán que adora el baile flamenco, los toros y el cante grande. En su casa siempre tiene invitados artistas y toreros. A Pastora Imperio se la podrá encontrar aquí mientras pasa en Palamós la temporada veraniega. En la carretera del Faro Pastora y Gitanillo de Triana han abierto una «boite», o mejor dicho, una gran taberna gitana. La Pañoleta. En La Pañoleta también está muy a menudo el novillero puntero. Curro Puya. Pastora tiene una clientela selectísima y por las noches se dan cita en La Pañoleta los veraneantes de más fuste de todos estos contornos. El año pasado vino al teatro Carmen el «ballet» de Rosario. Este año creo que no se abrirá el teatro, porque la gente con La Pañoleta tiene bastante. Por el día, en esta paz de Palamós, Pastora está terminando de escribir sus Memorias.

Otra de las atracciones de las noches de Palamós son las sardanas. El Ampurdán es la comarca madre de esta tradicional danza catalana cuyo origen viene del «contrapás», aunque Mistral dijera que provenía de Grecia. Y en esta villa del Bajo Ampurdán se baila la sardana como un rito. Hay algo solemne, sobre todo en los hombres, cuando la bailan y a mí una sardana me impresiona terriblemente por su música sentimental. Yo las conozco ya. Apenas oigo un aire melancólico y acompasado pregunto: ¿Es una sardana, verdad? Y me pongo contenta cuando veo que no me he equivocado. Claro que también las hay de música alegre como la popular «María de las trenas». Pero casi siempre es grandiosa y triste, y que me perdonen los musicólogos, pero yo creo que la buena sardana podría ser sinfónica. Ninguna persona sensible sentirá el fíabiol o la tenora sin emocionarse y luego se recordará con nostalgia. Letristas de las sardanas fueron todos los grandes poetas catalanes: Maragall, Rusiñol, Guimerá. De Guimerá es la «Sardana de las monjas». Esta sardana es preciosa y refiere cómo unas monjas ampurdanenses sintieron tras las tapias de su convento la música de una sardana e instintivamente se pusieron a bailar. Y llegó la abadesa. Las iba a amonestar severamente, pero no pudo y se le saltaron las

lagrimas y es que una sardana era hija del Ampurdán.

*Rondinant, l'abadesa ya se n'hi
[va,
Sent-hi a prop llagimeja; no sap
[renya,
que ella també n'es filla de l'Em-
[pordá.*

Un viejo sardanista, el camarero, Juan Bofill, con sus setenta años, enteco y de pelo tan blanco como su chaqueta, me explica:

—A los ampurdanenses, al oír las sardanas, se nos rejuvenece el corazón y un impulso que no sabemos contener nos hace salir a bailar.

Y por eso salen todos a esta ronda fraternal en la que no hay edades ni diferencias de clases. Primero salen los hombres y empiezan a bailar solos. Luego van llegando las mujeres y abriendo el corro.

En Palamós durante el verano se bailan dos veces al día. Al atardecer en el Paseo Marítimo, con el mar al fondo y por la noche en el Campo Municipal de Deportes que llaman «La Arboleda», o en plena calle, frente a la cafetería Savoy. Tanto en uno como otro lado a mí me atraían e iban a buscarlas allí donde quiera que las bailaban como si yo también hubiese nacido en el Ampurdán. Luego, como terminaban tarde, cuando ya había visto bailar tres o cuatro, me iba al hotel y me dormía oyendo las notas agudas de la tenora, que con su voz metálica rasgaba el silencio de la noche.

Cuando alguna noche la «cola» está cansada y no hay sardanas, en los hoteles se organizan bailes. Las otras noches, no, porque todos los veraneantes o se van a las sardanas o a La Pañoleta. En el hotel Palmeras el baile se forma en el patio engalanado con guirrnaldas y farolillos verbeneros.

Pero estos días la gente no se encuentra, porque lo típico es la sardana. Y los que más sufren esas noches son esos tres sardanistas magníficos que no pueden vivir sin ella. Son éstos el importante comerciante de corcho don Pedro Tauler, el contable de la casa Vincke, don Juan Peláez y el obrero cargador del muelle Juan Padrosa. Estos dos últimos hablan y discuten siempre entre ellos de su tradicional danza y no pueden dejar en ningún caso de bailar. Allí donde hay sardanas allí van ellos como a una cita inevitable.

Para los que no son de la región catalana explicaré que un «aplec» es el conjunto de muchas

«collas» y una «colla» es el corro sardanístico.

Claro que ya estas «collas» de los «aplec» no son gente espontánea, sino especialistas de cada pueblo o ciudad. Y entonces ellos van ataviados con sus trajes regionales. Pues bien, estos «aplec» de sardanas los lleva ya Palamós organizando tres años. Vienen cuatro coblas u orquestas y las «collas» de varios sitios y durante todo el día desde por la mañana a la noche se baila. Treinta y seis sardanas suelen componer el programa. Este año el «aplec» se celebró el 29 de julio y los extranjeros decían que nunca habían visto nada que se pudiera parecer a este magno espectáculo.

RONDA POR LAS CALLES INDUSTRIALES

Pero frente a esta Palamós, alegre y colorista de playas, veraneantes, flamenco y sardanas, está la villa trabajadora de todo el año. Fábricas de corcho por las calles que salen a las afueras y 3.500 toneladas de corcho en plancha consume Palamós para fabricar sus taponés y discos. Hombres y mujeres trabajando en esta industria. Y 400 obreros, hombres y mujeres también en la fábrica Vincke, de tubos flexibles para el ramo del automóvil. Puede decirse que no hay ningún vehículo a motor en España que no lleve tubos Vincke. También hace esta casa un hilo de goma para la fabricación de tejidos elásticos. Esta sección sólo está atendida por mujeres. De estos hilos se abastece completamente el mercado nacional y se exporta en competencia con los grandes fabricantes.

Y no puedo dejar Palamós sin ver la Casa de la Cultura. Aquí se ha invertido mucho dinero para dotarla de todo lo necesario. La biblioteca es magnífica, no sólo por sus volúmenes de todas clases, sino por su ambientación. Cortinas de terciopelo grosella, muebles modernos, lámparas portátiles y adornos en cualquier sitio. Una maravilla. Pero la pierden esos grandes ventanales abiertos sobre la bahía y con los montes Gabarra al fondo. Yo creo que a mí me sería imposible leer aquí. Sólo podría admirar. Igual sensación se siente en la Cámara del Comercio. El edificio e instalaciones muy buenos, pero enfrente también del paisaje y yo no pude contenerme y le dije al secretario señor Paja. ¿Pero cómo pueden ustedes concentrarse en el trabajo teniendo esta vista delante...?

La Casa de la Cultura tira una revista: «Proa», y tiene también la sección de Cine Club. El salón de conferencias, precioso también. Se inauguró hace solo un año y en la realización de esta obra puso todo su entusiasmo el Alcalde don José Parals. Esta Casa de la Cultura no se espera nunca encontrarla en una pequeña villa de 7.500 habitantes.

En estos días, por estas calles del marinero Palamós, cruza de vez en cuando una figura grácil y delicada. Es la embajadora norteamericana en Italia, Clara Boothe Luce, que ha venido a convalecer de su enfermedad.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial.)

“LA ESTAFETA LITERARIA”

UN GRAN SEMANARIO
DE LAS ARTES
Y DE LAS LETRAS



Alvarez Cosmea y Eusebio Calavia en un momento de la entrevista

"ENTERRADOS EN RUSIA"

HISTORIA DE UN DIVISIONARIO ESPAÑOL BAJO LA ESCLAVITUD ATROZ DE LOS BOLCHEVIQUES

EUSEBIO CALAVIA, AYUDADO POR EL ESCRITOR ALVAREZ COSMEN, RELATA CON EXACTITUD NOTARIAL SU ODISEA

EUSEBIO Calavia tiene ahora cuarenta y un años. Es mediano de estatura, moreno, habla despacio, con sencillez; sus manos parecen haber estado largos años atadas al pico y la pala en duros trabajos, y en su cabeza hay ya abundantes canas. Cuando Eusebio Calavia apenas había cumplido sus veinticinco años se alistó como voluntario en la División Azul. Cuando aun no llevaba un mes en los frentes de la estepa rusa, el voluntario español cayó prisionero. Desde aquel día hasta que le llegó el momento de emprender la ruta hacia Estambul camino de España, habían transcurrido catorce años. Hoy, sentados en la terraza de un café madrileño, con un libro en la mano, Eusebio me va contando cosas. Cosas horribles que a veces uno casi se resiste a creer. El tiene buena memoria, y para el dato o el suceso, para la narración larga de esos inolvidables catorce años, Eusebio Calavia, que de protagonista ha pasado a ser cronista, tiene también pronta la fecha precisa, el día y la hora en aquellos sufrimientos y aquel martirio iban haciendo presa en su misma carne, en su mismo cuerpo, como en el cuerpo y en la sangre de todos los prisioneros que con él soportaron la desgracia y el infortunio.

«Enterrados en Rusia» es el li-

bro que Eusebio Calavia, en colaboración con la pluma ágil y diestra del periodista Francisco Alvarez Cosmen, ha escrito. Como un documento exacto, verídico, casi notarial, «Enterrados en Rusia» es una obra escrita al margen de toda posible fantasía. Después de leer estos capítulos y ver que en ellos todo se ha sacrificado a la realidad y a la verdad histórica de los hechos, tiene uno necesidad de asentir con el escritor Alvarez Cosmen cuando dice:

—«Enterrados en Rusia» no es una novela. Es un reportaje periodístico, como un serial donde el material era excesivo. Cuando la realidad se impone, la fantasía sobra. Y esto es el libro: la realidad de esos catorce años contada, paso a paso por quien la vivió día a día.

AL VUELO LAS CAMPANAS DE VOZMEDIANO

Antes de hablarme de Rusia, Eusebio Calavia me habla de España. Antes que de la tortura, antes de que aquella impresionante madrugada blanca del 27 de noviembre de 1941 en que cae prisionero, y antes de hablarme de cárceles y campos de concentración, de huelgas de trabajos y huelgas de hambre, Eusebio Calavia me habla de la alegría de

la vuelta, de su salto a tierra en el puerto de Barcelona, de las primeras noticias de su familia, de su viaje a Soria, y hasta de aquel discurso improvisado en el balcón del Ayuntamiento de su pueblo. Vozmediano es un pueblo soriano que apenas llega a contar seiscientos habitantes.

—Cuando el «Semiramis» remontó las aguas del mar de Sicilia, la emisora del barco comenzó a captar los primeros mensajes que España nos envía a través de Radio Nacional. Eran las propias voces de los seres más queridos las que volvíamos a oír después de tantos años. Cada vez que el locutor anunciaba: «¡Atención, Fulano de Tal, va a hablarle su madre!» un hombre se incorporaba pálido y desorbitado de asombro los ojos y con andar de sonámbulo pegaba su cara al receptor. Hombres enteros, como titanes a quienes yo había visto soportar trabajos y esfuerzos agotadores, privaciones y castigos sin nombre, se doblaban ahora rotos en sollozos como niños asustados. A mí no me llegó ninguno de estos mensajes. No había ningún dato en las listas que traía la representación española que nos recibió en Stambul, ni en los telegramas y mensajes hubo nada para mí. Pero Barcelona estaba ya a un paso. Allí me esperaban mi cuñado Pedro Ledes-

ma y mi hermano Salvador. La primera noticia fué triste: mi padre había fallecido. Más hermanos seguían bien. Dos de ellos se habían casado, y a mi hermana mayor, que es Hermana de la Caridad en un convento de Agreda, le había escrito yo desde Stambul. El recibimiento en el puerto catalán fué apoteósico como nosotros nunca pudimos imaginar. Después, camino de Madrid, estando yo aquí, llegó el Gobernador Civil de Soria a visitarme. Cuando, unos días más tarde, marché a Soria, miles de personas me esperaban en la estación. Llegué a las seis de la tarde y allí estaban el Gobernador Militar y el Delegado de Ex Combatientes. Me llevaron a la Delegación Provincial del Movimiento, y desde el balcón pronuncié unas palabras ante una muchedumbre inmensa que se apiñaba en la plaza. Durante dos días fui huésped de honor de la capital.

Eusebio Calavia se emociona recordando aquellas jornadas. En catorce años se habían olvidado muchos nombres y hasta es posible que se hubieran borrado muchas caras amigas. Hoy, para todos tiene una palabra de gratitud.

—Después fui a Agreda. Don Pedro Cilla, el Alcalde del pueblo, salió a doce kilómetros a recibirme. Las campanas de la Virgen de los Milagros se habían lanzado al vuelo, mientras los coches se deshacían en el aire. Y de aquí a mi pueblo, a Vozmediano que había declarado día de fiesta mi llegada. Con el párroco al frente, todo el pueblo salió a darme la bienvenida. Una salva en la iglesia, un vino de honor en el Ayuntamiento y otro discurso. Fueron días que no se pueden olvidar.

«Enterrados en Rusia» tiene una dedicación sencilla y sentida: «A mi amada provincia de Soria, en uno de cuyos más humildes rincones, vine al mundo. No esperéis encontrar en estas páginas ningún hecho extraordinario. Es tan sólo el relato sencillo de la amarga aventura vivida por un grupo de hombres que rodaron por un mundo desconocido y bárbaro, sin perder la fe ni olvidar su condición de españoles». Por las páginas de este libro corre, como trasfondo del padecimiento y del martirio lento, como magnífica respuesta a aquellas palabras que tantas veces martilleaban las sienes del autor «en Rusia no se fusila, se aniquila», un profundo sentimiento de fe religiosa. Eusebio Calavia tiene esa honda formación cristiana que aprendió primero en el seno de su familia y después en su convivencia con los padres carmelitas: los cursos de latín en Castellón, el noviciado en Las Palmas y Filosofía en Cuenca, en el convento de San Clemente. Después, cuando llega el 18 de Julio de 1936, se incorpora al Ejército Nacional y está presente en los frentes de Zaragoza o como soldado de Sanidad en el Hospital de Sangre de Alhama de Aragón. Cuando el día 28 de junio de 1941 aparece en la Prensa el llamamiento para voluntarios a la División Azul, Eusebio Calavia se encuentra en Madrid preparando unas oposiciones. Se encuadra en el Regimiento del entonces Coronel Ro-

drigo. Poco tiempo más tarde, cuando la bruma cenicienta que cubría las margenes del río Wolchov acogía a los voluntarios españoles, el soldado Eusebio Calavia pertenecía ya a la Plana Mayor del Regimiento 269 que mandaba el Coronel Esparza.

27 DE NOVIEMBRE DE 1941: DIEZ Y VEINTE DE LA MAÑANA

—Las posiciones corrían a lo largo del río que une los lagos Ladoga e Ilmen. Yo estaba al servicio de los carros de avituallamiento. Nunca podré olvidar aquella mañana en que vi caer el primer camarada. Era un mozo rubio, casi imberbe, montañés, de ojos claros, muy risueño y cantarrín. Iba muerto y parecía que reía. Recuerdo cómo el capitán alcanzó corriendo la camilla que lo llevaba y, destapándole, lo miró con angustia un instante, mientras decía: «Un tiro en la frente; así es como hay que morir.» Este era nuestro bautismo de fuego. El frente se extendía a lo largo del río y después empezaba un bosque largo y espeso a través del cual serpenteaba una carretera que, pasando por Otesky, seguía hasta Possad. Varias veces había pedido yo ir voluntariamente a hacer el servicio de avituallamiento a la posición de Possad por visitar a algunos camaradas, y el día 26 de noviembre de 1941, cuando hacía poco más de un mes que estábamos en el frente, fui nombrado para este servicio con otros cuatro camaradas: Antonio Pérez, Antonio Peláez, Ricardo Presmanes y el cabo Agapito Morales. Llevábamos un trineo con toda la impedimenta. Cruzamos las posiciones y salimos a la carretera. Recuerdo que abrimos unas latas de carne, hicimos unos bocadillos y unos minutos después estábamos solos envueltos en la bruma frente a la sombra blanca y silenciosa del bosque. Era ya de madrugada; un amanecer frío con una temperatura de treita grados bajo cero. Andábamos tranquilos con el fusil al hombro cuando, a los cinco minutos de marcha, estalló una mina bajo los pies del caballo que iba enganchado al trineo. Todos nos agazapamos quietos en el suelo. No había pasado nada. Con mucho tiento reanudamos el camino sin imaginarnos que ya entonces cada uno de nuestros pasos era atentamente seguido por muchos ojos que ocultos acechaban entre la nieve. Cuando anduvimos cien metros, una descarga cerrada de ametralladora nos atronó los oídos. Yo instintivamente me deslicé por la archa cuneta de la carretera intentando ganar el bosque, y a la media docena de pasos que di noté que ante mis mismos pies algo se movía y al instante vi frente a mí dos ojos que salían de entre la misma nieve. Era un hombre tendido en el suelo, perfectamente camuflado con una capa larga y blanca que le cubría todo el cuerpo. De un salto volví de nuevo a la cuneta; desde allí vi moverse más bultos blancos. Cruzé la carretera y observé que unos hombres desconocidos, con los fusiles en la cara, se dirigían hacia mí. Entonces quise correr atrás y de pronto noté que alguien me tiraba del fusil. Me volví rápido; empezó un forcejeo para no soltar el

arma, resbalé y al caer al suelo me sentí cogido por los brazos y por los piernas. Estaba rodeado por veinte hombres. Uno de mis camaradas estaba cubierto de sangre. Nuestro cabo, medio incorporado, se sujetaba el vientre con las manos en una indecible mueca de dolor. Antonio Peláez y Antonio Pérez venían aprensados vivos como yo. Aquel día era el último de mi libertad y el primero de mi cautiverio. Recuerdo que el jefe ruso de la patrulla, de un tironazo me arrebató mi reloj. Por última vez vi brillar la esfera entre aquellos guantazos enormes y se me quedó grabada su hora exacta: las diez y veinte. Esa era la hora.

Durante catorce años todas las horas iban a tener el mismo signo. La misma monotonía. El signo trágico del dolor, de la miseria, del hambre y del trabajo forzado.

LA PRIMERA NOCHE BUENA EN EL CAUTIVERIO

El cautiverio no podía empezar con peores augurios: interrogatorios sin fin, días enteros pisando la nieve y sufriendo el desprecio y la burla, mientras el hambre se iba presentando como un enemigo más a quien no había medio de combatir y, sobre todo, la incertidumbre y la duda de si era la muerte o eran las frías y eternas nieves de Siberia las que esperaban la llegada de estos hombres.

—Nuestra preocupación era no ir rumbo Norte, porque el solo nombre de Siberia nos helaba el corazón.

La expedición iba camino de Valdai.

—Llegamos a un edificio muy grande compuesto de varios pabellones. Primero entró el oficial. Después un militar ruso salió con una lista en la mano y, después de nombrarnos, nos condujeron a una nave de regulares dimensiones con una ventana defendida por gruesos barrotes. El suelo era de madera y a unos dos metros de las paredes había un tope de unos cinco centímetros, y desde él a la pared se encontraban extendidos unos haces de paja. Comprendimos que aquélla era nuestra lecho. Momentos después de nuestra llegada nos hicieron un registro minucioso, para el que nos desnudaron completamente. Allí quedó mi última medalla que, cosida al forro de mi guerrera, había podido salvar hasta entonces. Durante todo aquel día no comimos nada; únicamente al atardecer nos trajeron un poco de *chai*, especie de té, tan poco cargado, que era casi agua, y sin azúcar. Al día siguiente empezamos a recibir la ración reglamentaria de aquella prisión.

Valdai ha quedado grabado en la memoria de los divisionarios españoles como símbolo del hambre: por la mañana un jarrillo de *chai* y cien gramos de pan negro hecho con mezcla de centeno y patata, tan húmedo que al tocarlo se deshacía entre los dedos. A mediodía un plato de *capusta*, sopa de berzas, verde y amargo. Y nada más. La cena no existía.

—El invierno era crudísimo, uno de los más fríos desde hacía muchos años, según decían los mis-

Los rusos. En días sucesivos fuimos llamados uno a uno a presencia de un comisario que entendía algo de español para hacernos un largo y completo historial, en el que invertía largas horas. Estas llamadas eran siempre a altas horas de la noche. Todos íbamos perdiendo fuerzas poco a poco y veíamos cómo se nos aflojaba la ropa de manera alarmante. Y, sin embargo, el ánimo no se perdía y nunca faltaba un rasgo de humor o el gesto de hombría que nos confortara para sobrellevar con dignidad nuestra cruz.

Recuerdo que un día nos visitó un compositor de música ruso, que llegó con la pretensión de que le cantáramos canciones españolas. Llevaba un papel de música en la mano y nos animaba a cantar; pero aquel día no estábamos de humor y le mandamos con la música a otra parte. Dos horas más tarde, ya solos y porque nos dió la real gana, cantamos hasta enronquecer. Al final nos dormimos, húmedos, los ojos de rabia y de nostalgia.

Llegó el día 24 de diciembre. Era la primera Nochebuena de cautiverio. A las cuatro de la tarde comenzaba a cerrarse la noche y en silencio los prisioneros españoles se iban arrebujando por los rincones de la prisión, tapándose hasta las cabezas para quedarse a solas con sus nostalgias y sus recuerdos. El día 29 de diciembre de 1941, en la cárcel prisión de Valdai se recibió una orden: orden de marcha.

A media mañana salimos camino de la estación de ferrocarril. Íbamos de a cuatro entre los centinelas armados. Se nos dieron órdenes severísimas de no quebrantar la formación y no hablar una palabra. En la estación nos esperaban cuatro vagones de mercancías. Nadie sabía dónde íbamos.

A 59 GRADOS BAJO CERO

El punto de destino era el primer campo de concentración. El campo número 74, junto al pueblo de Oranky. Allí en las barracas, consumidos ya por las horas interminables de trabajo había otros españoles divisionarios. Allí estaban, entre otros José María González, Mariano de la Torre, Vázquez, Gallardo, Mata y José Montaña. En total, veintiseis españoles. La comida no iba a mejorar mucho: tres raciones de sopa caliente al día, cuatrocientos gramos de pan y ocho gramos de azúcar.

El invierno siguió siendo intensísimo, y en este campo es donde recuerdo haber visto marcada, en un termómetro que había a la puerta del cuerpo de guardia, la más baja temperatura de toda mi larga estancia en Rusia: 59 grados bajo cero. Los servicios del interior del campo eran todos atendidos por prisioneros. Los rusos se limitaban a la vigilancia y al control. La cocina estaba servida por almanes. Nosotros teníamos en exclusiva controlado un enorme cajón que había a pocos metros de la cocina, en el que se depositaban las barracas, y establecido un servicio de búsqueda que siempre daba buen contingente de mondas de patatas

y desperdicios de zanahorias. Todos procurábamos evitar cualquier ocasión en que pudiéramos utilizarnos para el trabajo e incluso intentábamos escaparnos cuando nos llamaban. Nuestra resistencia a esto era clara y los rusos echaban siempre mano de los prisioneros de otras nacionalidades, siempre menos discolos que nosotros. Este era el motivo de que constantemente hubiera algún grupo de españoles sufriendo arresto en la cárcel. El régimen carcelario era severísimo: una celda estrecha con piso de cemento en el que con frecuencia vertían cubos de agua helada para que los presos no pudieran sentarse. Cada dos días servían media ración de comida. La cárcel es el método más cruel que usan los rusos. Yo estuve cuatro veces preso. La cárcel es como una gigantesca camisa de fuerza. No rendir en el trabajo, no producir la «norma» o las huelgas son las causas más comunes por las que frecuentábamos estos lugares indescribibles.

En el campo 74 cayó enfermo uno de los mejores camaradas de Eusebio Calavia. Se llamaba José Montaña. Era un malagueño simpático, decidido, siempre dispuesto a ayudar a los compañeros:

—Todavía unos días antes de enfermarme recuerdo cómo se arriesgó subiendo hasta el tejado de la cárcel para llevar comida a los presos a media noche. Padecía una gran anemia con disenteria.

Inesperadamente y sin explicación alguna a algunos de los concentrados les fue aumentada la ración en este campo. Quince días más tarde todos comprendieron la razón:

—El 10 de abril de 1942 fuimos nombrados y recibimos orden de prepararnos para un transporte. Los trágicos transportes de los prisioneros en Rusia son la antecámara de la muerte por las enormes distancias que hay que recorrer en condiciones infrahumanas. Algunos días después de abandonar nosotros el campo, supimos por los alemanes que José Montaña se negó a tomar alimento y encerrado en un mutismo total, expiró a los tres días de nuestra despedida.

BODA EN UNA IGLESIA DE MADRID

Después de veintitrés días en aquella cárcel rodante, Eusebio Calavia y sus compañeros llegaban a otro campo de concentración. Era el campo número 99, el campo de Karaganda. Karaganda batiría el record de hambre y el del trabajo.

—A los pocos días de llegar, vi a unos hombres tendidos en tierra. Les pregunté qué hacían y me indicaron que estaban comiendo: Al acercarme, lo confirmé y me estremecí: aquellos hombres estaban pastando. El espectáculo me dejó atónito; sus sombras esqueléticas, apoyándose en los codos, iban arrastrándose lentamente sobre el césped, dejando atrás el reguero de la hierba rasurada. Me temblaron las piernas. Sin embargo, diez días después, yo también iría a buscar aquellas hierbas.

Durante los catorce años, la lista de los campos de concentra-



Eusebio Calavia recuerda con minuciosa fidelidad histórica la trágica odisea de los voluntarios españoles en los campos rusos de concentración

ción se iría agrandando. Hoy Eusebio Calavia me va delectando los raros nombres de Potma, de Ufa, de Jarkov, de Kiev, de Chernopovets, de Borovich, de Sverdlovsk, de Kranispol, de Odesa. Mientras habla, sus ojos se pierden en no sé qué lejanías. Todos esos nombres le traen recuerdos demasiado dolorosos y, al final, como colofón, Eusebio afirma:

—Era cierto: en Rusia no se fusilaba. Nos íbamos aniquilando lentamente, despacio, gota a gota.

Después añade:

—Cuando nos dieron la noticia de la repatriación, nadie la creyó. Nos habían engañado muchas veces. Muchas veces, cuando nos metían en aquellos vagones-carceles y preguntábamos a dónde nos llevaban, nos respondían: «Dámelo, dámelo», a casa, a casa. Después nos dejaban tirados en otros campos, donde el cautiverio se iba haciendo cada día más insufrible. Cuando nos vimos en el barco y el «Semíramis» soltó amarros, todos nos parecía mentira. Era como volver a la vida, como volver a nacer, y cuando divisamos tierra española, nos abrazamos con gritos de una alegría indecible. Tampoco esas horas son para contárselas.

Dos años después de saltar a tierra en el puerto de Barcelona, el día 2 de abril de este año y a la misma hora en que había desembarcado, Eusebio Calavia contraería matrimonio en una iglesia de Madrid. Su esposa se llama María de las Nieves. Hoy viven en el número 259 de la calle del General Mola en la capital de España. El trabaja como auxiliar administrativo en el Instituto Nacional de Previsión, en la calle de Sagasta. Atrás han quedado esos catorce años que en Eusebio, como en todos los divisionarios, han dejado la huella profunda del dolor en sus carnes y del recuerdo monstruoso en sus almas.

—Es como volver a la vida— sigue diciendo y repitiendo Eusebio Calavia—. Fuimos enterrados en Rusia y... hemos resucitado.

E. LINDELL



AQUELA mañana María Luisa se despertó sobresaltada con el temor de llegar tarde al concierto. A instancia de Carolina, su amiga y compañera de trabajo, había acabado por acceder a sus deseos, comprometiéndose a acompañarla durante la audición de la «Novena Sinfonía», que la Orquesta Filarmónica iba a dar, con gran despliegue de voces corales, en el Palacio de la Música.

Para María Luisa esta novedad suponía un penoso esfuerzo. Estaba acostumbrada a emperezarse en la molición del lecho, porque el largo rosario de los días laborables la había enrolado en el mecanismo puntual de un horario inexorable. En su vida de oficinista—vida lisa, apacible, sin espirituales promontorios—, sentía, sin embargo, la brumada fatiga que el paso de las horas deja en el ánimo, cuando el tiempo se sucede idéntico a sí mismo y nada conmueve su rutinario curso. Entonces, tras una semana exenta, como otras muchas, de un aliciente recordable, advenía el domingo, aureolado de esa alegría limpiada, tan madrileña, que antaño, siendo todavía estudiante, le penetraba gozosa y se le subía a la cabeza igual que si apurase un zumo ardiente. Aquellos domingos, libres de enojosos estudios, fuera del ámbito hosco, entumecedor del Instituto, la encendían en ilusionados proyectos, abrían a su estremecido corazón—la confusa ansiedad de la adolescencia—inciertas bellezas que, a buen seguro pronto serían transformadas en visiones concretas, en realidades apasionantes...

Pero ahora las cosas habían cambiado. Ahora todo era distinto; distinto y como impregnado de tristeza. Ya no gustaba adentrarse en el hervor matinal del domingo, ni le fascinaba el estallido luminoso de la ciudad, irisado de anuncios multicolores, de luces rojas como bengalas, que hendían la noche y la daban un aspecto rutilante y fantasmagórico. Tampoco le renacían deseos de caminar, hasta sentirse rendida, por las zonas que confinan a Madrid, o ingresando, a la caída de la tarde, bajo un crepúsculo veteado de tonos dorados y grises, en el vasto perímetro donde se eleva la Ciudad Universitaria. Una desgana creciente, un lento marasmo físico domeñaba su voluntad de acción, reduciéndola a inmovilizarse en la modorra de la duermevela. En verdad resultaba grato el abandono del cuerpo, aquella cariciosa blandura, aunque un sentimiento vergonzante aflorara de súbito y la intimidara a mostrarse ac-

NOVENA SINFONIA

NOVELA, por Santiago MELERO

tiva. Y era agradable, entre otras razones, porque el fragor tumultuoso de la calle ascendía a sus oídos de tal modo imperceptible, tan vago y lejano, que semejava encontrarse inmersa en alguna cámara recóndita y no en la habitación exterior de una céntrica plazuela. Sabía que abajo sonaba estridente el interminable clamor de la urbe, que hombres y mujeres ambulaban con vertiginoso afán, tal vez desazonados por la angustia de llegar tarde al sitio previsto.

Y aquella fría mañana logró vencer la cálida atracción que la cama le brindaba. Saltó decidida, comprobó que tenía tiempo sobrado y, ya más calmada, pasó al tocador. Mientras se peinaba con moroso cuidado, su imaginación la condujo al despacho, donde todos los días, mañana y tarde, desempeñaba su cometido de taquimecanógrafa. Allí estaban, como siempre, vivaces e inquietos, los demás empleados que componían el reducido mundo de la oficina. En primer término, emergiendo como una imagen perfectamente individualizada, vio gura humana perfectamente individualizada, vio a don Pedro, el gerente, un hombre miope, bajo y mantecoso, que emitía órdenes constantes a través de una vocecilla insignificante. Lo vio caminar apresurado, con paso trotón de perrito pekinés, falto de resuello y aspeando, gesticulante, los cortos brazos, a la manera de una marioneta grotesca. Después se le apareció nitido, parapetado detrás de sus descomunales gafas, que lanzaban agudos destellos, el puntilloso Antón—el señor Bagarrientos conforme el ritual burocrático—, quien esperaba anhelante las crudas jornadas de invierno, cuanto más desapacibles mejor, porque don Pedro tenía que guardar cama cada tres por cuatro, a consecuencia de una bronquitis crónica, y así podía, al reemplazarle como segundo jerárquico, ejercitar las iniciativas organizadoras que le bullían en el cerebro, única manera, según él, de imprimir a los asuntos un ritmo eficiente. Luego sus recuerdos dotaron de forma corpórea a la sentimental Carolina, la increíble, la pertinaz romántica, una cabeza rubia debilitada por el morbo avasallador de cientos de novelas adobadas con todos los ingredientes heroicos, vanamente her-

mosos y llenos de meliflua bondad, conque algunos plumíferos insensatos entontecen a miles de lectoras ingenuas. En este sentido, Carolina significaba un acabado exponente de voracidad novelesca. Y había conseguido de tal modo desdoblarse su personalidad en dos entidades yuxtapuestas, que podía pasarse horas enteras copiando prolijos informes, a la vez que su fantasía galopaba emocionada en busca de espectaculares aventuras, las cuales, como es lógico, no podían ocurrir, sino en lejanos países. Bien es verdad que esta propensión viajera, sostenida sin desmayo y hasta embellecida con excitantes arrebatos pasionales, solía terminar de mala manera. Pues aunque las manos tecleaban vertiginosas, con perfecto automatismo, lo cierto es que aquellos embriagadores episodios, en los que, como personaje central se hallaba comprometida, le acarreaban omisiones de palabras y párrafos y, claro está, continuas amonestaciones por parte del jefe. Pero Carolina ya no podía cambiar su rumorosa cabeza; estaba dispuesta a evadirse en todo momento de las agobiantes materialidades que la envolvían, aun sin proponerse, aun sin desearlo en ocasiones y nadie podía evitarlo. Había nacido o se había educado con hábitos irresistibles a la ensonación, y sin duda, esa sería, bueno o malo, su destino: en cambio, otras mujeres eran torpes, egoístas o perversas. Y en ningún caso debía causar extrañeza tanta variedad tipológica, pues todas son hijas de Eva...

De pronto, la voz de doña Concha, de su envidada madre, una vez más, ligeramente irritada, dejóse oír desde la pieza contigua. María Luisa, contrariada, tuvo que cortar el fluido esabón de sus evocaciones.

—Vamos, Marisa, ¿puede saberse qué haces ahí? Si no te das prisa, llegarás tarde al concierto.

—Ya voy, mamá—contestó María Luisa, sobresaltándose, como si la hubiesen atrapado en la comisión de un delito.

Ciertamente, la advertencia de su madre le hizo sentirse culpable, una vez más, de un fastidioso atolondramiento. Frente a doña Concha, siempre experimentaba la misma sensación de poquedad, la misma impresión de que resultaba un ser desvalido necesariamente sujeto a la previsión materna. Desde niña, a pesar de que entonces vivía su padre—un hombre, por cierto, inflexible, pero dócil a las inclinaciones de su mujer—, todos sus actos habían sido dirigidos por la autoritaria voluntad de doña Concha; una autoridad vigilante, incesante, admonitoria, que no admitía réplica. Años atrás, apenas recién cumplidos los dieciocho, María Luisa aceptó complacida la compañía de un muchacho resuelto, algo taciturno a ráfagas, pero que irradiaba una viril seguridad. A su lado, ella iba confiada y orgullosa porque el joven, llegado el caso, respondía con implacable firmeza a las miradas excesivamente insolentes de algunos individuos mal encarados; de su resolución y desembarazo se podía deducir que estaba dispuesto a protegerla contra cualquier asechanza. Se trataba, en efecto, de un muchacho de recia compleción y, probablemente, gran batallador en todos los órdenes. En suma, parecía encarnar el tipo del triunfador actual: una sólida aleación de audacia y sangre fría.

Durante los meses que salieron juntos fueron a bailar a las más elegantes «boites» de Madrid. En estos lugares propicios al diálogo íntimo, la conversación, lejos de hacerse suasoria, dúcil a tiernas efusiones, se arrastraba lánguida porque él conservaba especial empeño en no perder ningún bailable, y en los breves intervalos en que cesaba la música, solía caer en un reconcentrado mutismo, del que ni siquiera bastaban a despertarle las continuas provisiones de «whisky» que ingería. Y aunque ella no aprobara, ni mucho menos, aquel immoderado uso del alcohol, por más que sus frecuentes exhortaciones prohibitivas no hicieron mélica en el ánimo del muchacho, lo evidente es que a María Luisa no le sobresaltaban demasiado tales flaquezas. Al fin y al cabo—se decía a sí misma, burlando sus tradicionales convicciones respecto al particular—, él no perdía nunca los estribos, lo que patentizaba su correcto comportamiento; y buena prueba de que la profesaba cuidadoso respeto, es que jamás incurría en la grosería de embriagarse en su presencia, por grandes que fueran los excesos cometidos. Con ello ponía de relieve—y de este modo pretendía destruir los temores que, pese a todo, seguían asaltándola—que él era un hombre de cuerpo entero, inmunizado contra los efectos de la bebida, a diferencia de otros de mezquina naturaleza, seres inermes estúpidamente envilecidos por los estragos de un vicio que no podían sobrellevar. Y saltando por encima de lo que, en el peor de los

casos, ya sólo vislumbraba como un pequeño defecto, a todas luces disculpable, las compensaciones que él sabía ofrecerle con incansante solicitud y generoso desprendimiento, bastaban para exculparlo de severas censuras. Porque, eso sí, aquel gesto encantador con que distraídamente sacaba del bolsillo algún costoso regalo, depositándolo en las trémulas manos de ella, mientras contemplaba, divertido, la mezcla de asombro y contento que se iba dibujando en el semblante de su novia, reavivaba en ella una conmovida gratitud difícil de olvidar. En fin, resultaba incuestionable que María Luisa se había enamorado.

Cuando doña Concha tuvo fiel conocimiento de las relaciones amorosas de su hija con aquel joven, nada hacía presumir que en principio las juzgase reprobables. Pero a medida que doña Concha fué indagando, mediante atinadas preguntas, cuál era el género de vida, los gustos y el temperamento de su presunto yerno, su rostro se fué ensombreciendo progresivamente. Se apreciaba que en su fuero interno tales devaneos no le inspiraban suficiente simpatía, y que alguna cautelosa reserva se le había incrustado en la mente.

Una noche María Luisa se presentó en casa con desusada tardanza. Había estado bailando más de la cuenta, imbuída de esa pléthora bulliciosa que comunica el champaña después de abundantes libaciones; había bailado envuelta en un frenético torbellino, artificialmente arrebatada, sin clara conciencia de que entre tanto el reloj avanzaba imperterrita, y de que su madre estaría esperándola acuciada de incertidumbre. Doña Concha, al ver a su hija teñida de sofoco, presa de alteración, comprendió inmediatamente lo que había sucedido; pero la recibió hierática, sin proferir ninguna queja, sin expresar ningún reproche. Madurada su experiencia por larga tutela, sabía calcular los impactos silenciosos, y los usaba diestramente acomodados a sus ulteriores intenciones.

La verdad es que María Luisa hubiera preferido que su madre se mostrara irascible, pues tampoco desconocía que aquellos enfados contenidos pesaban determinaciones nada tranquilizadoras. Y así fué. Pasado un rato expectante, cuando la madre se decidió a hablar, lo hizo lenta y septicionalmente, sin dar pie a la más leve esperanza. En este instante, la madre semejava una sibila profética, una misteriosa sacerdotisa ungida de predeterminaciones.

—Confío que, en lo sucesivo, no sólo te recogerás a tiempo, como toda señorita que se precie en algo, sino que también tratarás de apartarte por completo de ese peligroso muchacho—luego prosiguió gravemente, dando a entender que estas palabras habían sido meditadas tras largas cavilaciones y que cualquier intento de rectificación tropezaría



con su cerrada negativa—. Por lo que me has contado de él, y por lo que yo desgraciadamente adivino, he llegado a la conclusión de que ese hombre no puede proporcionarte la felicidad, a que aspiras. En consecuencia—exclamó enérgica, considerando que así zanjaba la cuestión—, hazte a la idea de que él no existe, al menos para ti... Con esto quiero advertirte—añadió, dulcificando un poco la voz—que, en cuanto de mí dependa, aunque sepa que de momento voy a causarte tristeza, estoy obligada a impedir que estas relaciones continúen. Y puedes fácilmente suponer, que no es el capricho, ni la ligereza, lo que me mueve a alejarte de él. Si viviera tu padre—apoyó solemne, acaso para apoyarse en una especie de mandato ultraterreno de que ella deseaba ser fiel intérprete—, si viviera tu padre—insistió agorera—obraría de igual modo. No lo dudes, hija mía.

Y su trabada entereza quedó súbitamente abatida, como si todas las potencias anímicas se le hubieran dislacerado, porque de pronto empezó a temer que nadie, ni siquiera ella misma podía predecir que aquel hombre u otro distinto, fuera incapaz de hacer feliz a su hija. Empezó a temer en la posibilidad de que su instinto resultara equivocado, de que su intromisión no fuera lícita, a pesar de todo; y a pesar, incluso, de los inviolables derechos maternos que implícitamente acababa de invocar. Y pensando si no habría cometido una torpeza irreparable, sintióse acongojada como jamás lo estuvo. Pero aquellas dudas que la mortificaban sin cesar, que se alzaban ante su conciencia reduciéndola, no trascendieron a su hija; las ocultó entrañablemente.

A María Luisa la decisión de su madre le pesaba como una brutal afrenta, como una tiránica imposición que no debía soportar. Sin embargo, comprendía que toda resistencia por su parte habría de ser inútil y, a la larga, quizá perjudicial. No tenía, pues, otro recurso que esperar estoicamente a que le llegase la mayoría de edad. Y a fin de consolarse de tanta desventura, pues se creía aherrojada por las ciegas fuerzas del Destino, comenzó a fraguar idílicas peripecias junto al hombre amado, quien también demostraba poseer un temple a prueba de infortunios. Rebotante de ventura remota, María Luisa conjeturaba que si su amor había de escalar las cimas de la perfección—y a ello tendía todo su ser—, antes necesitaba apurar la vía purgativa, la catarsis, fortaleciéndose y depurándose en la adversidad. Así les había sucedido a los amantes inmortales de que tenía conocimiento, y estaba escrito que así había de sucederle a ella.

Pero los hechos se produjeron contrariamente a las esforzadas fantasías que María Luisa barajaba, encandecida de lirismo épico. Un suceso imprevisto, que sobrevino días más tarde, cambió el curso de los acontecimientos. Sirvió, sobre todo, para que entre las dos mujeres se restableciera la armonía, la paz interior que tanto echaban de menos, y que a veces las hacía sentirse distantes, como extrañas obligadas a convivir bajo el mismo techo. Fué a poco de llegar la hija de la oficina. Doña Concha estaba sentada, en actitud pensativa, con la imperturbable serenidad de la mujer habituada al sufrimiento. De sus facciones se habían disipado las huellas de disgusto que en los días anteriores no la abandonaron. Se percibía en seguida que un inmenso alivio, una alegría honda, recién sentida, acababa de brotarle. Con las manos plegadas sobre el regazo sostenía un periódico entreabierto. María Luisa balbució, como de costumbre, un saludo displicente; después se despojó del abrigo, lo arrojó sobre un sillón y, con flexible agilidad, mostrando la rotunda esbitez de su cuerpo pleno de pujanza, avanzó unos pasos y encendió el receptor, colocado sobre una repisa revestida de tela ocre y labrada con primoroso encaje. Al intentar girar el botón del sintonizador, la madre la llamó suavemente.

—Ven aquí, Marisa; hay algo que debes leer—y la entregó el periódico, al tiempo que deslizo sobre su hija una mirada indulgente. Tras breve pausa, agregó afligida:—Por desdicha, la realidad ha superado todas mis prevenciones. Ahí tienes retratado al hombre, tal y como es, y no como tú usualmente lo veías—concluyó desesperanzada.

En gruesos titulares, encabecando una de las páginas del diario, María Luisa leyó presurosa la insólita noticia: «Detención de un joven estafador. El importe de lo defraudado excede del medio millón de pesetas. Según parece, frecuentaba los más lujosos establecimientos de la capital.» A continuación, en varias columnas de nutrido texto, se detallaban el nombre y filiación del sujeto, los antecedentes y desarrollo de las actividades punibles lle-

vadas a cabo, y la relación de cargos que, a tenor de los hechos conocidos, se le imputaban.

No pudo terminar la lectura. Un dolor nuevo, insospechado, terriblemente angustioso, la conmovió por dentro, subiéndosele a la garganta como una oleada caudalosa imposible de contener. Lloró; lloró sin poderlo evitar. Tenía que deshacer el nudo opresivo que parecía estrangularla. Era un sufrimiento de distinta naturaleza a todos los que había experimentado, incluso diferente al que le sobrecogió, siendo ya mayor, cuando se enteró de la muerte de su padre. Lo acabado ahora de recordar con vívida intensidad. Entonces estaba preparada para recibir en cualquier instante el desenlace funesto. Le tocó presenciar, durante noches inacabables, insomnes, aquella dilatada agonía, cuyos espasmos, cada vez más amortiguados, denunciaban claramente la inminencia del tránsito. Y cuando al fin se produjo éste, cuando el suceso irremediable anuló aciago las escasas esperanzas de mejoría que ella todavía acariciaba, una resignación inesperada, apaciguadora, la invadió por entero. Había ocurrido lo que se resistía a admitir, pero que, no obstante, no dejaba de alzarse como una amenaza inexorable presta a cumplirse. Así, el dolor continuado, lacerante, fué aminorándose hasta trocarse en una paciente desesperación. Más tarde se adueñó de ella un ansia irreflexiva de paralización física, un apático embotamiento que la impulsaba a permanecer inmóvil, fuera del tiempo y del espacio, bajo el influjo de una soñolencia puramente animal; vivía ajena del mundo exterior y de las propias exigencias orgánicas, que pugaban por restituir a su abatido cuerpo la normalidad funcional. Pero este dolor de ahora, asociado a un hombre al que no le ligaba ningún vínculo familiar, este dolor instantáneo, casi primario, que parecía engendrado por una cruenta pesadilla no lo había sentido jamás; e ignoraba, por descontento, que pudiera darse en la especie humana, y, menos aún, que se manifestase con signos tan cruelmente insoportables.

—Cálmate. No debes preocuparte. Ese joven no suponía ya nada para ti, ni lo supuso antes, aunque todavía no estés en condiciones de reconocerlo.

Desde entonces, María Luisa intensificó su devoto acatamiento a doña Concha. Y ésta, aunque no había tenido necesidad de emplear ningún rigor conservaba íntegro y latente el genio indomable que siempre la distinguía de por vida. Pero la idea de plegarse a las conveniencias si volviera a repetirse como esperaba, otro enamoramiento de su hija lo seguía manteniendo con saludable terquedad. Porque, de tarde en tarde, su viejo corazón, aquella viscera que amenazaba detenerse según pronósticos del médico, le instaba a que no seja. Su deber fundamental consistía, por tanto, en impedir que María Luisa llegara a ser hembra solitaria; que, andando el tiempo, quedara estéril y reseca. De lo demás, Dios proveería.

—No tengo apetito. Tomaré el café solo—dijo María Luisa rehusando la bandeja colmada de pastas caseras que le ofrecía su madre. E inmediatamente apuró el contenido de un tazón humeante. A marchas forzadas, pues la hora del concierto estaba al caer, se aplicó el «rouge» a los labios, introdujo la barra en el bolso y se dispuso a salir. Todavía tuvo que retroceder unos pasos para dar a su madre el beso ritual de despedida.

II

Cuando la orquesta inició los primeros acordes de la «Novena Sinfonía», el espíritu de María Luisa estaba cerrado a toda incitación musical; se sentía dominada por una vaga sensación de malestar. Para ella, no iniciada en los misterios inefables de la música, el interés preferente del espectáculo no radicaba en la exposición preliminar, indecisa, con que Beethoven esboza el motivo melódico como transición gradual a las variaciones que más tarde irrumpirán vigorosas, sino al auditorio, también vario y multiforme, que llenaba la sala. Movida de penetrante curiosidad, trataba de apresar el secreto emocional de la gente allí congregada, cuyo abstrorto mutismo parecía emanar de estratos profundos de zonas herméticas del alma imposibles de avizorar. Sin duda alguna—arguyó para sus adentros—, tales seres estaban dotados de una sensibilidad depurada o especialmente urdida, de que ella carecía. Al adquirir esta certidumbre, su estupeor fué cediendo y relajándose; quiso, por último, desentenderse de cuanto veía y oía. Mas en segui-

da lo rechazó, porque le pareció vano y pueril; además era impracticable, puesto que la orquesta seguía desarrollando el tema sinfónico sumisa a la disciplina magnética del director, que dirigía aquel ordenado estruendo con agitación o parsimonia alargándose o contrayéndose como un muñeco de goma que se aplasta y se rehace por sí solo.

Observo acechante a su izquierda, pero atisbando con el raballo del ojo. Junto a ella, Carolina, la contumaz romántica, la muchacha atiborrada de quimeras, que siempre se le había antojado vulgar, a pesar de sus nobles predilecciones, parecía aragada en dulce geliquio. Estática, con la cabeza atada absorbía literalmente una tras otra las notas que la orquesta lanzaba al espacio sin descanso. ¿Qué inaudito fenómeno estaba presenciando?, se preguntó María Luisa. ¿Por qué al extender la mirada sobre el público allí presente—hombres y mujeres de todas las edades— se repetía la misma expresión arcana, el mismo gozo introspectivo?, interrogó aún desconcertada. ¿Sería posible que aquellos seres heterogéneos, visiblemente dispares cuyas vidas se proyectaban hacia fines distintos se hubieran fundido en una conciencia anónima? Y todavía más: ¿Sería posible—inquirió de nuevo— interesada en agotar la fuerza del raciocinio—que el lenguaje musical, el pensamiento concreto e individualizado de Beethoven pudiera entenderse como lo cabal hasta el punto de que cualquier oyente sensible fuera capaz de reproducirlo sin la más mínima alteración originaria? ¿Es que las oraciones definitorias de la música tendrían validez universal, según ella había leído y serían realmente medios cognoscitivos tan exhaustivos y ciertos como los empleados mediante el uso de la palabra? ¿Y si la música no fuera más que una pura irrealidad una disociación de imágenes incapaces de expresar ningún estado psíquico particular, aunque luego, por virtud del temperamento emotivo y de la facultad idealizadora de cada cual, contribuyera a excitar los estímulos asociativos del oyente? En este caso la música sólo serviría a lo sumo, para remover recuerdos y emociones personales del auditorio, quizá adormecidos; pero no valdría para actualizar o recrear los exactos sentimientos que inquietaron al compositor cuando los aminoró y trasladó al pentagrama por la sencilla razón de que tales sentimientos, al ser transferidos del campo intelectual del artista al plano auditivo del cuerpo sonoro en vibración, no pasaban de ser meras abstracciones incoherentes, balbucos torpes e ininteligibles que no merecían la pena escucharse con seriedad. Por tanto—concluyó—resultaba incuestionable que no podía existir sincronización posible entre la idea y el vehículo sonoro que intentaba captarla inútilmente.

Al abocar a esta hipótesis, María Luisa sintiose en parte, regocijada. Porque empezó a sospechar que aquel público fervido fingía emociones superiores para no desentenderse con el melomano entendido, de escaso número, que habría asistido al concierto; ese tipo pedante que se reputaba especializado, como legítimo gustador de esencias musicales, y del que desde ahora ya sabía a que atenerse. ¡Ah, si pudiera desenmascarar a todos los que allí posaban de exquisitos! Si se fuera dable sondear sus almas y descubrir el juego subrepticio de sus idiotas evocaciones, ¡qué disparatado espectáculo qué monstruoso y abigarrado masoico se ofrecería a sus ojos! ¿En qué estaría pensando, por ejemplo, su amiga Carolina? ¿Acaso en un paisaje de palmeras mecidas por la brisa tropical bajo un cielo radiante? Tal vez sus figuraciones eran, por el contrario, más humildes y prosaicas y todo se reducía a inventariar la distributiva equitativa de la próxima paga extraordinaria si es que antes no la consumía a base de anticipos, cosa, por lo demás, harto probable.

Pero María Luisa no lograba sosegar. No le bastaron los juicios peyorativos con que pretendía salir del paso, desplazando su propio problema, porque lo innegable es que al margen de los demás, expertos o «snobs», se daba en ella se estaba dando de un modo fehaciente, una rotunda incompreensión para sentir la música sinfónica; es decir, no podía negar que estaba asistiendo a un hecho artístico provisto de realidad, por subjetivo y deficiente que fuere, y ni su inteligencia ni su espíritu se aprestaban a recoger el mensaje que Beethoven había legado a la Humanidad. ¿Con qué derecho, entonces, pretendía burlarse de aquel público, cuyo arrobo ininterrumpido era el mejor tes-



timonio de la identificación existente entre él y el músico? Lo cierto es que se estaba comportando como una necia. Y sus apreciaciones, formuladas sin ninguna experiencia en que apoyarse, demostraban a las claras lo insidioso de las musas.

Cuando María Luisa arribó a esta nueva tesis le acometió el desso de marcharse, de huir de aquel ambiente cargado de sentimientos complejos que en su cerebro no tenían cabida. Pero no lo hizo; resultaba violento y, sobre todo, hubiera puesto de relieve la perplejidad en que se debatía. Por otra parte, su amiga Carolina, a la que acababa de rehabilitar in mente, se habría escandalizado notoriamente de simple o de insensible, pues ya no dudaba que ambos calificativos podían serle igualmente aplicados con estricta justicia.

Entretanto, la orquesta dió paso a la intervención coral. Al fondo del escenario, detrás de la última fila de profesores el grupo compacto de orfeonistas se erguía en semicírculo. Albas vestiduras y negros trajes de etiqueta entre susurros de papel pautado. La melodía vase transformando (in modo de un recitativo). La simbiosis instrumental y oral comienza a aglutinarse en un todo concertado. El «Allegro assai» resuena humanizado con el canto potente del barítono y el trasfondo coral que le acompaña. Desde este momento ella siente que algo insólito le acontece. Su espíritu parece ascender a una esfera suprasensible. Sin transición apenas, el movimiento cuarto sigue desarrollándose, ahora con ritmo «vivace» (Alla marcia) como una alborada mística precursora de bienandanzas. Y es el tenor, secundado por el cuarteto, y el coro secundario quienes entonan nuevamente su alegre ofrenda. María Luisa percibe que resortes nunca pulsados vibran en su interior, produciéndola inédito deleite. Beethoven va a coronar el grandioso «difficil», va a alcanzar la síntesis suprema de su genio impar. La polifonía solemne del «candante maestro» emerge fragante, y un mundo limpio, como recién creado, desgrana su misterio inefable. Y, por último, sobreviene el himno jocundo, el goce exultante, sobrenatural, con que el alma vierte su amor a la Divinidad. Todas las voces agrupadas, densas ardientes; todo el cortejo orquestal, el estremecido ámbito, el público, suspenso de emoción; todo se ha hecho pura esencia metafísica.

Esto es lo que a María Luisa se le reveló súbitamente en un «improntu» apasionado. Había sido arrebatada, en efecto por un portentoso milagro de integración, por la mágica ensambadura que la música hace brotar, aunque sea fugazmente, hasta en las personas menos dúctiles a estos festejos del espíritu.

Las dos amigas se pusieron en pie. Acababa de

terminar aquella magna apoteosis, María Luisa intentó encajarse el abrigo pero los apretones del público no la permitían accionar con desembarazo. Alguien sin embargo, la ayudó por detrás.

—Perdone —oyó a sus espaldas—. Me pareció oportuno hacerlo...

Ella introdujo sus finas manos en los guantes de piel. Mientras realizaba esta breve operación estuvo estudiando al desconocido. Era un joven alto, espigado, de ojos claros. Parecía evidente que, a primera vista, le complacía.

—Gracias... Ha sido usted muy amable... —respondió María Luisa, sonriendo.

Se produjo un corto silencio un silencio precursor de largas conversaciones. Carolina ardía en deseos de hablar.

—Estaba pensando que nunca la había visto hasta ahora. Bueno; usted ya me comprende. Quiero decir que hasta hoy no la había visto en ningún concierto—dijo él con forzada soltura, pero dispuesto a entablar conversación a toda costa.

—Debe usted llevar un control minucioso del público que frecuenta los conciertos. Supongo que recordar a tanta gente le proporcionará un trabajo abrumador. ¿No es así?—y se echó a reír. De improviso su rostro se endureció y sus ojos adquirieron una expresión recelosa. Y balbució apenadamente: —Decía usted que hasta hoy no me había visto en estos lugares... ¿Es que acaso me conocía de otros?

—No. Le aseguro que no. Sólo recuerdo haberla visto en mi imaginación. Ahí, sí; y, por cierto muchas veces. Pero comprendo que esta frase, por demasiado tópica, le parecerá trivial.

—¡Oh, no!—terció Carolina, que no había perdido silaba—. Y como si desplegara una tela recamada de oro y pedrería, se dispuso a lucir ante aquel joven de aspecto inteligente la exquisitez de su alma incomprendida. Quería demostrarle que si ella no era tan atractiva como su amiga, en cambio podía aventajarla en delicadeza de sentimientos. Con su acento más aterciopelado musitó nostálgica:

—Todos los seres especialmente sensibles son imos premoniciones vislumbramos nuestros ideales de belleza antes de que la realidad los materialice. Lo que ocurre —agregó con suavidad— es que a veces tardan en mostrarse visibles, y hasta que llegamos a sobresalir el dolor de la espera.

Enmudeció. Estaba satisfecha de la pulida redondez con que había vertido al lenguaje su serena desesperanza. Y no importaba que la misma idea se con idénticas palabras, la hubiera repetido incontable número de veces. Lo pasmoso en verdad es que la horrible y sucia realidad que la vida ofrece a todas horas no había podido vencerla. Y al instante dió forma plástica a su hado adverso y no pudo hallar símbolo más cruel y cierto que la propia oficina, donde su alma impoluta padecía diariamente amarga reclusión.

Salieron a la calle. El viento de la mañana había cesado. Empezaron a caer gruesas gotas de lluvia. Carolina, inculceta, precipitó la despedida:

—Me voy antes de que me pille el chaparrón. Bien —continuó, tendiendo la mano al joven—, celebros conocerle, señor...

—Lizardi. Fernando Lizardi, para servirle— afirmó el joven, inclinando la cabeza.

—Mi nombre es Carolina —hizo una corta pausa—. Y el de mi amiga...

—María Luisa —completó la interesada, a quien la oficiosidad de su amiga le parecía un tanto intrusiva.

—Puesto que ha decidido irse —dijo él encarándose con Carolina y deseando de verdad que se marchara—, confío en que pronto tendremos ocasión de reanudar esta charla. Presiento que no ha interpretado usted exactamente el sentido de mis anteriores palabras, y me gustaría, por tratarse después de todo, de una gentil aliada, ver hasta qué punto puedo considerarla así en justicia.

Un rictus burlón, casi imperceptible, se le dibujó en las comisuras de la boca.

—Sí..., sí..., ya hablaremos de eso. No faltaba más. ¡Adiós! ¡Adiós!

Carolina escapó corriendo con un macizo temblor en su doncellona figura. Poco después dobló Callao y se internó por la calle de Preciados, que se alargaba solitaria, sin más tráfico que un ruidoso tranvía surcando por en medio de ella. Luego Carolina desapareció al adentrarse, allá al fondo, en la Puerta del Sol también vacía de gente y de coches.

Fernando y María Luisa echaron a andar Gran Vía abajo. Caminaron buen trecho sin decirse nada sin mirarse siquiera. Parecían viejos amigos que, tras animado debate, conciertan un tácito parén-

tesis mientras meditan sobre ellos mismos o sobre la manera de sustentar nuevos puntos de vista en torno a una cuestión ya controvertida.

El tropel de nubes se había fundido en una mancha oscura, amenazadora; seguían cayendo intermitentes gotas de agua. María Luisa, al fin, interrumpió:

—No parece que esté usted de acuerdo con la teoría esbozada por mi amiga. Si es así, ¿le importaría aclararme en qué discrepa?

—A mi juicio, resulta artificiosa. Es a todas luces falsa. Y todavía algo peor: es increíblemente ingenua. En su amiga persisten, inmodificables, ideas inocentes de la pubertad. El ideal amoroso —si es a lo que se refería— tiene que erigirse sobre realidades sensibles y no supuestas o imaginarias. Lo contrario es caer en vaguedades misivas que trasladadas al plano erótico o proliano

—Ignoro lo que puede haber de cierto en lo que usted dice. Así en general le confieso que no me produce extrañeza. Pero yo creo que si el amor se somete friamente a juicio, si se plantea en el terreno de la lógica, corre el riesgo de mixtificarse. Canso le diría que pretender explicárselo en serio es una empresa aventurada que quizá no convenga afrontar

—¿Qué hay de malo en ello?—Inquirió el con palmario interés, pero dándose cuenta de que ella imprimía otro sesgo al tema propuesto.

—Analizar es deshacer un todo, desintegrarlo; es, en cierto modo, destruir. Si usted elige una persona en la que concurren probadas perfecciones, y luego somete todos sus actos, todos sus gustos y sentimientos desiguales, a una crítica rigurosa, el desencanto será inevitable. Los defectos destacarán sobre los méritos; los pecados sobre las virtudes. Y terminará usted por sentir una aversión injusta hacia esa persona.

Le detuvo. Deseaba ordenar sus pensamientos. Algo informe, nebuloso se afanaba dentro de su cerebro, como el resplandor difuso de un farol en noche de niebla. Notó que una imagen opaca se iba desprendiendo de la bruma espesa, umbral de la conciencia, donde yacía sepultada. Hizo un esfuerzo para desecharla, para reducirla al olvido absoluto; pero entonces surgió incontenible, igual que un surtidor de agua pulverizada y luminosamente blanca. Y percibió el semblante inmutable del muchacho que años atrás, por una secreta atracción del corazón, de los nervios de la sangre o de tejidos celulares de una afinidad que nada tenía que ver con el conocimiento intelectual, ya que en este aspecto se desconocían, le había despertado a la emoción amorosa. Y comprendió que su acerba repulsa a toda tendencia racionalista en materia de amor respondía a un impulso vital irrefrenable, tan preciso e inherente a ella como su manera de andar o el ritmo acompasado de su respiración.

—Según usted, a las personas hay que aceptarlas o rechazarlas en bloque —dijo él, sin oponer ninguna objeción inmediata.

—Exacto.

—Pero usted sabe que empleando ese criterio a rajatabla serían contadísimos los seres capaces de entusiasmarlos totalmente.

—Eso dependerá, sin duda, del grado de comprensión y de tolerancia de cada uno para con los demás. Y si esto no bastara, del grado de piedad...

—En tal caso, si usted lo reduce todo, en último extremo, a una cuestión moral, la cosa cambia. Yo le hablaba del amor como un fenómeno de naturaleza sensible. Se ama a la persona que el azar nos ha puesto delante, allí donde nos encontramos, y no a una entelequia esculpida con la imaginación, recompuesta con fragmentos extraídos de distintos tipos humanos, como piezas de un rompecabezas. El modelo ideal no existe sino en la medida en que pierde su condición fantasmática y se presenta a los sentidos vivo y tangible. Con su risa, con sus ademanes, con su gracia peculiar, con su timbre de voz... Verá usted; se me ocurre un ejemplo...

La miró intensamente. Sus ojos brillaban y parecían más claros. Su cabeza había avanzado hacia María Luisa como si tratara de embeberse en la tibia fragancia femenina. Sus labios temblaron humedecidos. Se produjo una corta pausa. Ella devolvió la mirada y los ojos de ambos se clavaron recíprocos.

—Le escucho. Iba a citar un ejemplo, si no le entendido mal.

—¡Ah, sí! Por ejemplo, yo la estoy viendo ahora, junto a mí, desde hace un s' minutos; yo no la conocía de antes ni tenía la menor noción de su existencia. Para mí era usted una perfecta desconocida. Pues bien, me ha bastado contemplarla, in-

tercambiar con usted unos sencillos conceptos, oír la pura melodía de sus palabras, para darme cuenta de que usted constituye por sí misma un ideal superior de mujer. Siendo como es, sin ninguna añadidura imaginaria, usted crea y condiciona el mejor arquetipo deseable.

—Debería sentirme halagada, ¿no es verdad?; debería agradecerle sus finos cumplidos sin pararme en lo que dice es o no verosímil. Pues, lo siento, pero me es imposible hacerlo. La visión que tiene usted de mí debo rechazarla por inadmisible.

—No comprendo por qué.

—Porque es tan precipitada, tan irreal y fantástica como el falso idealismo que usted combate tanto ahínco.

—De ninguna manera —protesto él, enérgico—. Yo no me he apartado de la realidad individual que usted proyecta. Yo me he limitado a descubrir sus cualidades esenciales y a darlas un nombre.

—Sí; me ha llamado usted arquetipo; un horroroso vocablo con sabor de farándula.

—Si lo prefiere, desde ahora la llamaré por su nombre de pila. No puede figurarse con qué placer lo haré —y luego, como si lo pronunciara recreándose en el silabeo fonético, lo emitió lenta, irruvamente—. Ma... ri... a Lu... sa.

—Marisa. Así es mejor —rectificó ella.

—Como usted quiera.

Rieron a la vez. Se sentían contentos. Un diálogo corto, deshilvanado, había sido suficiente para despertar entre los dos una fuerte corriente de simpatía. Sabían que estaban dando los primeros pasos para alcanzar un entendimiento mutuo, más nórdico e inborrable, y se sentían anticipadamente jubilosos ante las horas efusivas, preñadas de dulce intimidad, que el tiempo venidero pondría a su disposición. Y si hubiera dependido de la voluntad de los dos, las hojas del calendario habrían sido pasadas con febril impaciencia o, por el contrario, las manos se habrían detenido, con remisa mansedumbre, en alguna fecha de especial significación para ellos, a fin de conservar ese momento único y no olvidarlo nunca.

• • •

Al siguiente día María Luisa recibió un frágil envoltorio, traído por un boñón durante su ausencia. Por su peso y forma, adivinó que el contenido no podía ser otro que un disco fonográfico. Era, en efecto, un disco de increíble levedad, grabado en microsuro. Sobre la cubierta, en negros caracteres, se ostentaba esta leyenda: «Sinfonía núm. 9, en re menor. Opus. 125 (Ludwig van Beethoven). Orquesta Sinfónica de Filadelfia. Director: Leopold Stokowski.»

Desenfundó el disco para sopesarlo, para sentir al tacto, con las yemas de los dedos, la tersura de aquella materia tan liviana y de punteado relieve. Dentro de la bolsa encontró una carta escrita con firme trazo, de letras verticales, muy entirrada. Sin darse respiro, leyó:

«Mi encantadora amiga: Ayer no le confesé que durante el concierto estuve ocupando un asiento contiguo al suyo. Intenté decirsele en varias ocasiones, pero lo fui aplazando hasta que se me olvidó del todo. Después, cuando la conversación se hizo más confidencial, yo era demasiado feliz para retrotraerme a los momentos en que, furtivamente, sin que usted se apercibiera, me regalaba la vista admirando su belleza. Mas pienso que, ante el privilegio que tiene la mujer de ver sin mirar, de ver siempre, no le pasaría inadvertida mi persona ni mi tenaz contemplación. Pero esto, en realidad, importa poco.

Le decía que estuve observándola, y es verdad. Lo que ocurre es que fui más allá del puro y simple fijarse con que solemos contentarnos en el trato visual con la gente. Imagínese que no hubo gesto o mohín que usted hiciera que no fuera advertido por mí. Podría ahora, sin esforzarme lo más mínimo, reproducir todos y cada uno de ellos. Y no crea por eso que la música del coloso llegara a mis oídos con alguna insuficiencia. Al contrario. Desde que la oyerá por primera vez —y son incontables las versiones que recuerdo—, nunca la había escuchado con tan ensimismada justeza. Y ha sido usted, precisamente, el vaso comunicante por donde me fluía el turbión melódico del maestro. Su intercesión, créame, me ha hecho redescubrir a Beethoven; me lo ha humanizado hasta el máximo. Algún día, si su paciencia lo resiste, le desvelaré este arcano profesional. Mi condición de músico, de compositor primerizo, que tantea y busca su propio camino, incluso cuando accidentalmente me entrego a tareas críticas, le hará entrever cuáles son mis pre-

ocupaciones fundamentales. Aunque, a decir verdad, en las circunstancias presentes mi única preocupación fundamental es usted. Perdone, pues, esta digresión, que sólo concierne a mí, y volvamos a usted, objeto exclusivo de esta epístola.

En su adorable rostro yo iba decantando la sinfonía divina, con la misma profundización que el médico persigue el latir basculante del corazón a través del fonendoscopio. Y era tan diáfana la agitación de su alma, tan altanero el sufrimiento que la minaba, que yo iba haciendo mías, desviviéndome, sus titubeantes congojas. Cuando, por último, descendió sobre usted el rayo iluminador —la luz que había de transfigurar sus sentimientos—, yo también me sentí, en buena parte, distinto. Al terminar el concierto, nada ni nadie hubiera podido impedir mi rápido acercamiento a usted. ¡Ni siquiera yo mismo. Quería conocerla por encima de todo. Quería —ahora lo sé— algo más: quería amarla. El círculo tenía que cerrarse. Ahora, usted tiene la última palabra; la palabra —no lo dude— a la cual pende mi felicidad.

Esto aparte, le ruego acepte la «Novena Sinfonía», mecanizada, que hallara adjunta. Ella simbolizara en lo sucesivo, cuando menos, el nacimiento de nuestra amistad. Acaso algún día, que mi impaciencia solicite cercano, asuma un símbolo más alto. Hoy me acojo, de momento, bajo su señera advocación. Que su patrocinio inspirador nos una. Tuyo fiel, Fernando.»

«Tuyo fiel». Lo leyó repetidas veces. Al concluir la carta, él había trocado el tratamiento. El usted formulario, distanciado, arrastrado a lo largo del escrito con tímida prudecia, se había disuelto en la frase postrera, recabando de un tión, ya sin trabas conscientes, toda la sofrenada ternura que él hubiera deseado voicar. El tic-tac del reloj de pared parecía remedar, desde el interior de la caja de cristal, aquellas dos palabras vulgares y mandadas, pero ahora prietas de sentido, cargadas de virginal frescor: «Tuyo fiel»... «tic-tac»... «tuyo fiel»... «tic-tac»... Las manecillas marcaban las dos y media. María Luisa retuvo esta hora, en la memoria, con avida fruición. La fijó fotográficamente en la conciencia. Era su hora presentida, esperada: su hora germinal. No la olvidaría jamás. El círculo se había cerrado. Y como una Jessica rediviva, se recordando los versos que Shakespeare pone en boca del amado; los versos que su profesor de inglés le impuso como ejercicio fonético, y que ella había repetido, cansinamente, hasta la saciedad, pero sin percatarse de su contenido antropológico. Unos versos que ahora, de pronto, venían en su ayuda para completar la figura moral del hombre a quien, por

(El hombre de inarmónica esencia, que no presenta en sí música, a quien no conmueve la concordancia de los dulces

[sonidos,

es capaz de traiciones, estratagemas y malignidades; los movimientos de su alma son sombríos como la noche, y sus inclinaciones, tenebrosas como el Erebo. No os fiéis de semejante hombre.)



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

REFLEXIONES SOBRE EL FRACASO DEL SOCIALISMO

Por Max EASTMAN

MAX EASTMAN

Reflections on the FAILURE of SOCIALISM

THE DEVIN-ADAIR COMPANY

LA desatada barbarie aplicada por el comunismo en tantos países del mundo ha tenido, entre otras consecuencias, la de que las gentes se deslumbran por las actuales realidades y se olvidan de muchas de las ideas y actitudes que conducen precisamente a la tiranía que sufren ahora Rusia y sus satélites. Los principales beneficiarios de esta negligencia han sido quizá los partidos socialistas sobre los que se ha echado un extraño manto que los hace aparecer como completamente inofensivos. Max Eastman, conocido escritor norteamericano, simpatizante en otros tiempos con el comunismo, sale precisamente al paso en el libro que hoy comentamos de estos falsos planteamientos ideológicos y muestra todo lo que hay de nocivo, e incluso de suicida, en la política socialista y cómo en realidad sólo hay diferencias de grado entre ésta y la soviética, siendo el resultado final el mismo. Esta misma tesis le permite a Eastman desenmascarar otros muchos tópicos, como la supuesta bondad natural de Marx, el anticientifismo de toda la doctrina comunista, la desemejanza del antimarxismo marxista y la doctrina de Mao, y el fetichismo y falsedad de las palabras «izquierda» y «derecha». Individualista a ultranza, Eastman considera que el control económico estatal lleva inevitablemente a la tiranía política, por lo que considera la política del partido demócrata norteamericano como fatal para la conservación de la libertad de su patria.

EASTMAN (Max): «Reflections on the failure of socialism». The Devin Adair Company. Nueva York, 1955.

CASI todo el mundo que siente de veras la libertad está en contra del comunismo. Ahora bien, no son sólo los comunistas, sino también los socialistas, los que de una sutil manera bloquean todos los esfuerzos del mundo libre para recuperar su equilibrio y resistir firmemente a la tiranía. Son ellos los que en Italia votaron, junto a los comunistas, para derribar al fuerte y prudente Gobierno de De Gasperi, y que debilitan ahora a los sucesores de éste. En Francia, al negar su cordial colaboración a los partidos «capitalistas», han hecho imposible en absoluto la formación de Gobiernos estables, originando el caos que precisamente desean los amigos de Moscú. En Alemania, después de haber hecho cuanto estaba en su mano para derribar a Adenauer y a su brillante ministro de Economía, Ludwig Erhard, autor del maravilloso milagro de la recuperación alemana, se han opuesto a su plan de rearme, única esperanza de una resistencia efectiva de Europa occidental a un Ejército invasor comunista. En Inglaterra, al igual que en Alemania, han hecho lo imposible y su Gobierno reconoció a la China comunista, manteniéndose dispuestos a aceptar todas las adquisiciones terri-

toriales marxistas. Finalmente, en Noruega han producido la más exacta copia de un Estado autoritario que puede imaginarse fuera del «telón de acero».

EL SOCIALISMO ES TAN PELIGROSO COMO EL COMUNISMO

En Estados Unidos todo esto nos aparece como muy extraño, pero se debe única y exclusivamente a que los socialistas en su mayor parte han abandonado sus distintivos y han adoptado la política fabiana de infiltración en otros grupos. Norman Thomas se retiró de la presidencia del partido y renunció a sus funciones de dirigente. Maynard Krueger, candidato en una ocasión para la vicepresidencia, renunció a su puesto, afirmando que había cambiado de opinión y que ahora estimaba que un americano auténticamente socialista debería asociarse con la coalición liberallaboral, tras el partido demócrata. Y ha sido precisamente esta compeñenda la que ha transformado al citado partido de un órgano de la resistencia jeffersoniana al poder central en un declarado defensor del control estatal cada vez mayor. Ha sido también este sector político el que ha representado la principal parte en la serie de disparates cometidos en Yalta, Teherán, Potsdam y en el asunto de China, teniendo todo ello como resultado el entregar medio mundo a los comunistas.

De este modo en Norteamérica, como en cualquier otra parte, el ideal socialista, como su complemento el comunismo, es algo que lucha contra la libertad. Para cualquier americano consciente resulta insensata la tesis leniniana de que un pequeño grupo de fanáticos, que se proclaman ellos mismos vanguardia de la clase trabajadora, se apoderen del Poder, «aplasten al Estado burgués» y establezcan la dictadura del proletariado. Y también resulta difícil de comprender la suposición de que de una dictadura de esta clase, dueña de la economía de un país, pueda conducir a éste a una sociedad sin clases, en la que todos los hombres sean libres e iguales. Esto se nos aparece como un cuento fantástico.

Pero todavía nos dejamos extraviar por otro cuento fantástico no menos peligroso: el de que un considerable grupo de reformadores liberales, sin apoderarse del Poder, aunque deslizándose por él, sin aplastar el Estado, aunque adaptándose a sus deseos, puedan dirigir una economía y llevarla a una sociedad libre e igual. Esta segunda noción es todavía más utópica que la primera. El esquema soviético designa una fuerza social capaz de realizar todo el proceso proyectado. No se falta a la ciencia cuando se afirma que la clase trabajadora, una vez desaparecido por la fuerza el régimen existente, dirija una economía sin pagar tributo al capital y que los naturales instintos del hombre ocasionen una sociedad no clasista. Ahora bien; la creencia de que este milenio pueda ser traído por «una combinación de abogados, especialistas de economía, políticos e intelectuales» es difícil de tomarla en serio, a pesar de que a medida de que la esperanza ilusa y pseudocientífica de Lenin se evapora esta fantasía, más completa y to-

tal, aun trata de ocupar el puesto vacante que aquella deja.

Por tanto, no es a los marxistas contumaces a los que Norteamérica debe temer. Estas gentes defensoras de una doctrina que creen en su triunfo a través de una lucha de clases no pueden prosperar en nuestro país, pues nuestra actual situación social opone a sus principios la más cruda realidad. Esta idea aparece lo suficientemente engañosa para ser plausible. Son los socializadores burocráticos—así podríamos llamar a los campeones de la revolución de intelectuales, abogados, economistas y políticos—los que constituyen una auténtica y sutil amenaza para la democracia norteamericana.

UN ERROR FUNDAMENTAL DEL MARXISMO

Una falta e inconsciente concepción de lo que es el hombre descansa en el fondo del castillo de naipes sobre el que se asienta la teoría marxista. Aunque no sean muchos los que se den cuenta de ello, no se puede pasar por alto el hecho de que el marxismo se apoya sobre la romántica noción rousseauiana de que la Naturaleza ha dotado al hombre de las cualidades necesarias para ser libre, igual y fraterno y que nuestro único problema es el de adecuar las circunstancias externas. Todo lo que Marx hace con su filosofía dialéctica es cambiar los tiempos de este idilio. «La Naturaleza dotará al hombre de estas cualidades tan pronto como sean adecuadas las circunstancias.» Marx se hizo famoso por su desgarrada opinión de que el interés económico es el dominante en la naturaleza humana. Y creía que ésta es una función de estas condiciones económicas y que actúa de una manera totalmente distinta una vez que estas condiciones están maduras, de acuerdo con el divino y benigno principio de «cada uno conforme a sus capacidades y a sus necesidades».

Fué para proteger este optimista dogma sobre la naturaleza humana por lo que el Gobierno de Stalin se sintió obligado a acuciar su ciencia genética. Según ésta, los rasgos adquiridos durante la vida de un organismo no son transmitidos de una manera apreciable por la herencia. Sólo un cultivo selectivo, ya sea artificial o natural, puede originar profundos cambios en la naturaleza de una especie. Los caracteres adquiridos pueden cambiar con una economía cambiante, pero los rasgos fundamentales de la naturaleza humana continúan invariables. Fué, sin duda, por esta consideración por la que los cabecillas del Kremlin se decidieron a liquidar al famoso genético Avilov y a apoyar al charlatán Lysenko, que popularizaba la creencia de que se heredaban la totalidad de los caracteres adquiridos. Sin esta suposición previa, todo el mito marxista de la edad dorada alcanzada tras la evolución económica se habría quedado sin fundamento.

La auténtica contribución de Carlos Marx fué la de marcar el gran papel que juegan las relaciones económicas en determinar los modos de vida culturales y políticos. Su propia sagacidad nos reveló inconscientemente los fundamentos económicos de la libertad política. Comportándose como historiador, Marx fué el primero en observar cómo todas nuestras libertades han evolucionado conjuntamente y en dependencia de la empresa privada y el libre mercado. Si hubiese sido un hombre de ciencia y no un fanático convencido de la inevitabilidad de su milenio, podría haber visto con toda claridad lo que ahora conocemos tan bien, es decir, que lo que ocurrió en el pasado se repite igualmente en el futuro.

LOS COMPANEROS DE VIAJE

Considero que los peores enemigos de las esperanzas humanas no son los hechos brutales, sino los hombres debidamente dotados intelectualmente que se muestran incapaces de enfrentarse con ellos. Es por esto por lo que no me hago grandes ilusiones de que la «intelligentsia» liberal llegue al convencimiento de que la «revolución de nuestros tiempos, tal y como se ha llevado a cabo, constituya un fracaso».

Es significativo el hecho de que mientras nuestros liberales procomunistas defienden la esclavización política de Rusia por la razón de que son económicamente libres, los liberales, prosocialistas, nacen de él un uso contrario de esta artificial división. Hay que decir, en justificación de estos que podríamos llamar delincuentes liberales, que utilizan una racionalización o coartada cerebral que les impide ver sus crímenes contra la civilización, ya que des-

envuelven todos sus sistemas dentro de un esquema cerebral, donde su aspecto no es tan malo como en la realidad.

Independientemente de la sinceridad que puede haber en cada una de las personas, es indudable que «el proletariado» despertó una oleada de entusiasmo en la tercera década de nuestro siglo entre la «intelligentsia» liberal. ¿Por qué este hecho no se produjo en los primeros años de la Revolución bolchevique, cuando a pesar de los violentos y brutales hechos que se sucedían, se esforzaban sus jefes denodadamente por la reforma ideal de casi todos los aspectos de la vida? Rarísimo ha sido el intelectual liberal que tuvo palabras de elogio para el régimen de Lenin y Trotsky, aunque luego se esforzase en defender la política totalitaria y dura de Stalin. Mi opinión es que lo que ellos elogiaban eran la existencia de un régimen de poder seguro y asentado, que es precisamente lo que más desean en su fuero interno, a pesar de que se resistan a reconocerlo.

Pero no creo que este rasgo y otros muchos alegados expliquen totalmente la traición realizada contra nuestra civilización por tantos preclaros cerebros durante la mayor crisis de la historia del hombre. No todos ellos han perdido su pasión por la libertad, ni todos ellos se han dejado absorber por la campaña de mentiras o por el espejismo de la política frente a la economía, tampoco todos ellos son excesivamente cerebrales ni se deslumbran por la adoración primitiva del Poder. Creo que la principal explicación radica en una especie de cobardía espiritual. La vida es una batalla. Una batalla sin ningún final ni ninguna victoria segura, y lo que les falta a estos supuestos idealistas es la fuerza para combatir. Apartados los objetivos ultraterrenos, añoran algún absoluto casero sobre el propio globo, aunque constituya solamente una ridícula parodia de sus sueños intelectuales.

Y es por esto por lo que se han afincado en el paraíso soviético, tras de escuchar sus propios calificativos devotos. Esta adoración colma el egoísmo de su condición mental. Toda su inteligencia no le impide comprender el sencillo razonamiento que deduce cualquier hombre, por poco que se preocupe de su prójimo, cuando piensa en los continuos

RECETARIO DE COCINA

ENTRANTES SOPAS LEGUMES AÑOS PESCADOS VEGETALES CARNES Y AVES SALSAZ MARIÑAS PASTELAS

Siga mi ejemplo, adquiera estos productos



PUDINES Royal

RIERA MARSA S.A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**

horrores sufridos por millones de buenas y sinceras gentes bajo el látigo del Kremlin. No pueden pensar esto porque ello les causaría una incomodidad en su propia seguridad. Esto les obligaría a reconocer que el mundo es tan malo como realmente es, y también en la fluidez de los acontecimientos, así como que no existe un término en la lucha por hacerlo mejor.

LA SUPERSTICION DE LAS PALABRAS

Aunque sea lamentable el hecho de que los intelectuales se comporten infantilmente, por lo que voy a decir, la verdad es que el deseo de ser calificado de radical y de pertenecer a la «izquierda» es una de las principales causas de la traición de muchos intelectuales a la civilización. No son bienes concretos y valores lo que ellos defienden, sino un nombre y una categoría adecuada para ellos dentro de la jerarquía de las emociones políticas. No se dan cuenta o no quieren pensar en algo que ya Tucídides observaba hace más de dos mil años, y que es que en los momentos de conmoción política las palabras se ven forzadas a cambiar de significación. Al tratar esta cuestión, así como las sangrientas violencias cometidas por los revolucionarios, Tucídides tiene las más graves censuras para los «hombres que entran en la batalla con espíritu de partido y no de clase». Esta observación es particularmente significativa para nuestro tiempo donde la más esencial violencia contra el lenguaje ha sido cometida al convertir la palabra clase en partido.

La variabilidad de los significados de los vocablos, según los tiempos, se comprueba pensando cuán equivocadas soy hoy las palabras «izquierda y derecha». Así, si pensamos en lo que hasta hace poco se consideraba como arquetipo del izquierdismo, nos resulta difícil comprender cómo un nombre de izquierdas de Estados Unidos o de cualquier país de Europa occidental no siente ahora correr alguno por la tiranía soviética y por el gigantesco desarrollo del poder estatal. Igualmente el restablecimiento en Rusia del saludo y de la disciplina castrense, así como de las distinciones, no perturba lo más mínimo sus sentimientos. Acepta o excusa un sistema legal, que en lugar de defender las libertades humanas se encamina a suprimirlas. En resumen, toda una serie por no decir la totalidad de modos y rasgos de conducta que en otros tiempos significaban derechismo son ahora apoyados o admitidos por los que se dicen pertenecer a la izquierda.

LA RELIGION DEL INMORALISMO

Desde la muerte de Stalin se ha hecho necesario encontrar un nuevo foco desde el que dirigir nuestra hostilidad hacia la falta de escrúpulos e inhumana conducta del comunismo. Estimo que ésta se puede basar sobre la auténtica causa de toda la perturbación: el marxismo. Muchos argumentos han esgrimido los intelectuales occidentales por eximir a Marx del retorno a la barbarie que representa el comunismo. La Realpolitik no ha nacido, ciertamente, con Marx, pero el hecho peculiar, contra el que nos enfrentamos, de apartar las ideas morales de la búsqueda de las relaciones ideales humanas, sí ha nacido con Marx.

La suposición de un Marx benévolo y noble, que se horrorizaría de las falsedades y artimañas del actual comunismo, es tan falsa como extendida está. Marx era un hombre de mal carácter, y sus máximos apologistas difícilmente pueden presentarle como virtuoso. Era un tipo totalmente indisciplinado, vano y egoísta. En su correspondencia con Engels hay muchas que repugnan a cualquier persona de sensibilidad democrática. Solamente los bolcheviques, que se someten a la religión del inmoralismo con un candor bárbaro imposible para un europeo cultivado, han podido tener el atrevimiento de publicar esta correspondencia sin expurgamiento alguno.

He utilizado la palabra religión del modo más consciente. Lenin, que era todavía más crédulo que Marx y Engels, atizó aún más este sentido irracional de la doctrina marxista, describiendo con pelos y señales las bellezas de la vida en el paraíso hacia el que caminaban, sin que esto le impidiese concretar específicamente la serie de vilezas que habría que emplear para colaborar a la realización de este edén. La muerte de Stalin no ha hecho cambiar nada. Todos sus sucesores son hombres de la misma escuela. Son fanáticos de la misma religión inmoral y anticientífica.

Es habitual el presentar ahora el nuevo inmoralismo marxista y la doble y falsa conducta de sus apóstoles soviéticos como una actitud maquiavélica. Se trata en realidad de un encalamiento del edificio marxista y de una calumnia contra el político florentino, ya que la semejanza no existe ni aun en los consejos menos elevados del italiano. Sus indicaciones al Príncipe para que usase la doblez, no eran presentados como un modelo de política ideal, tanto más cuanto que él era republicano, sino como único medio de lograr la unificación de la nación italiana en las circunstancias en que entonces se encontraba. Una cosa es la de sugerir que en una sociedad dominante, regulada por tradiciones aristocráticas y por las costumbres de una casta feudal, un príncipe actúe con independencia de los juicios morales, y otra cosa muy diferente es la de tratar de pasar de la democracia política a una forma cooperativa ideal, concediendo una inmunidad semejante al «proletariado», concebido como la «gran mayoría de la Humanidad». El maquiavelismo no es el calificativo adecuado para esta actitud, y esto requiere serias reflexiones. Mejor sería verlo como un acto de autofracaso, algo así como una infusión de veneno en la sangre de la sociedad que precisamente se intenta mejorar.

No es sólo sofisticado, sino también frívolo, el negar la importancia del carácter y de los principios morales. Ahora bien, no es necesario que nuestro respeto hacia ellos nos lleve a negarles su comprensión inteligente. En los asuntos sociales y políticos no existe ni ciencia ni técnica capaz de reemplazar los principios del sentido común. Una civilización no es nada si no forma un conjunto de actitudes conscientes y hábitos sociales. Tarea principal de ellas es la de conseguir que los hombres mantengan para sí mismos y sus asociados un mutuo respeto a la dignidad y una sincera y leal conducta. La civilización está ahora a la defensiva y es necesario luchar por su subsistencia denodadamente. Nuestra esperanza está puesta en las nuevas generaciones, pero esta esperanza descansa en que sus miembros no mezclen en sus proyectos de mejora social un desprecio por la sabiduría que hizo posible la vida social.

SOCIALISMO Y NATURALEZA HUMANA

¿Por qué los sueños iniciales de Fourier y Owen, realizados por las racionalizaciones de Max y por el dinámico genio de Lenin, se han convertido en una pesadilla? Si se piensa seriamente, según mi opinión, la razón es muy simple. Se trata de que todos estos hombres y los millones de sus seguidores, no obstante su audaz superstición y su firme determinación de ser realistas, poseen una cándida y romántica concepción de lo que es un hombre.

En octubre de 1917, después de que llegaron las noticias de que el Gobierno Kerensky había caído y de que el Palacio de Invierno se encontraba en manos de las tropas revolucionarias, Lenin, que se había estado ocultando, apareció en una reunión de obreros y soldados de Leningrado y, subiendo a la tribuna, declaró entre los grandes alaridos de júbilo con que le saludaban:

«Vamos a proceder ahora a la construcción de una sociedad socialista.» Dijo esto tan tranquilamente como si se tratase de edificar una nueva granja para las vacas o un moderno gallinero. Pero la verdad es que jamás se había exigido mayor tarea.

El desconocimiento científico de lo que es el hombre ha sido la causa de que todos los sueños idealistas se hayan convertido en una pesadilla. No hay que olvidar que en la época de Marx, la psicología, la antropología e incluso la biología, en sus formas actuales, apenas si acababa de nacer. Es por esto por lo que todos sus esquemas sociales, a pesar de su supuesto disfraz científico, no son más que obras de añonados, y en algunos casos, casi místicos.

El hecho de que el hombre, en los momentos de peligro, se asocie con los demás, hizo pensar a los socialistas utópicos y a Marx y Lenin que esta tendencia es la normal en la naturaleza humana. Y precisamente ésta ha sido la causa del fracaso ruso. El control, lejos de originar una civilización superior, tal como lo esperaban todos los científicos añonados, no ha hecho más que desatar los instintos salvajes y ha sumido a las gentes en un estado donde se produce el más absoluto desprecio de los más elevados valores.

BREVE SEMBLANZA DE UN CAPITAN DE EMPRESA



FRANCISCO CELDRAN, LA VOLUNTAD Y LA TECNICA AL SERVICIO DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA EN CARTAGENA CONSTRUYE UN PUEBLO PARA 1.500 OBREROS "EL HOMBRE QUE VACILA PIERDE MEDIA VIDA"

1930. Cartagena.

C AIA la noche sobre el pueblito de Porman, cuando un médico joven, de veintiún años, recién estrenado el título, se inclinaba sobre un niño enfermo. La casa, humilde. El niño, de tres años, respiraba con enorme dificultad y los síntomas de asfixia se agudizaban por momentos. El médico se incorporó y dejó vagar la mirada por la estancia; callaba, dominando cada gesto y cada músculo de la cara. En el fondo del corazón, un volcán de responsabilidad estallaba apremiante. Difteria. Difteria avanzada. Era necesario hacer algo, pronto, inmediatamente. Allí estaba la gran hora, el gran momento peligroso de su vida profesional. Miró a su acompañante con firmeza, con ojos en los que ya está definido el camino. Sólo dijo una palabra:

—Traqueotomía.
—Pero eso, aquí... ¡es imposible!

—No hay nada imposible. Todo es perdonable, menos la vacilación.

—Pero...
—No pienso vacilar.
Y no vaciló. Cuidadosamente, con mano segura, intervino, y tras laborioso trabajo el niño fue salvado de la muerte.

El doctor, ya terminado todo, cerró su maletín y avanzó hacia la puerta. La madre del chiquillo tuvo un arranque. Se acercó a él.

—Señor médico... ¿Se marchará pronto de aquí?



Arriba: Dos gestos característicos de don Francisco Celdrán Conesa durante la entrevista con nuestro redactor.—Abajo: El fotógrafo sorprende al señor Celdrán en animada charla con uno de sus colaboradores

—Si. Estoy sustituyendo a un amigo.

—¿Cómo se llama usted?

—Francisco Celdrán, señora.

La madre apuntó para siempre este nombre en la memoria.

**PRIMERAS AFICIONES:
LITERATURA, FILATELIA Y FUTBOL**

1956. Madrid

Aquí está el cronista apuntando un nombre en una cuartilla un poco arrugada, en un rincón apacible del hotel Princesa. El nombre es el mismo: don Francisco Celdrán Conesa.

Y él, el hombre, ante nosotros.

Rostro casi geométrico, ojos vivos, mentón perfectamente dibujado. Voz profunda, de timbres casi metálicos.

Entre las preguntas y las respuestas no existen pausas. Contesta rápido, seguro, moviendo un poco las manos que siempre terminan por unirse.

Don Francisco Celdrán nació en Cartagena el 5 de agosto de 1909. Sus padres, Angel y Dolores, mineros, respondiendo así a una larga tradición de familia. A los diez años aprueba el ingreso del Bachillerato, y compagina sus estudios con las aficiones más dispares. Ingresó en un equipo de fútbol infantil, ocupan-

do el puesto de defensa izquierdo. Esta manifestación suya le dura todavía, y en el transcurso de su vida ha pertenecido a muchos clubs de fútbol, bien como jugador o como presidente.

A los doce años comienza a leer libros literarios, principalmente novela de viaje y biografía. Busca afanosamente todas las traducciones de Pierre Loti, y después se interna por los clásicos y la literatura griega.

—¿Qué temas prefería entonces?

—Los trágicos, cosa que ahora, al recordarla, me sorprende, porque considero que soy un hombre optimista.

—¿Otras manifestaciones temperamentales?

—La filatelia. Tuve una verdadera fiebre por coleccionar sellos; los canjeaba con compañeros del colegio y mantenía correspondencia con el extranjero. Llegué a tener de quince a dieciséis mil sellos diferentes, que he ido regalando en el transcurso de mi vida.

—¿Consiguió algún ejemplar realmente valioso?

—Sí. Uno de medio céntimo de Isabel II en color distinto al usual.

Don Francisco sentía predilección por la Física y Química. Termina el Bachillerato a los quince años y realiza en Murcia el preuniversitario, que entonces constaba de las siguientes asignaturas: Biología, Geología, Física y Química.

Y sin vocación definida, más bien por consejo de amigos de la familia, hace sus maletas y llega a Madrid a estudiar Medicina.

UN ESTUDIANTE ORIGINAL

Era el año 1925. Capas de bohemia por los cafés de Madrid y vestidos lisos y antiestéticos en las mujeres. Belmonte, Sánchez Mejía y El Gallo paseaban los honores del triunfo por las plazas de toros.

Don Francisco vive en una pensión cercana al teatro de la Zarzuela. Pero poco más tarde, para ahorrar dinero, alquila habitaciones para dormir y almuerza en restaurantes baratos. Se aficiona a los toros, porque va los domingos a comer a casa de su amigo y paisano Pedro Martínez, en la calle de Zorrilla, donde «suplía las diferencias de vitaminas para la semana», y tras la sobremesa le regalaban una meteta del toril.

Se habla de toros, y don Francisco opina que existe una gran diferencia entre los toreros actuales y los antiguos.

—Aquéllos se arrimaban al toro. Hoy, salvo contadas excepciones, ninguno lo hace.

—Durante su carrera, ¿se dedicó solamente al estudio?

—No. Surgió mi primera actividad comercial.

—¿Cuál fué?

—Compraventa de libros y huesos humanos. Negocié con las posibilidades que siempre tiene el poder conseguir a un alumno un libro de texto usado. Y por otra parte, en la Facultad de Medicina se necesitan los huesos del esqueleto para estudiar a fondo la anatomía. Comencé a comprar esqueletos y a venderlos y pron-

to fui bastante conocido en la Facultad.

—¿Alguna otra actividad?

—Sí. En compañía de José Lázaro organicé bailes para los estudiantes, los jueves, en los bajos del Alcázar, en el Metropolitano y en el Barceló. Las perfumerías, chocolaterías y bomboneras nos regalaban sus productos, y por tres pesetas invitábamos a baile y merienda.

—¿Cuánto ganaba con esto?

—Quinientas pesetas cada semana. Una cantidad fabulosa en aquel tiempo. Naturalmente, me gastaba mucho más en diversiones que en comer.

A los veintinueve años termina la carrera de Medicina y se desplaza a Barcelona para realizar el cursillo de inspector municipal de Sanidad. Luego se presenta a unas oposiciones de médico titular en Ávila y saca el número uno.

El destino le lleva a ejercer en San Esteban del Valle, un pueblecito al que llaman la Andalucía de Ávila, una vega riquísima, un verdadero oasis en donde se crían naranjos. Pasa allí dos años, conoce a Soledad Degano y se casa con ella. Viene a Madrid, en una visita que él cree corta, y estalla el Movimiento. Está solo, intenta por todos los medios regresar al lado de su mujer, pero no lo consigue, y tiene que marcharse a Cartagena. Pasa tres años separado de su esposa, y sólo sabe de ella a través de cartas por conducto de la Cruz Roja y de la Embajada francesa.

Mil novecientos treinta y nueve. Fin de la guerra. Doña Soledad Degano se reúne con él en Cartagena. Y entonces, tras buscar infructuosamente una colocación remunerativa, toma una trascendental determinación. Visita las minas de su padre, que están completamente abandonadas, ve las enormes posibilidades económicas, y empujado por el mismo impulso comercial que presidió toda su carrera, decide, sin vacilar, colgar el título de Medicina y reintegrarse a la tradición de la familia: la minería.

Y al poco tiempo, gracias a su voluntad de triunfo, a su capacidad de trabajo, a la consagración total de su vida a la industria, comienzan a suceder milagros.

CIENTO SESENTA Y OCHO MINAS BAJO SU DIRECCION

—¿Cómo empezó usted?

—Explotando una de las minas de hierro y manganeso abandonada. Esta, como otras que me pertenecen en la actualidad, fué también explotada por mis abuelos. En la producción introduje importantes innovaciones. Como primer paso, en lugar de entregar los metales al mercado local, los llevé directamente a la Siderúrgica Española. El ritmo de producción fué en incremento constante. Los primeros meses la mina no rendía más que treinta y cinco o cuarenta toneladas. A los seis meses llegaba a las cien; al año, doscientas.

Don Francisco Celdrán da las cifras sin pausa. Son los primeros pasos, los pasos seguros del hombre que con su esfuerzo levantó la sierra minera de Cartagena. Y para ello exigió una producción al máximo, venciendo in-

cansablemente obstáculo tras obstáculo. Infatigable, busca inmediatas mejoras para elevar el ritmo industrial de la zona e instala un lavadero, por tratamiento de flotación diferencial, de ciento cincuenta toneladas al día. Pero en este hombre las cifras sólo tienen un valor efímero; lo que hoy parece ya una cantidad fabulosa mañana se derrumba; mientras ve a los obreros establecer una maquinaria que supone un considerable aumento de producción, ya tiene en la mente el proyecto de comprar otra más perfecta. Y no vacila, no le detiene ninguna dificultad. Sabe lo que quiere, y cuando interiormente llega al convencimiento de que es necesario realizar una operación, la realiza. Y así, como un presagio, como un símbolo, le persigue el milagro de doblar cada año sus instalaciones. Y el lavadero de ciento cincuenta toneladas se convierte al año en uno de trescientas.

Entonces se concede una breve pausa, y para completar su formación técnica y asimilar nuevos métodos de producción, viaja al extranjero. Estamos en 1945. Primero, Francia; después, Bélgica.

Es precisamente en este viaje cuando acaricia una idea ambiciosa. Ya le resulta pequeña la mina de «Nuestra Señora del Buen Consejo», y pretende llevar a buen puerto la formación de grandes grupos mineros.

—¿Qué razón le impulsó a esto?

—Técnicamente era necesario. Pero la labor se presentaba muy ardua, casi imposible, debido a la tremenda dificultad de conjuntar los cotos mineros, ya que todos ellos pertenecían a pequeñas concesiones. Ciertamente, resultó muy laborioso, pero hoy tengo la satisfacción de poder decir que se consiguió lo propuesto.

Y aquí, precisamente aquí, en este momento, comienzan a sucederse las cifras en asombroso desfile. Don Francisco Celdrán Cenosa supera su propio ritmo de marcha y llega, uniendo, dirigiendo, construyendo, a las más fantásticas realidades.

—¿Cuántas minas tiene en la actualidad la Sociedad Celdrán. Sociedad Anónima?

—Ciento veintiocho minas en propiedad. Aparte de esto, controlamos a cuarenta Sociedades Mineras. La mayor parte de nuestros productos se dedican exclusivamente a la exportación, que abarca los principales mercados europeos. Somos los primeros productores de plomo de España, los segundos productores de cinc; muy fuertes productores de hierro y pirita de hierro, alcanzando en cada una de estas últimas una producción superior a las cien mil toneladas anuales. Debido a esto, las divisas que nuestra Sociedad proporciona a la economía nacional alcanzan la cifra de varios millones de dólares al año.

—¿Con qué material están equipadas sus minas?

—Con material construido íntegramente en España. Ninguna de nuestras Sociedades tiene la más mínima participación extranjera.

—¿Qué cargos ocupa usted?

—Soy consejero-delegado de las siguientes Sociedades: Minera Celdrán, S. A.; Azufre de Lorca;

Sardinera Catalana, S. A., Industrias Químicas Sardineras del Mediterráneo; de Hiska, Empresa de fabricación de motores, y de otras Sociedades

—¿Ha creado alguna Sociedad recientemente?

—Sí. Una Empresa naviera, Minamar, S. A. También recientemente fui nombrado consejero delegado de la Española del Cinc, de la que es presidente del Consejo don Ignacio Villalonga, al que se debe la idea de la creación de este negocio nuevo en España para la fabricación de 20.000 toneladas anuales de cinc electrolítico. Esta Sociedad tiene un capital inicial de trescientos millones de pesetas.

SURGE UN NUEVO PUEBLO EN CARTAGENA

Una larga pausa en la conversación. Don Francisco Celdrán Conesa escoge un cigarrillo de un paquete y se lo pone en los labios. Lo enciende rápido, con gesto enérgico. Luego agita la cerilla en el aire y la arroja a un cenicero. En los mínimos detalles de este hombre existe un torrente de vitalidad, y proyecta constantemente su mundo interno al exterior, con la seguridad ciega del que se sabe dueño de una gama metafísica de ilimitada extensión. He aquí una virtud que se desprende de él, a poco de observarle: don Francisco se conoce a sí mismo.

—¿Cuál es el principal problema de sus minas?

—Actualmente, la mano de obra. En este sentido sufrimos verdadera escasez. En Minera Celdrán, S. A., podríamos admitir en este mismo momento quinientos obreros más. Pero no se encuentran. Por otra parte, el porcentaje de muertes en nuestras minas es mínimo, incomparable con las estadísticas de las minas de carbón del norte de España. También, en lo referente a problemas de explotación, se precisa una fuerte mecanización, y por ello es necesario importar maquinaria más perfecta; la misma maquinaria que utilizan los países más adelantados y que contribuye a hacer menos rudo el trabajo de la mina.

—¿Su opinión sobre los ingenieros españoles?

—Entre ellos hay figuras excepcionales. Creo sinceramente que la limitación de las Escuelas Especiales es contraproducente y que frena la producción. En España, ante todo se necesitan técnicos. Este es un mal que se debe atajar inmediatamente, pues hoy en día son necesarios el cuatrocientos por ciento más de los que existen. Una de las cosas por las que se retrasa la mecanización es por falta de técnicos, porque los medios de que se dispone en nuestra Patria están utilizados al máximo, y en este último aspecto no podemos quejarnos. Pero sí tenemos queja en lo referente a técnicos, ya que su índice en proporción de habitantes es aún muy bajo.

—¿Posición actual de la minería en Cartagena?

—En poco tiempo ha conseguido dar un paso gigantesco, un salto brutal. Su incremento de producción no ha sido igualado; la reserva de minerales metálicos es asombrosa. El panorama futu-

ro, por otra parte, está asegurado, porque en capacidad de reserva, la minería de Cartagena ocupa el primer lugar entre las reservas españolas.

Ahora surge en la conversación el factor hombre. El trabajador, el obrero, con sus necesidades, con sus imperativos, con sus problemas íntimos y con los problemas que plantea a las Empresas. La Minera Celdrán, convertida en 1952 en Minera Celdrán, S. A., tiene 1.500 obreros en la Sierra Minera. Tal cifra abrió la interrogante de la vivienda. Era necesario resolverlo. Y don Francisco, sin dudar, proyecta construir un pueblo entero para los trabajadores. Y actualmente, en Llano del Beal, un barrio de Cartagena, se trabaja activamente en la construcción de 388 viviendas, lo que supone un coste de diez millones de pesetas.

El lugar es óptimo, saludable, abundante en agua. La renta bajísima. Aquí vivirán los obreros casados, ya que los solteros disfrutan de un hogar - residencia sencillo, pero cómodo, en el que por ocho pesetas se les resuelven tanto los problemas de alimentación como los de limpieza. Naturalmente, la diferencia hasta su coste real la suple la Empresa. Algunos obreros viven a más de treinta kilómetros de distancia de las minas y son transportados al lugar de trabajo por camiones de la Sociedad Minero Celdrán, Sociedad Anónima.

Todos los problemas que giran alrededor de la órbita del factor hombre son resueltos inmediatamente por la Empresa. Poseen un equipo de fútbol, Deportiva Minera, que milita en Tercera División, con su campo de deportes, su furgoneta para los desplazamientos, material y medios sobrántes para su sostenimiento. Este equipo se nutre exclusivamente de obreros

«UN HOMBRE QUE VA- CILA PIERDE MEDIA VIDA»

Anoche. En el vestíbulo del hotel Princesa, don Francisco Celdrán enciende otro cigarrillo. La entrevista lleva dos horas caminando, y uno ya conoce un poco al entrevistado; ya ha calado en su cualidad más acusada. Don Francisco Celdrán es valiente; a veces, vehementemente. Su enorme e incontrastable decisión se manifiesta purísima en algunos comentarios.

El cronista, tras presentar a grandes rasgos su biografía, quiere ahora, para redondear el círculo, presentar al hombre, única y exclusivamente al hombre. Y comienza un suave, un apacible hurgar en sus aficiones ocultas, en sus manifestaciones fuera de los negocios.

—¿Qué país le agrada más de todos los que conoce?

—He viajado por toda Europa. De ella le escogeré tres, bajo distintas facetas. Industrialmente, prefiero Alemania. Artísticamente, Italia, y turísticamente, Francia.

—¿Qué idiomas sabe?

—Francés e italiano.

—Díganos un día de su vida.

—Me levanto a las siete. Después de esta hora resulta fácil explicarle las otras. Trabajo dieciséis horas, casi ininterrumpidamente. A la noche, leo revistas



El señor Celdrán, cruzando la puerta del

técnicas, y los fines de semana y días festivos los dedico al mar, a las regatas de vela latina.

—¿Su mayor afición?

—La industria.

—¿Qué es lo que más pudiera satisfacerle de la vida?

—Mi máxima ilusión es estar rodeado de los mejores técnicos de España, para que orientasen todos sus esfuerzos a dar un extraordinario impulso a todas las fuentes de riqueza española. Quisiera conseguir algún día el que no fuera necesario exportar primeras materias.

—¿La mayor cualidad de un hombre?

—No vacilar jamás. Un hombre que vacila pierde media vida. Y, por desgracia, hay mucha gente vacilante.

—¿Ha llegado a todo lo que se ha propuesto?

—Las iniciativas, hasta el momento, han superado las previsiones. El común denominador del triunfo en cualquier actividad es el trabajo. He aquí mi lema.

—¿Qué proyectos tiene?

—Una industria cerámica que ya está en marcha. Ampliación de industrias relacionadas con el ciclo minero. El estudio de unas plantas de química y petroquímica, cuya capacidad será la mayor de España. Explotaciones agrícolas; mecanizar la agricultura. Explotación de las propiedades mineras de hierro y plomo que poseo en Almería.

Nos levantamos. Cruzamos el vestíbulo y nos vamos al jardín. Don Francisco Celdrán, en la noche madrileña, nos habla de sus siete hijos y nos dice que todos estudian porque él no es creador de hijos ociosos.

Despedida. La calle de la Princesa. La cabeza llena de cifras, de números, de operaciones financieras que parecen milagros.

Pedro MARIO HERRERO

(Fotografías de Mora).



CON
HIELO
Y
SELTZ
ES
DELICIOSO

Reproduccion del cuadro al pastel de R. CASAS

EL CAMPO HACE BALANCE

SETENTA Y CINCO MIL MILLONES DE PESETAS VALDRAN NUESTRAS COSECHAS

Nuevas técnicas, nuevos regadíos, nuevas semillas completan el signo positivo

Las cosechas españolas van a valer este año 75.000 millones de pesetas, cifra que representa 3.500 millones más que la del anterior y 5.000 millones más que el valor de las cosechas de 1954. Estas cifras, obtenidas en un reciente estudio efectuado sobre el resultado de la actual campaña agrícola, señala a 1956 como el mejor año global de nuestra agricultura a lo largo de toda su historia. Este feliz anuncio es debido a tres importantes factores impulsados en su justa medida por el Ministerio de Agricultura: la puesta en marcha de nuevos regadíos, la mecanización del campo y la paulatina superior cultura agrícola de los campesinos españoles como consecuencia de las enseñanzas que a tal efecto se distribuyen por nuestras comarcas.

Los españoles, pues, van a gastarse 75.000 millones de pesetas en trigo, en centeno, en garbanzos, en algodón, en hortalizas, en toda la larga lista de nombres vegetales, tan antiguos como la vida misma de la tierra. Pero este gasto, un gasto efectuado por 30 millones de individuos, íntegro y total, es la mejor señal que para el verdadero optimismo puede darse; porque hay comida abundante e inmejorable para el año y el tiempo futuro. Sin escaseces, estrechuras, ni carestías. Esa es, en verdad, la mejor noticia.

TREINTA Y CINCO MIL MILLONES PARA LOS CEREALES

Los cereales ocupan la partida más importante: 35.000 millones de pesetas repartidos entre el tri-



1956 se presenta en casi todos los escenarios agrícolas como el mejor año en el campo. Los camiones están dispuestos para ir llevando el trigo a los graneros

go, la cebada, la avena, el centeno, la escaña y el tranquillón que son los de otoño, y el maíz, el mijo, la zahina, el panizo, el alpiste y el arroz, que son los de primavera.

La superficie plantada para los cereales de otoño cifra que rebasa los siete millones de hectáreas, es superior a la media del quinquenio 1931-35 y mayor en un 5 por 100 que la que ocuparon estas plantas en el decenio 1941-50. Así, por ejemplo, de trigo se siembra ahora un 10 por 100 más que en dicho decenio y un 6 por 100 más con relación a 1931-35.

La primera provincia triguera es Zaragoza. Y Zaragoza ha cifrado su actual cosecha de trigo en 22.000 vagones, lo que viene a suponer

cerca de tres millones de quintales métricos de grano, con un valor de casi 1.200 millones de pesetas. Por Cinco Villas, por la comarca de Gallur, de Tauste, de Ejea de los Caballeros, de Uncastillo, de Sádaba y de Sos, o bien por los monegrinos Lecifena, Farlete, Monegrillo, la Almolda y Bujaraloz, las cosechadoras, con su ultraterrenal aspecto de canchinos caballos de acero, están en plena actividad.

Zamora y Burgos son las otras dos provincias trigueras que siguen a Zaragoza. Zamora y Burgos conforme a las previsiones, salvadas las heladas marceñas, llegarán cada una, poco más

poco menos, a los 2.500 millones de quintales métricos de grano de trigo, cuyo valor respectivo está erca de los 900 a los 1.000 millones de pesetas. Tres provincias que siguen y conservan cada vez mejor su específico primer puesto.

En cebada, Badajoz, con sus 145.000 hectáreas de secano producirá los 1.500 millones de quintales métricos de grano, con un valor de cerca de 400 millones de pesetas.

En centeno, las provincias nortefías ocupan la primacía y entre todas, Lugo. La cosecha de centeno en Lugo, además de la de trigo, es la mejor que se conoce en muchos años. La paja es gruesa, muy fibrosa y dura. El grano es muy apretado y la espiga, toda ella, muy pesada. Las zonas más beneficiadas han sido las del norte de la provincia, Castroverde y Monforte, como asimismo las de las zonas altas de Becerreá y Forsagrada. Lugo recogerá este año de centeno 900.000 quintales métricos de grano con un valor de cerca de 400 millones de pesetas, sin contar el valor que le suponga la paja del mismo.

En avena es Sevilla, junto con Badajoz, la provincia que obtendrá mayor cantidad de ella, no sólo porque ha dedicado mayor extensión a su cultivo sino porque el rendimiento es bastante superior a la media de España. Sevilla superará la cifra de su cosecha anterior, y este año alcanzará en avena los 600.000 quintales métricos de grano de este cereal, lo que le supondrán cerca de 200 millones de pesetas.

Por lo que respecta a los cereales de primavera, tanto el arroz como el maíz han seguido su marcha ascendente, no sólo en cuanto a aumento de superficie sembrada, sino en cuanto a volumen de producto recogido.

Las provincias nortefías cultivan el maíz asociado con judías, tales como La Coruña, Guipúzcoa, Oviedo, Pontevedra y Santander. Ello no obsta para que las cosechas sean excelentes, tanto más este año que, por ejemplo, Pontevedra dará la cifra de dos millones de quintales métricos en grano, con un valor de más de 700 millones de pesetas.

En arroz, Sevilla y Tarragona van a la cabeza de Valencia. Aunque la diferencia en hectáreas y producción es considerable todavía respecto de Valencia, Sevilla, por ejemplo, ha pasado de una escasísima superficie a totalizar hoy, como consecuencia de la colonización efectuada en las marismas del Guadalquivir, cerca de 12.000 hectáreas de arroz sembrado, mientras que Tarragona ofrece 17.000 y Valencia 28.000.

El arroz, en total, representa nada menos que 1.500 millones de pesetas.

LENTEJAS, GARBANZOS, JUDÍAS Y GUI SANTES

En las leguminosas, tanto en las dedicadas a la alimentación humana —lentejas, judías y garbanzos— como en las leguminosas para piensos —guisantes, habas, algarrobas y yerros— el fenómeno más acusado de este año agrícola ha sido el aumento de la superficie plantada, aumento ya iniciado en años anteriores,

que, como consecuencia de las mejores y más racionales técnicas empleadas en los cultivos y del empleo de semillas selectas —semillas selectas que pueden extenderse en cada caso a los distintos cultivos— han traído un aumento de producción. Por ejemplo, las leguminosas destinadas a la alimentación humana tienen hoy, en conjunto, cerca de 500.000 hectáreas de terreno sembrado, lo que representa un 20 por 100 más que el de la media de 1931-35.

La primera provincia lentejera es Granada y Salamanca. Las lentejas de Salamanca son de excelente calidad como lo demuestra su alta cotización en el mercado, toda vez que Salamanca obtiene por un mismo volumen total de cosecha diez millones de pesetas más que Granada. La cosecha salmantina de lentejas es este año superior al pasado y alcanzará muy cerca de los 40.000 quintales métricos de grano, lo que reportará un beneficio de más de 35 millones de pesetas.

La cosecha de garbanzos igualmente, dentro de este excelente panorama agrícola español, conserva el mismo signo positivo y creciente. Las provincias tradicionalmente garbanzeras, Córdoba, Toledo, Sevilla y Badajoz, dan, cada una, una producción que oscila entre los 100.000 y los 150.000 quintales métricos de garbanzos. Aun cuando en algunas zonas de Badajoz los garbanzos han padecido ataques de «rabia» y por Toledo las tormentas han ocasionado algunos daños en los sembrados, los garbanzos producirán cerca de cien millones de pesetas más que el pasado, ya que llegarán casi a los mil millones de pesetas.

En judías, La Coruña espera recoger este año nada menos que 175.000 quintales métricos de judías para grano con un valor de casi cien millones de pesetas.

En guisantes, para grano, Las Baleares, con sus 35.000 quintales métricos, obtendrán cerca de quince millones de pesetas.

LA IMPORTANCIA DE LA SEMILLA EN LA PATATA

Otro capítulo importante de las cosechas agrícolas españolas reside en la patata. La plantación de la patata está muy sujeta a las variaciones de la temperatura y de la climatología. Por eso hay provincias que varían de un año a otro y no conservan una tónica constante. El descenso de la temperatura en marzo perjudicó bastante la buena nascencia de la patata tardía, así como el normal desarrollo de las de media estación. No obstante, muchos sembrados se han recuperado y se estima que el valor total de la cosecha de patata superará los 40 millones de quintales métricos y los 4.000 millones de pesetas. Las provincias gallegas son por tradición las que recogen más patatas debido a que su secano tiene todas las características de regadío. La Coruña obtendrá más de tres millones y medio de quintales métricos, lo mismo que Lugo; a los tres millones se acercarán Burgos, Orense y Oviedo, y a los dos millones León, Pontevedra, Santa Cruz de Tenerife y Valencia.

En la patata lo que más cabe destacar es el aumento del rendimiento por hectárea sembrada

debido a la magnífica labor que el Ministerio de Agricultura hace en lo referente a la distribución de patata seleccionada de siembra. La media del decenio 1941-50 por lo que respecta a superficie cultivada era de 388.000 hectáreas en el total de España, con una producción de 29.975.000 quintales métricos; las 355.000 hectáreas de este año darán cuarenta millones de quintales métricos; la comparación de ambas cifras excluye todo comentario.

NIVELACION DEL MERCADO REMOLACHERO

Las plantas azucareras, salvado el máximo de 1951, han descendido en general, pero han ganado en rendimiento, y este año se han visto favorecidas debido a la profusión de lluvias. El año pasado se limitó la producción de remolacha azucarera con el fin de absorber parte del excedente de azúcar que pesaba sobre el mercado desde hace dos campañas, por lo que la superficie tuvo una baja de 27.000 hectáreas con relación a la campaña precedente. En conjunto se obtuvo una cosecha de 18,5 millones de quintales métricos. Este año el aspecto general se ha mantenido en condiciones similares, pero el rendimiento por quintal métrico obtenido por hectárea sembrada supera no sólo al del decenio 1941-50, que fué de 187,66 quintales métricos por hectárea, sino al de 1954-55, cuya cifra llegó a los 203,77. Zaragoza, que es la principal provincia remolachera, será la que este año se vea, por lógica, más favorecida con el resultado.

Dentro de las plantas azucareras cabe consignar la caña de azúcar. Las provincias de Granada, Almería y Málaga, que son las únicas en la Península que cultivan caña de azúcar, tuvieron que soportar las heladas de marzo; sin embargo parece ser que este año los 102 millones de pesetas de Granada, los ocho millones de Almería y los 24 millones de Málaga se verán con creces sobrepasados.

HORTALIZAS EN AU GE Y FRUTALES EN RECUPERACION

Hasta ahora hemos visto que los cereales valdrán treinta y cinco mil millones de pesetas; las leguminosas cuatro mil millones; la patata, cuatro mil quinientos; las plantas azucareras, mil quinientos; lo que hace un total, con la cebolla, el tomate y las hortalizas de cincuenta mil millones de pesetas.

Salvo para el algodón, las lluvias veraniegas han influido favorablemente en los cultivos españoles sobre todo en los hortícolas. La huerta levantina, en cultivo hortícola del tomate, es la primera de España. Valencia, por ejemplo, cogerá cerca de 900.000 quintales métricos de tomate, seguida de Alicante con una cifra similar. En cultivo extensivo, Las Palmas, Málaga y Murcia ocupan los primeros lugares. El tomate, sobre todo en la huerta murciana, ha tenido este año más extensión que en el precedente, principalmente en el tipo americano que dió buen rendimiento; de la cifra media de producción del decenio 1941-50, que fué 6.515.000 quintales métricos, se llegará este año a los 8.500.000 quintales métricos.

Por lo que respecta a las hortalizas, tales como las coles, coliflor, acelga, espinaca, lechuga, escarola, cardo, apio, pepino, calabaza, pimiento, berenjena, puerro, remolacha, nabo, rábano, zanahoria, cebolleta, alcachofa, esparrago, perejil y borraja, ocupará el primer puesto, en valor de los mismos, haciendo resumen de todas las huertas y de todas las épocas anuales, el pimiento, que alcanzará los quinientos millones de pesetas, con una producción total de casi dos millones y medio de quintales métricos y con su máximo en una provincia eminentemente pimentonera, como es Valencia, la cual llegará a los trescientos mil quintales de pimientos cosechados, cifra no alcanzada ningún año.

La superficie de hortaliza, en general no ha sufrido variación sensible con respecto al año anterior; no así con la media de 1941-50, ya que en este tiempo las hectáreas sembradas por año fueron 84.600, y en el último han sobrepasado las 90.000.

En lo que respecta a los frutales, se temió, a la vista de las famosas heladas de marzo, una pérdida, si no total, por lo menos considerabilísima en lo que respecta a la fruta y, sobre todo, en el grupo de agrios. Ahora bien, merced a los cuidados y a la pericia de los agricultores españoles, salvo en reducidas zonas, todos los árboles se han recuperado magníficamente. Por ejemplo, en la zona murciana lo que en principio dañó a los naranjos y limoneros cual fué el frío, tuvo la virtud de matar a todos los animales que integran las plagas de la huerta, y así este año será, en más de cuarenta de recuerdo, la temporada que mejores y más gordos melocotones se recojan.

ACEITUNA PARA ACEITE; UVA PARA VINO

El gran grupo del olivar y del viñedo incorporará a este tesoro nacional la suma de diez mil millones de pesetas. Y con mayor intensidad el olivo. Continúa aumentando la superficie de olivar, a la vez que aumenta no sólo la cantidad total de producción, sino, lo que es más importante, el rendimiento unitario. Este año la cosecha de aceituna superará en más de un 200 por 100 a la media del decenio 1941-50. Las casi 25.000 hectáreas de olivar producirán 400.000 quintales métricos de aceituna, auténtica cifra record en los anales de la historia olivarera española.

En cambio, el viñedo ha tenido que soportar algunos intensos ataques de mildew en algunas comarcas, como en Huelva y Santa Cruz de Tenerife; sin embargo, en otras provincias, como Teruel y Ciudad Real, la cosecha de uva, tanto para consumo directo como para vinificación se presenta en extremo abundante y sana.

Para sostener el mercado vinícola es propósito y tendencia que vaya disminuyendo paulatinamente la superficie de viñedo sustituyéndola por otras siembras cuyo rendimiento económico compense con creces las posibles pérdidas por exceso de producto en el vino. Este año la superficie no ha crecido como lo hizo el pasado en relación con 1953. Ahora bien, la



Los grandes montones de cereales se apilan delante de las máquinas agrícolas

producción de vino será menor en cantidad, pero mayor en calidad, con lo que todos, consumidores, cosechadores y labradores saldrán triplemente ganando.

PLANTAS TEXTILES Y PRADERAS

A la única planta que ha perjudicado este verano, no excesivamente caluroso, con lluvias abundantes, ha sido el algodón. En algunas partes, como en Avila, fue necesario resembrar algodón por podredumbre de la raíz a causa del exceso de humedad; en otras, como en Sevilla y Córdoba, principales centros productores algodoneros, la humedad no ha causado tanto daño, por lo que la cosecha se espera que sea por lo menos igual a la de 1954, que alcanzó en el total de España 669.581 quintales métricos y proporcionó un valor de 847 millones de pesetas. Las plantas textiles, incluido el lino, cáñamo, mimbrera, anea, palmito pita y esparto proporcionarán muy bien sus mil quinientos millones de pesetas en esta cosecha. De estas plantas textiles hay dos, la anea y el palmito, que son exclusivas de una única provincia: Sevilla. Y ambos cultivos son susceptibles de considerable aumento, ya que se presta muy bien a ello el clima y terrenos del bajo Guadalquivir.

Junto a las plantas textiles, el último gran grupo agrícola es el

formado por las praderas artificiales y forrajes. Aquí entran, además de las praderas artificiales, la alfalfa, el trébol, la esparceta, la alfalfa arbórea, el ray-gass, el salgue, el sorgo forrajero, la calabaza, el cardo, la col, el trigo, la cebada, el centeno, la avena, el maíz, la veza, el guisante, la algarroba las habas, el altramuza, la alholva la remolacha, la zanahoria y el nabo, todos ellos para forraje, además de la chirivía y de la pataca. Todos estos nombres darán nada menos que cinco mil millones de pesetas a sus cultivadores.

Este es el valor, especificado, de las cosechas españolas a lo largo de la temporada agrícola 1955-56, reseñada, en sus más importantes grupos. Queda, hasta completar la cifra, las menos importantes partidas, integradas por el tabaco, los condimentos, los prados y pastos naturales, los barbechos, las rastrojeras y ese grupo de varios donde se engloban otros menos difundidos cultivos campestres.

Los hombres, servidos por la técnica y servidos por las orientaciones de los altos organismos agrícolas, hacen posible que cada año el campo de España sea, aunque parezca paradoja, más grande, más próspero, más regado y más productivo.

Ernesto SALCEDO



Máquinas cosechadoras en plena producción

UNA ESTACION DE SERVICIO EN MITAD DEL OCEANO

Vista general del Puerto de La Luz, en Canarias, que alcanza un movimiento de ocho mil buques al año



EL PUERTO DE LA LUZ, PUNTO DE CITA DE CINCO CONTINENTES

UN PROBLEMA QUE NO EXISTE: EL DE LOS CALADOS

El Puerto de La Luz es uno de los primeros del mundo por lo que se refiere al tonelaje, al suministro de carburantes, a la carga y descarga de mercancías y al número de pasajeros embarcados y desembarcados.

Don Rafael Picó, ingeniero jefe de la Junta de Obras del Puerto de La Luz, de Las Palmas de Gran Canaria, tiene razones de sobra para hacer estas afirmaciones. Sus palabras no están en el aire. Si las estadísticas siguen siendo el argumento más convincente para todos, las estadísticas y los números son también aquí el mejor argumento. En el año 1955, el Puerto de La Luz suministraba un millón cuatrocientas mil toneladas de combustible líquido, controlaba cerca de veintitrés millones de toneladas en buques entrados y por las pasarelas de estos buques embarcaban y desembarcaban unos ciento catorce mil pasajeros, sin contar los doscientos mil en tránsito. En los muelles de este puerto y en el mismo año se recibían treinta y tres millones de kilogramos de pescados. Estas son las cifras para un solo año. Como base de aprovisionamiento, el Puerto de La Luz, estación permanente de servicio en mitad del océano, aumenta por día. En su inmejorable situación geográfica, en sus largos y hondos calados, en la perfecta distribución de sus muelles y en la calidad de sus talleres y de sus instalaciones está la explicación.

Para Las Palmas de Gran Canaria, para todas las islas del archipiélago y para toda España, el Puerto de La Luz es punto obligado de cita con los cinco continentes. Barcos de todo el mundo, banderas de todas las naciones, hombres de todos los pueblos tienen aquí diariamente su punto de destino, su parada y su fon-

da. Por el Puerto de La Luz, España se entra en el mundo.

UN PLAN DE MEJORA QUE IMPORTA 650 MILLONES DE PESETAS

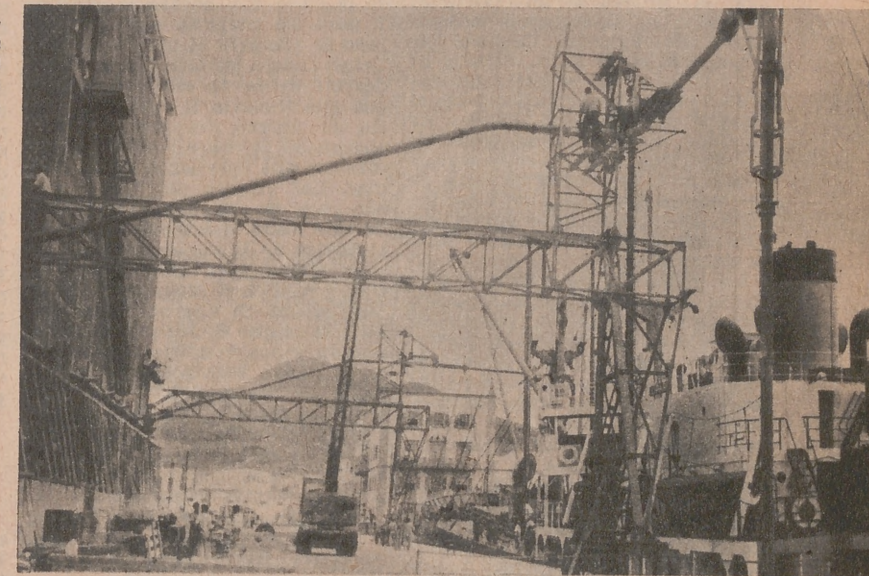
Mantener las instalaciones portuarias a la altura que los progresos de la nueva técnica exigen ha sido siempre motivo de preocupación y desvelo en los hombres que han integrado la Junta de Obras del Puerto de La Luz. Bien sabían ellos que éste era un factor determinante para asegurar en un inmediato próximo el futuro del puerto. Desde su iniciación hasta comienzos de 1955 se habían invertido 175 millones de pesetas en obras portuarias. Cuando en una nueva etapa de mejoramiento y adaptación a las nuevas necesidades se dió por terminada la obra del dique del Generalísimo, que proporcionaba al puerto una longitud de atraque de 2.000 metros y un ancho de 1, y se aumentó la superficie abrigada a 270 hectáreas, la Junta de Obras aspiró a nuevas metas. Fué entonces cuando se confeccionó el plan general de amplia-

ción del Puerto de La Luz, que, terminado en 1947, comprende obras e instalaciones por un importe de unos 650 millones de pesetas en números redondos. Un programa amplio, lleno de aspiraciones, que día a día se iban convirtiendo en realidad. Por un importe de 230 millones de pesetas se aprobaba la primera parte de este plan: primero vendría el ensanche del muelle de La Luz, a unos 285 metros del dique del Generalísimo y unido a él por el muelle de Primo de Rivera. El ensanche ocuparía dos largas líneas de atraque paralelas al dique; por el Este, 550 metros de longitud; por el Oeste quedaba preparada para recibir barcos de grandes tonelajes una zona de 715 metros, y para las dos líneas, hondos calados que quedarían a muchos metros de las quillas.

Para los buques de grandes tonelajes, la capacidad de calados es uno de los capitales problemas. El Puerto de La Luz este problema lo desconoce. La dificultad no existe. Comparando los calados con las longitudes de los mismos nos encontramos que en

el Puerto de La Luz existen calados de 12 a 13 metros con 45 de longitud; de 13 a 15, con 130; de 15 a 17, con 45; de 17 a 18, con 85; de 18 a 18, con 690; de 18 a 16, con 140; de 16 a 16, con 230; de 16 a 14, con 105; de 14 a 12, con 185; de 12 a 14, con 95; de 14 a 16, con 250 metros de longitud. Para el capitán de un buque esta tabla tiene un valor absoluto. Atracar en el puerto de Las Palmas es como fondear en mitad del océano, quedando al abrigo de toda tempestad, a resguardo de todo riesgo y a plena seguridad de cobijo en las largas e interminables rutas oceánicas.

Al lado allá de la playa de las Contreras, en las vastas tierras que el puerto ocupa, se extienden cuatro muelles, cada uno con una especialidad propia, cada uno con una misión señalada. En primer lugar, los muelles de mercancías generales, con el dique del Generalísimo, el muelle de Primo de Rivera, el muelle de La Luz y el muelle de Santa Catalina. El dique, con un promedio de longitud de 250 metros de largo por dos de ancho y una superficie útil de 500 metros cuadrados, se utiliza también para depósito de mercancías generales. Después, el muelle de Primo de Rivera, con sus 285 metros de longitud y a todo lo largo un calado que oscila entre los 12 y 13 metros. Tiene una superficie útil cubierta para depósito de mercancías, que es el tinglado núm. 1. Ya completado con magníficos tinglados a



Silo del Puerto de La Luz, con una capacidad de descarga de 200 Tm. de grano por hora

los que dan remate, por ambos extremos, dos edificios destinados a las oficinas de los usuarios del puerto y en cuyo centro se levanta el tercer edificio, que en su día ocuparán las oficinas de las Juntas de Obras, este puerto presenta una de las mejores líneas de atraque para las operaciones comerciales. Junto a él, el muelle de La Luz, con un paramento total de 1.300 metros, con un total de 3.200 metros cuadrados de superficie cubierta y 16.900 de superficie descubierta para depósito de mercancías. Y para este servicio, el último muelle se llama de Santa Catalina. Desde su arranque se va extendiendo en una longitud de más de medio kilómetro, donde los buques no encuentran dificultad alguna para su carga y descarga. En estos cuatro muelles para depósitos de mercancías con una superficie total de 37.646 metros cuadrados, el espacio no es nunca problema.

El dique del Generalísimo tiene además otra misión especial. Allí pueden repostar todos los buques. En altas y amplísimas

calderas y depósitos, el combustible líquido espera. Para el tráfico de pasajeros y avituallamiento se utilizan todos los muelles y diques del puerto. Para pesqueros, y en una longitud de 5.250 metros, se habilitan los muelles de La Luz y de Santa Catalina. Hace escasamente dos meses se comenzó a construir para pesqueros un muelle especial.

Esa es la obra realizada. Una obra hecha a conciencia, con todas las exigencias de la técnica y contra reloj. Había que dotar al puerto de Las Palmas de Gran Canaria de las mejores instalaciones; de los muelles más asequibles, de los diques más fuertes y profundos, y nada se escatimó. Si la Naturaleza dotó al Puerto de La Luz de las más aptas condiciones, de las más naturales dotes, los hombres de Las Palmas, la Junta de Obras tampoco regateó esfuerzos y trabajos.

EL SEGUNDO SILO DE ESPAÑA

Mientras las obras continuaban, mientras seguía el avance



Playa de las Canteras, la playa de las Canteras. Recuerda, el puerto. La «Isleta» y forma un bello escenario natural

del puerto hacia fuera, construyendo muelles, levantando diques y creando dársenas, otra obra se iba realizando por dentro: nuevos tinglados altos y espaciosos iban surgiendo donde antes sólo existía la superficie llana y lisa. A principios del próximo septiembre, en el Puerto de La Luz se celebrará una inauguración solemne y oficial. Se estrenará el segundo silo de España y uno de los más importantes del mundo. Catorce mil toneladas de cereales se pueden almacenar en él. Y junto a los ya existentes se levantan en la actualidad cuatro nuevos tinglados portuarios. En el Puerto de La Luz, la actividad y el trabajo no cesan un instante. A los dieciséis mil metros cuadrados que los antiguos tinglados ocupaban, y en los que se invirtieron alrededor de 20 millones de pesetas, se suman estos nuevos, con un presupuesto que rebasa la cifra de los siete millones y una superficie total de 6.000 metros cuadrados. Era insuficiente para poner al abrigo de las inclemencias del sol y de la lluvia los inmensos tonelajes que diariamente se cargan y descargan en el puerto, y aparecieron estas cuatro nuevas edificaciones para que el problema no existiera. Tampoco se descuidaron los servicios de aguada. Después de construido en la falda de una de las montañas de la Isleta un depósito regulador exclusivo para el servicio del puerto y tendidas las tuberías, la entrega de aguas en los distintos muelles es tan rápida como la capacidad de toma de los buques que requieren este servicio. Hoy todos los muelles, sin excepción, están dotados de boca de suministro.

Las grúas son como los protagonistas de los puertos. Las cuatro gigantescas grúas del puerto de Las Palmas son capaces de levantar con sus manazas de hierro hasta cuatro toneladas simultáneas en sus cuatro diferentes movimientos: elevación de carga, cambio de inclinación de la pluma, giro completo sobre su eje y traslación. Ocho carretillas eléctricas y una elevadora componen el material de tierra firme. Para los servicios auxiliares en el mar, las Casas Unidas disponen de once remolcadores que desempeñan su misión en las aguas del puerto. Una cabria flotante y un pontón de hierro provisto de grúa giratoria completan el equipo de mar.

Lejos de las orillas de Las Palmas y de la Isleta, en la costa de Africa, junto a Cabo Blanco, existen actualmente iondeados cuatro pontones, con un total de 1.356 toneladas.

Al conjuro de las obras que en el puerto, en sus muelles y en sus dársenas se vienen realizando, se emprendió desde hace algún tiempo la urbanización total de sus terrenos, una de las zonas más bellas y más típicas de la ciudad. Con la calzada pavimentada de adoquín granítico sobre base de hormigón y sus amplias aceras cubiertas de losetas de cemento; con sus jardines desbordantes de flores y su fuente monumental que lanzará a veinte metros de altura chorros luminosos de agua, simulando desde la lejanía del mar la impresionante caída de fuegos artificiales. Para hacer honor a su nombre, todo el puerto quedará alumbrado con potentes lámparas fluorescentes. La avenida marítima, que partirá del viejo muelle de San Telmo hasta el muelle de La Luz, será pronto una realidad. El Ayuntamiento de Las Palmas y el Cabildo insular de Gran Canaria contribuirán a esta obra, que cambiará la fisonomía de la costa que bordea la capital. Y para un proyecto algo más lejano se alargará el muelle de San Telmo hacia el mar para luego desviar desde su extremo un dique que tomaría la dirección hacia el actual del Generalísimo, alargando la muralla de este último en una desviación hacia alta mar. Los vientos del Sur chocarán para siempre con la potencia de este muro, quedando el puerto al abrigo de todos los aires.

En tierra y en mar esta es la obra y este es el proyecto para un corto plazo. Si hoy el Puerto de La Luz es uno de los primeros del mundo y sus condiciones naturales le hacen aventajar a todos, al pasar de algún tiempo Las Palmas de Gran Canaria contara con un puerto modelo, en el que ya los buques de todos los países encuentran el mejor asilo, el mejor abrigo y la mejor parada.

OCHO MIL BUQUES EN UN AÑO Y UN MILLON Y MEDIO DE TONELADAS DE PETROLEO

Hace diez años, en 1946, el número de buques que echó sus anclas en el Puerto de La Luz no llegaba a la mitad de los que ha-

ce un año arribaron a uno de los cuatro muelles de este puerto. Desde aquella fecha hasta hoy las estadísticas han seguido un movimiento ascendente. Si en 1949, por ejemplo, fueron 5.877 los que atracaron en el puerto de Las Palmas, en 1955 el número subió hasta 7.269. En 1953 la cifra de buques alcanzaba los 6.617 y un año más tarde, 7.212.

En el pasado año, y clasificando su número por banderas, fueron, naturalmente, los buques españoles los que alcanzaron la cifra record, con 4.344 barcos llegados a Las Palmas de todos los puertos de la Península. Y a los españoles, en número, siguieron los ingleses, con 944 buques; después, los alemanes, con 281, a los que siguieron los 279 buques de bandera sueca; los holandeses, con 228; los noruegos, con 201; los franceses, con 181.

Banderas de todos los colores y hombres de todos los idiomas en el Puerto de La Luz de Las Palmas. En total, han sido 22.436.084 las toneladas que en las aguas de este puerto se han movido en el año 1945.

Como estación de servicio levantada en mitad del Atlántico, el Puerto de La Luz ha desempeñado un papel trascendental en este año como en todos. También en este campo de acción las cifras cantan. Hace tres años fueron 1.265.233,340 las toneladas métricas que sólo en petróleo se suministraron a buques de todas las naciones. En el siguiente año, las toneladas subirían a 1.368.947,561, y en 1955 el suministro de combustible líquido alcanzaría 1.393.975,944 toneladas métricas. El agua es también elemento de primer orden para los buques. En agua, el Puerto de La Luz despachó en el año pasado 343.149 metros cúbicos, de los cuales más de la mitad fueron buques extranjeros los beneficiados.

GRUAS, ELEVADORAS Y CARRETILLAS SIN DESCANSO

Las grúas, las elevadoras, las carretillas eléctricas tienen en el Puerto de La Luz un movimiento continuo. Aquí el descanso no se conoce. La carga y descarga para los demás puertos de las islas del archipiélago suman muchos millones de toneladas al año. Si nos fijamos sólo en el concepto de exportación interinsular, el total de kilogramos que las manos de las grúas subieron hasta cubierta asciende a 34.840.545. Y en este material exportado cabe todo.

En la exportación de cabotaje, con cargamento para todos los puertos españoles, y con materiales de todas clases, en los que sobresalen naturalmente los tomates y el plátano, la suma llega a 120.793.445 toneladas. Ningún puerto español queda fuera de la lista de cabotaje en el destino que los buques emprenden desde el Puerto de La Luz. España y las costas africanas de Río de Oro o Fernando Póo. En las rutas de gran cabotaje y altura quedan los puertos de Amberes, Amsterdam, Bremen, Copenhague, Dublín, Goteburgo, Helsinki, Hamburgo, Liverpool, Londres, Nápoles, Oslo, Port Elizabeth, Lagos y Libreville. Las millas no cuentan. Buques de todos los puertos fondean y levan-



Actualmente se construyen obras de mejora del puerto, por valor de 650 millones de pesetas

ancas con las cubiertas y las cámaras cargadas de uvas, de plátanos, de embutidos, de naranjas, de automóviles de conservas de pescado, de toda clase de productos con rumbo a los lugares más desconocidos y apartados. Por esto el Puerto de La Luz es obligatoria parada y fonda. El brazo por donde España se asoma al mundo y el mundo se comunica entre sí, 165.015.688 kilos era el balance total que en 1955 arrojaba el cargamento de exportación para gran cabotaje salido del puerto de Las Palmas de Gran Canaria. Para rutas de altura el total de kilos que las carretillas eléctricas, las elevadoras y las grúas llevaron por los aires para asentarlas a cubierta ascendió en este mismo año a 13.764.457.

TREINTA Y DOS MILLO- NES DE KILOGRAMOS DE PESCA

La pesca también sube con el verano. Los meses de junio, julio, agosto y septiembre son los mejores para los pesqueros canarios. A 274.772 kilos llegó la pesca de la corvina en 1955, y cifras parecidas alcanzaba la pesca del atún, del calamar y de la pescadilla. En la pesca, como en el tomate y el plátano, Las Palmas tiene su fuente principal de riqueza.

Cuando finalizaba el año 1955, las estadísticas daban esta cifra: total de kilos de pesca conseguida en el año, 32.927.579. La cifra habla por sí sola y no necesita de comentarios.

El movimiento de pasajeros no no disuena del tráfico de mercancías por lo que a cifras se refiere. También en esto el Puerto de La Luz es el primero de España y cuenta entre los primeros del mundo. Ahí están las cifras. De los 49.096 pasajeros embarcados en el año 1953 pasaron en el año 1955 a 54.328. Esto, naturalmente, sin contar los viajeros de tránsito. Alemanes y belgas, griegos, austriacos, marroquíes, suecos, suizos, surafricanos, persas, noruegos, mejicanos, turcos, irlandeses e iraníes, pasajeros de las lejanas tierras de la India, brasileños, filipinos, daneses, hombres de todas las nacionalidades, de todos los idiomas, de todas las latitudes, pisan diariamente las costas de Las Palmas y quedan admirados ante la belleza típica de este puerto canario. 1.224 ingleses entraron el pasado año en el Puerto de La Luz, y en número les siguieron los franceses, los alemanes, los belgas...

En pocos años el puerto se ha transformado. Ha surgido un mueble nuevo y espacioso, se han levantado cobertizos, se han construido edificios para usuarios, se le ha dotado de agua suficiente, se ha embellecido su explanada, se ha pavimentado su suelo, se ha adquirido utillaje por valor de muchos millones de pesetas y una zona verde alrededor del castillo de La Luz presta al paisaje esa profunda y matizada policromía tropical que las tierras canarias parecen como tener en exclusiva.

El Puerto de La Luz sigue también su ruta. Una ruta abierta que le llevará a convertirse en el primero del mundo. Razones hay para ello.

LA MUJER, EL VERANO Y EL DEPORTE

CAMPEONAS EN EL AIRE, EN EL MAR Y EN LA TIERRA

LA NATACION, ACTIVIDAD PREFERIDA



La mujer, en el verano, practica activamente el deporte. Arriba: Dos jóvenes montañeras.—Abajo: Tachi Tomás, la conocida nadadora castellana

ARRIBA, el cielo, con el sol colgado de una nube. Abajo, la arena, el río, la playa, las hojas secas de los pinos, la hierba del prado o la carretera asfaltada. Y sobre la tierra, mujeres españolas, jóvenes y menos jóvenes, que han encontrado en el deporte algo más que un simple espectáculo. El ejercicio, el aire libre, la vida de cara a la Naturaleza, han pasado a formar parte integrante de sus vidas. Cada verano se esparcen por la geografía de España, de cara a la luz y el viento, y en su equipaje no faltan ni el traje de baño ni el tubo de crema. Dos cosas muy importantes. El sol, el agua, las caminatas, la dureza del suelo a través del saco de dormir, ya no son enemigos para

ellas. Saben que viven en el siglo XX y lo demuestran a cada instante.

Primero fueron las fábricas, luego las oficinas, las carreras universitarias, los almacenes, las agencias de publicidad, la radio... Y entraron empujando con el hombro y sin dejar de sonreír para que nadie olvidase que eran mujeres. Ahora, las mismas que aplauden y se apasionan en el fútbol, en los toros o en las carreras de caballos, cuando llega el verano se preocupan de la Vuelta a Francia, de los fichajes de su equipo y hablan y discuten de todo esto delante de una caña de cerveza, frente a la playa, la piscina o la montaña.

La psicosis deportiva de nues-

tro tiempo ha hecho mella en ellas. Toman del deporte lo que les conviene, lo que les ayuda a conservarse mejor, mas sanas, con mejor tipo, más jóvenes.

—Nosotras, también.

Después se abriendan las botas o se ponen el gorro y se van decididas «a ver qué hay allí», detrás de la cima, en el islote próximo a la costa.

NADAR CON BUEN ESTILO

Rubia y simpática. Tachi Tomás, diecinueve años, nacida en Alicante. Acaba de entrenarse: 1.500 metros. Todavía mojada, con la toalla de colores sobre los hombros, se sienta al sol para secarse.

—A pesar de ser de puerto de mar no aprendí a nadar hasta los quince años, y en Madrid.

Pero ahora se ha desquitado. Y los Campeonatos que lleva ganados y las marcas que todavía permanecen sin que ninguna otra nadadora las eche abajo, lo atestiguan. El record de Castilla de los 200 y 400 libre, con 2' 56" 7/10 y 6' 18", respectivamente, llevan su nombre al lado en la clasificación de las pruebas. Y lo mismo sucede con el record juvenil: 1' 18" 1/10.

—Empecé a entrenarme en noviembre de 1952 y a partir de enero tomé parte en... ya no sé cuántas pruebas.

Dieciocho copas y once medallas. Y bastantes más que deberían estar en su casa y no están. La última, ganada hace pocos días en la Travesía de la Laguna de Peñalara.

—Me gustaría tener una medalla de esa prueba, pero como sólo las dan a los segundos puestos...

Tachi Tomás se ha hecho famosa en toda España. Después de nadar solamente hace cuatro años, ha emprendido una carrera de victorias que terminará cuando se case. Y aun entonces no dejará de nadar. Tiene una afición y una constancia enormes. Y sobre todo, voluntad.

—Es lo imprescindible. Sin tenacidad, en la natación no se consigue nada. A las mujeres que toman pildoritas y hacen regímenes para adelgazar yo les diría que comiesen y nadasen mucho, pero con método, con constancia. De otra forma no se consigue nada, o, en todo caso, perjudicar al organismo.

Tachi estudia Medicina, hace las faenas de la casa, se corta sus propios vestidos y da clases de natación. Todo esto le ocupa el día. Piensa que organizándose bien hay tiempo para todo. Sólo es cuestión de quererlo. Ahora está de vacaciones y se entrena para tomar parte en los Campeonatos Nacionales de Natación que van a celebrarse en Las Palmas.

—Espero que llevemos un buen equipo y así podremos dar la batalla a las canarias y catalanas. Allí tienen una afición enorme, mucho mayor que en el Centro; pero, de todos modos, se va notando de año en año que la mujer acude con mayor frecuencia y en mayor número a las piscinas y las playas. Mira allí.

La gente se tuesta alrededor de la piscina. Las mujeres jóvenes se bañan, toman el sol o juegan al

tenis. Las que «ya no están para estos trotes» se contentan con mirar. Hacen punto, miran y hablan.

—A ellas también les ha ganado el sol y el aire libre. La prueba está en que vienen. ¡A buena hora hubiesen hecho lo mismo hace treinta o cuarenta años! Pero nosotras... Lo inconcebible sería que no viniésemos.

Tiene razón. Se han incorporado a la vida con un sentido nuevo del bien y del mal, de lo bueno y de lo malo. Y una de las cosas buenas es el deporte. En el de la natación, las mujeres están en mayoría. Si no acudiesen a las piscinas o las playas, éstas estarían medio vacías. En el verano muchos hombres trabajan lo mismo que en invierno, hasta que les llegan esos quince días de descanso. Y ellas, liberadas del invierno, nadan, hacen excursiones, juegan. Y cuando el padre, el hermano o los compañeros las acompañan, no se quedan atrás. También ellas suben, reman o andan. Pero, sobre todo, nadan.

—Es el deporte preferido por todas. O casi todas. Se puede nadar en cualquier sitio en que haya un metro de agua; y después del de andar, la natación es el deporte más barato y que mejor nos sienta.

REMANDO RIO ABAJO, EN PIRAGUA

Los alrededores de la meta parecen un pueblo en día de feria. Calor y color a partes iguales. Gente en traje de domingo, apuestas en algunos corrillos.

—¿Qué te pierdes a que no acababan?

Y el otro se pierde un par de botellas a que llegan. La apuesta está en pie. El río corre cerca y a lo largo de la corriente, los aficionados o los que simplemente han ido a pasar un día de campo, comen, beben y se divierten esperando o siguiendo las incidencias de la prueba. Es como un descenso del Sella en pequeño.

Cuando la primera embarcación cruza la línea de llegada, hay gritos, voces, risas, saludos. Van llegando las restantes, hasta un total de veinticinco. La que

hace el número 18 es acogida con una ovación. El que apostó las dos botellas da unas palmadas en la espalda del amigo.

—¿Lo ves? ¿Qué te decía yo?

Y tenía razón. Las chicas llegaron, y ahora sonríen con cierta fatiga. Sus caras denotan cansancio y satisfacción. Entre veinticinco participantes han dejado a siete embarcaciones detrás de ellas. Remando durante veintidós kilómetros, río abajo, sorteando, rápidos, piedras, en tensión constante... Han llegado. Y se han clasificado en el primer descenso del Guadalete.

Deportistas del remo. Mujeres del Sur que se embarcan y venecen al agua. Veinticuatro en Sevilla, otras tantas en Málaga y algunas más en Alicante, son las adelantadas, oficialmente reconocidas, de este deporte al que se han incorporado con el empuje que ponen en todo lo que hacen.

—Vienen pegando, ¿eh?

Sí, y fuerte. En Cataluña, entre las mujeres jóvenes, el remo tiene muchas partidarias. Se arriesgan y no poco. En cambio, las mujeres del Norte y del Centro prefieren otros deportes más de secano: baloncesto, balonvolea, esgrima en invierno, balonmano..., o, en todo caso, la pesca.

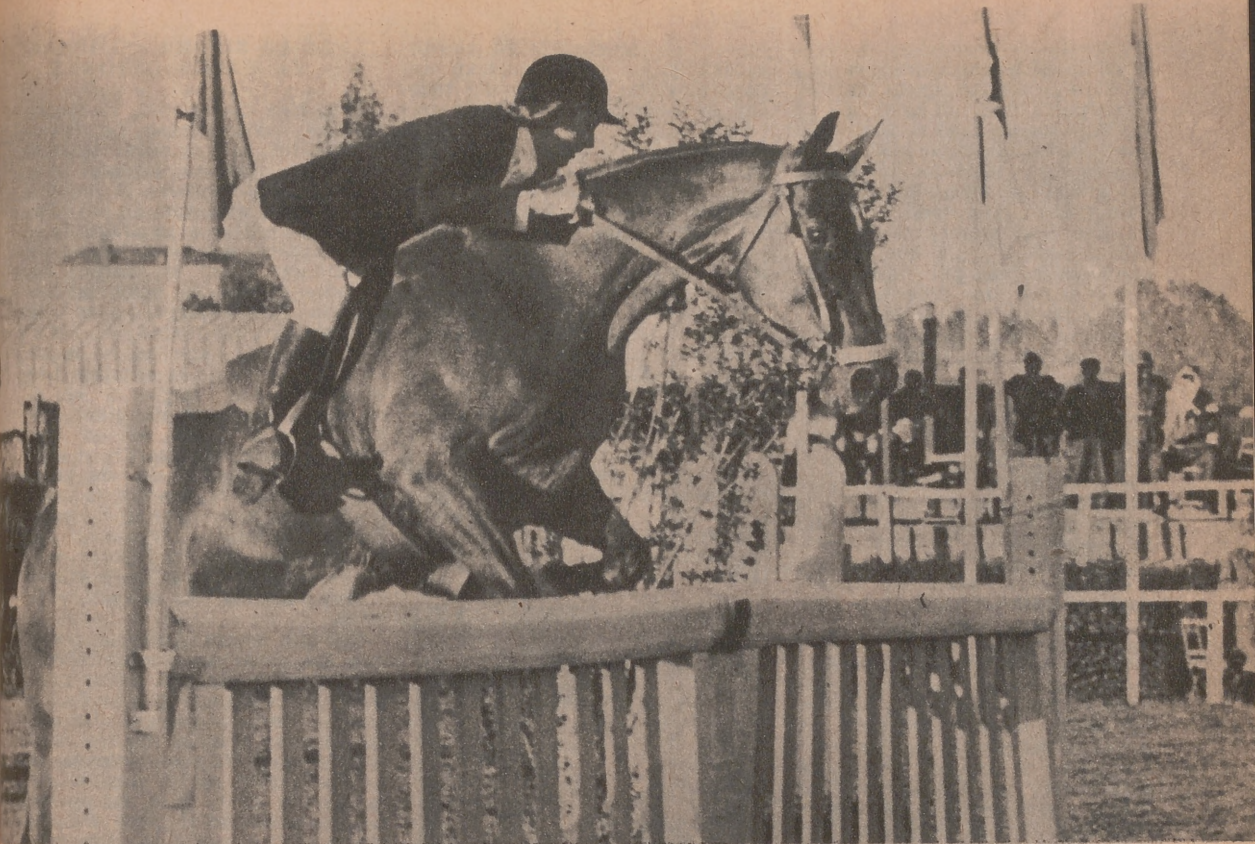
—La afición al remo entre ellas crece cada día más. La Federación va a recompensarles incluyendo unas pruebas para ellas en el Campeonato que se celebrará en Sevilla en el mes de septiembre próximo. Y para marzo, esperamos que haya sido aprobada la Federación Femenina. Hay que tenerlas muy en cuenta no sólo en este deporte, sino en todos.

El señor Farré, de la Federación de Remo, cree en el futuro del remo como deporte femenino. Cree en su despertar, que se nota de año en año, de verano en verano. En Holanda y Suiza son centenares las mujeres que se dedican a este deporte. Si en España siguen al ritmo actual, se pondrán pronto a su altura. El hecho de que se vaya a crear una filial femenina de la Federación, lo demuestra.

Y a lo mejor hasta nos traen un título cualquier día.



Participantes en un concurso de montaña del Club Alpino Guadarrama



Paula de Elizalde, joven amazona española en el Gran Premio Costa Vasca

MARCHA Y ESCALADA POR LO ALTO

—«Hay que vencerse a sí mismo, aun más que al hielo y a las rocas; transformar el egoísmo de cada uno en la santa solidaridad que liga los cuerpos en una sola cuerda y forma un haz, para la vida y para la muerte, de las almas de los ligados.»

—Este es nuestro lema — dice María Nieves Largacha—, pensando en él, escalamos, hacemos nuestras marchas.

El G. U. M., Grupo Universitario de Montaña, acoge a todos los estudiantes, sin distinción de sexo, que no conozcan la palabra cansancio.

—Ni los chicos nos llevan el

macuto, ni nosotras les hacemos la comida. Somos compañeros y todos buscamos la misma meta: subir más, hasta los picachos más altos y aprender. Siempre se aprende algo andando o llevando la cuerda a la cintura.

El hombre es el sexo fuerte. La mujer, porque no confía en su fortaleza, es más precavida, tiene más cuidado. Esto es esencial en escalada. Se trata de un deporte en el que la fuerza no cuenta, pero sí la habilidad. Ese deslizarse, casi felino, de la mujer, vale aquí tanto como los músculos en la lucha libre.

—Si este verano quieres hacer escalada, no dejes de llevar en el macuto un trozo de cuerda, tipo «Tirol», porque sin ella no po-

drás hacer nada. Además ten en cuenta que la coquetería queda a un lado en el equipo del escalador. Tienes que llevar ropa que va en contra de la estética, pero cuando hay delante una montaña de tres mil metros, para llegar hasta arriba, unas botas de piso de goma labrada, un pantalón de pana y una chaquetilla reforzada en los hombros, es lo único que sirve.

Esto y otras muchas cosas relativas a la montaña lo saben bien las chicas que han realizado los cursos de escalada que se han celebrado en estos días. Las clases, prácticas y parte de las teóricas, se han desarrollado en La Pedriza del Manzanares.

—Hemos recibido el título de escaladoras siete chicas y lo hemos ganado haciendo el mismo esfuerzo que los chicos.

Por las sierras de España, muchachas de todas las Universidades quieren llegar cada día más alto. Tienen una ansiedad sin límites por descubrir lo que hasta hace poco tiempo para ellas era terreno vedado. Aprovechan las vacaciones de verano para dedicarse al deporte.

—María Soledad y Charo, dos estudiantes de Filosofía y Letras, están ahora en los Pirineos haciendo excursiones en picos que oscilan entre los 3.000 y 3.500 metros, practicando hielo, nieve y ascensión.

Las marchas de montaña y las acampadas se hacen exclusivamente en verano. Etapas de cincuenta y sesenta kilómetros, aproximadamente.

—Hay que estar dispuesta la noche del sábado. El domingo por la noche se está rendida, pero se ha aprendido durante la marcha desde cocinar hasta distinguir las hierbas medicinales de las venenosas.



Campeonas de patinaje sobre ruedas, después del triunfo

Además de aprender, si llega la ocasión, demuestran su valor y su fibra en los momentos difíciles. Hace pocos días, en la región de los Encantados, lago de San Mauricio, unas montañeras, Oharo García Ser y Mari Sol, salvaron a un grupo de excursionistas que habían quedado aislados en la nieve. Les auxiliaron y permanecieron con ellos hasta que llegó el equipo destacado para rescatarles.

—Tenemos un decálogo, y lo más importante de él es: no enfrentarse con la montaña sin una buena preparación técnica, física y moral.

En escalada hay que ser más elegante que en cualquier otro deporte. A veces, la falta de elegancia lleva al fracaso. Aquí sí que es «de la vista la que trabaja». Nunca se debe iniciar un movimiento antes de mirar. En contra de lo que la gente cree, las rodillas no tienen importancia.

—Si quieres verte en apuros, úsalas y luego verás lo que pasa. O no lo verás. Depende de la altura.

Precisamente porque en este deporte los bíceps no valen para nada, triunfan en él las mujeres sin dejar de ser femeninas. Y también porque la palabra «economizar» se emplea constantemente. Hay que economizar fuerzas. Así lo exigen las grandes escaladas modernas, porque en ellas se hace un gran gasto de energía y hay que ahorrar todo lo posible, teniendo en cuenta que debe utilizarse más con la fuerza de las piernas que la de los brazos, porque escalar es una continuación de marchar.

La pesca es el deporte de la paciencia. Esperar horas y horas. Quizá porque la mujer sabe esperar, espera cuatro, cinco o, a veces más horas, la llegada del pez que quiera picar.

Por la mañana, muy temprano, cuando empieza a amanecer, una verdadera caravana de aficionados a la pesca, con la caña al hombro y en la mano un gran cesto, marcha cada domingo hacia los ríos o arroyos que hay en la Península.

Chicas que pasan la semana en la oficina, en el taller, estudiantes en vacaciones todas con la misma ilusión: regresar llevando algo en el cesto, aunque sea una trucha pequeña. Cualquier cosa, por la satisfacción de ver que el domingo fué un día útil.

Barcelona es la capital española donde existe mayor afición por este deporte. La Sociedad de Caza y Pesca Fluvial de esta ciudad cuenta con un número aproximado de quinientas mujeres entre sus socios.

Existen, organizados por esta Sociedad, concursos de tipo exclusivamente femenino, en los cuales ellas ponen tanto entusiasmo en su tarea, que los hombres se sienten incapaces de competir con tan serios rivales.

La pesca marítima es otra de las aficiones femeninas. Hay una gran cantidad de mujeres que ganan premios en concursos sociales.

LA ESTILIZACIÓN DEL PATINAJE

El sol pica mucho en verano. Las muchachas buscan en el deporte una salida al aburrimiento de las clases, de los exámenes de

junio. Las piruetas sobre cuatro ruedas de un patín acercan un poco al cielo, se rompe del todo con la monotonía de la vida corriente.

—El patinaje estiliza. Da una agilidad asombrosa. Luego, un buen baño y como nueva—dice Marián Navarro—. Pero hay que entrenarse mucho para estar siempre en forma. A veces me dan ganas de dejarlo y entonces me dedico a jugar al tenis o a nadar.

Hay mucha afición entre la mujer española por este deporte. La Federación de Patinaje está llena de chicas que oscilan entre los nueve y... el límite a cuenta del presidente. Ya se sabe. Las mujeres no tienen otra edad que la que representan.

—Toda mi vida la he pasado patinando. Desde los cuatro años hasta ahora que tengo quince. Campeonatos nacionales. Gané el de Castilla, ¿sabes? Luego, los internacionales...; pero eso es cosa



El aire es conquistado por la mujer

aparte. Los competidores son de tanta categoría que imponen. Se siente un cierto complejo de inferioridad, pero de todas formas hice lo que pude. El material también tuvo su parte de culpa, y también, ¿por qué no?, hay gente mucho mejor.

En los Campeonatos que se celebran en el Palacio de los Deportes de Barcelona, durante el mes de septiembre, pueden intervenir todas las aficionadas al patinaje artístico. Por si acaso a alguna le interesa, aquí son principales dos factores: el estilo libre y el de escuela.

—A mí el que más me gusta es el libre, pero no hay más remedio que estar fuerte en los dos si se quiere hacer algo.

En la pista del Canal de Isabel II hay siempre muchas chicas patinando. Unas hacen el «ángel», otras se caen. Y luego, al final de la tarde, se baila un poco. Porque bailar y, sobre todo, al aire libre, aunque no esté considerado como un deporte, sirve de distracción y fortalece las piernas.

EN LA SIERRA, COMPRAR ES HACER DEPORTE

Hoy más que nunca la mujer marcha sobre ruedas. La época terrible del 12 a la hora, de principios de siglo, ha quedado muy lejos. Las aficionadas al volante de nuestros días van en un «Pe-gaso», un «Alfa» o un «Jaguar», y sus zapatos de tacón pisan el acelerador como lo harían los grandes pilotos de cualquier escuela. Sin embargo, no es sólo el auto lo que atrae su atención. Por otra parte, ya no se vive a la vuelta de la esquina. Las distancias son largas, y en el campo, a veces sin un árbol, dos kilómetros a pleno sol no hay quien los aguante un día y otro durante los tres meses de verano. La gente va a vivir al campo. Y para vivir tiene que comer. Es indispensable comprar, y para ello hay que trasladarse desde la colonia al pueblo y volver a casa cargada con la cesta o la bolsa.

Un día, María Antonia pensó que las cosas no podían seguir así. Cogió la bicicleta de su hija, puso la bolsa en el manillar y ahorró tiempo y energías. Lo mismo hicieron muchas madres jóvenes, y para ellas la bicicleta se ha convertido en un auxiliar de las faenas de la casa. Al mismo tiempo practican deporte. Un deporte que no está oficialmente reconocido en España en su modalidad femenina.

—Desde que hago esto me siento más joven. He perdido varios kilos. Mira, me sobra un buen trozo de vestido y antes casi estallaba. Mi hija es la única que protesta, porque la bicicleta ha pasado ya a mi poder.

Una falda pantalón y un pañuelo de colores o una boina en la cabeza y el sol no se nota. La caravana de bicicletas comienza a rodar a las nueve de la mañana. La ida es mejor: de vacío y cuesta abajo. A la vuelta pesan las patatas, la fruta... María Antonia reniega algunas veces, y cuando deja la carga coge de nuevo la máquina y se marcha a dar un paseo.

—Casi todos los días nos reunimos una pandilla de aficionadas a la bicicleta y para hacer ganas de comer recorremos seis u ocho kilómetros. A veces más...

—Al fin y al cabo las Vueltas de verdad no sirven para nada y, sin embargo, nuestras caminatas hacen un favor a nuestra casa y a nuestra línea.

La mayor parte de los días la caravana se pone en marcha hacia las canteras. Y en ella van Carmina Lasa y sus dos hijas, Leticia y María del Carmen, que quieren aprender bien a nadar para luego ser un par de campeonas mejores que su madre.

Ni un árbol. Todo desnudo. Es como una enorme taza con bordes de piedra y llena de agua. Llegan las bicicletas, luego un «jeep», más tarde un coche viejo y destartado. Vienen los habituales de las canteras. Sobre todo, mujeres. Muchachas que pasan el verano en el campo y quieren darse el chapuzón diario. Hay agua bastante para saltar desde una de las rocas.

—Y la que no sepa nadar, que no se atreva—dice Carmina. Su gorro de goma blanca des-

aparece bajo el agua verdosa. Dos pequeñas cabezas le siguen, sin tener miedo a los cuarenta o más metros de profundidad. La cantera se va llenando de voces y risas. Las últimas en llegar son las de la tienda de campaña plantada cerca de la cantera, a la sombra de una encina. Tres estudiantes de Filosofía que pasan sus vacaciones entre latas de conserva y aire al natural.

—Hace dos semanas que llegamos. Esto es ideal. Hay agua y sol. Vinimos con idea de estudiar, pero los libros todavía están metidos en la bolsa.

AMAZONAS DEL SIGLO XX

Cuando llega el verano y comienzan las competiciones al aire libre, las fiestas populares, los concursos aéreos, carreras de motos y «gymkanas», como complemento de los festejos populares, hacen su aparición los aficionados al motor con «chica atrás». Las casas comerciales visten a sus empleados con «monos» de colores. Grandes letras anuncian la marca de las máquinas, y la «chica de atrás» lleva una gorrita roja o blanca o verde como divisu. Las motos corren a lo largo del trayecto como en un real de feria grande. Ya no hay caballos. Las amazonas de ahora cabalgan en motos, y con ellas evolucionan como quizá lo hicieron sus abuelos, no sus abuelas, hace ya un buen puñado de años. La moto es un gran auxiliar de la mujer. Con ella va a la oficina, al cine, a la cita, a las excursiones... Sólo la deja cuando llueve demasiado y la velocidad y el agua pueden poner en peligro el peinado o el vestido.

María del Carmen Signes va en «Vespa» con unos tacones de diez centímetros.

—Es más difícil que con zapatos bajo, pero es que después voy a salir con un chico...

La elegancia y la moto no son incompatibles. En el Moto Club «Vespa» hay muchas mujeres. Toman parte en «rallyes» en los que se reparten los premios con ellos.

—Siempre son en verano, y toda la que tiene una moto toma parte.

Se ríe un poco.

—Hasta una chica que pesa ciento cuarenta kilos. ¡Menos mal que terminaron bien chica y moto!

Habla de las excursiones que hace, de las que hacen ellas. Solas. A veces con chicos. La última fué a Escalona, en donde se reunieron antes de dispersarse cada una hacia distintos puntos de España.

—Tenemos la ventaja de que nuestros compañeros de Club nos miran siempre como a mujeres, no como a camaradas. Además, si alguna vez queremos salir con alguien, ha de ser con un compañero del Club. Los que no sienten ni poco ni mucho este deporte siempre dicen lo mismo. «La moto o yo.»

—Y, ¿entonces...?

Vuelve a reír:

—¡La moto, claro!

En el Club la edad de entrada es ilimitada, pero ninguna de las asociadas pasa de los treinta años. Son chicas que trabajan, que estudian... Nada de dejar el feminismo a un lado. La «Vespa» o cualquier moto apta para mujeres,



«Ballet» acuático, deporte esencialmente de verano

y el ir bien vestida, son compatibles.

—Hace unos días se celebró la Fiesta de la Elegancia Femenina en Moto. Se trataba de ver quién de ellas iba con más garbo sobre la máquina.

María del Carmen Signes ganó el primer premio, y con ello se vino abajo la opinión de unos cuantos que sostienen que la mujer y la moto, la máquina y la femineidad están reñidas.

—Todo tiene inconvenientes o ventajas, según. Eso de que todos vuelvan la cabeza para mirar cuando pasa una chica en «Vespa» es muy corriente. Sobre todo, por la carretera y por los pueblos.

A pesar de todo, la gente aún no se ha acostumbrado. Pero ellas no hacen caso. Cuando la primera mujer que se puso unos pantalones, porque tenía frío y era invierno salió a la calle, dejó tras ella una cola de comentarios y críticas. ¿Cuántas mujeres no se han puesto ahora pantalones, por lo menos una vez en la vida, dentro o fuera de casa? Con la «Vespa» pasa igual. Ya se acostumbrará la gente.

—Al principio azora un poco. Luego parece que se es alguien importante. Da popularidad, y hay que confesar que a todas las mujeres les gustan estas cosas.

Pero la moto es un deporte que exige cierto desembolso inicial, y ese es el primer problema para las chicas de medios económicos corrientes. Y la máquina cuesta, si no demasiado, sí lo suficiente como para que una estudiante o una empleada no puedan comprarla.

—Bueno..., pero los padres siempre ayudan. Mi moto la compró mi padre para su trabajo. Luego yo, con la disculpa del Metro, de la hora de entrada en la oficina... ¡En fin, que ahora llevo yo a mi padre detrás cuando vamos de excursión!

Y María del Carmen se ríe. Dos minutos después es un puntito rojo perdido entre el tráfico. La calle se la traga, lo mismo que hace cada día, cada domingo, en cada fiesta, con los cientos y cientos de muchachas que en todas las ciudades de España salen camino del campo, de la playa, del merendero cercano o para no volver en tres meses. Es el verano, el calor, la vida al aire libre. Y las mujeres españolas aprovechan la ocasión para fortalecerse, descansar o simplemente distraerse. Luego llega el invierno y hay que despedirse.

—Hasta el próximo año,

RAQUEL DE HEREDIA
y
GONZALO CRESPI



Participantes femeninas en la marcha nocturna por montaña

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



LA MUJER, EL VERANO Y EL DEPORTE

CAMPEONAS DEL AIRE,
DEL MAR Y DE LA TIERRA

(VEA ESTE INTERESANTE REPORTAJE EN
LA PAGINA 59.)

